



**EL GUARDIÁN**  
DE LAS AURAS VERDES

Isabel M<sup>a</sup> Almagro



# EL GUARDIÁN DE LAS AURAS VERDES

ISABEL M<sup>a</sup> ALMAGRO



© 2017

Editado por Ediciones Alféizar

C/Francisco de Borja Pavón 1 - 1º - 2

14002 - Córdoba - España

Telef.: 34 600 792 762

Diseño portada: Enrico Pitton

Email: edicionesalféizar@hotmail.com

Web editorial: [www.edicionesalféizar.com](http://www.edicionesalféizar.com)

ISBN: 13-978-84-947409-0-9

Depósito Legal: CO 1385-2017

*Para Rodrigo,  
que lucha entre las sombras con la  
fuerza de un titán.*

*Para Isabel, mi querida abuela,  
que llenó mi infancia con bellas historias.*

*Para José Manuel,  
por acompañarme en esta aventura.*

*Para papá y mamá,  
los verdaderos guardianes de mi universo.*

## 1 - EL REINO DE NORTHUMBRÍA

Era a principios del siglo XII, cuando Penélope, esposa y consorte del rey Siro, alumbraba a su primogénita, René. Los reyes de Northumbria ansiaban la llegada de su primer vástago, pues aseguraba la línea de sucesión y la continuidad de un reinado próspero.

Penélope, descansaba en su alcoba rodeada de damas de la corte y dos físicos; mientras, el rey Siro, aguardaba impaciente tras la puerta de la estancia esperando la noticia del nacimiento. A diferencia de otros reyes, Siro no estaba obsesionado con el hecho de tener un hijo varón, su felicidad no menguaría si naciese una niña. Instantes después, una de las damas de la reina abrió la puerta y le pidió a Siro que entrase. Con paso firme y sereno se dirigió hasta la cuna en la que habían depositado a la recién nacida.

—Se llamará René —dijo Penélope exhausta.

—¡Es una niña! ¡Una niña sana y hermosa!

—Tiene tus ojos —afirmó la reina.

—¡Qué afortunado soy! Ni toda la riqueza que pudiese abarcar compensaría este momento —dijo emocionado.

El rey la mecía en sus brazos con tanta dulzura que parecía flotar sobre nubes de algodón; Penélope contemplaba la escena tumbada en la cama y dos lágrimas recorrían sus mejillas.

—Seré el mejor padre que pudieses desear —susurraba a su hija.

Los rayos de sol inundaban la habitación con una luz tan cálida, que hacían presagiar el inminente festejo que se celebraría en Northumbria en los próximos días.

Durante diez años, Siro había mantenido a salvo a su pueblo. Sus gentes vivían en paz y disfrutaban de un período de abundancia gracias a las cosechas y al ganado proveniente de reinos vecinos, tras previo acuerdo de sus soberanos. Northumbria proporcionaba cantidades ingentes del vino que se producía en sus tierras y, Lotaringia, uno de los reinos colindantes, enviaba reses cada cierto tiempo en compensación. Ambas regiones se encontraban al Noroeste de Inglaterra.

—Querida, debo asistir a la reunión del consejo. Me he comprometido a ultimar los detalles del banquete que vamos a ofrecer en nombre de nuestra hija.

—Recuerda mi deseo de hacer partícipe al pueblo —añadió Penélope.

—Será a puertas abiertas —le confirmó él.

El rey abandonó sus aposentos y se dirigió al salón donde le esperaban diez de sus consejeros, que entusiasmados por el nacimiento, le recibieron entre abrazos y felicitaciones. Siro ocupó el sillón central de la mesa y ordenó que tomaran asiento.

—Señor, le informo de que todo está listo para esta noche —anunció Dreogan, uno de los consejeros.

—Me alegra saberlo —respondió él.

—Hay un asunto que quizás deberíamos tratar primero —señaló Dreogan.

—¿Hubo alguna contrariedad con el envío del vino a Lotaringia? —preguntó inquieto.

—No, mi señor, pero tiene que ver con el rey Lotaringio.

Dreogan, era uno de los guardias reales de Siro; rondaba los cuarenta años, aunque aparentaba más edad por su cabello canoso y descuidado. Su mujer trabajaba de cocinera en el castillo y, su hijo, Saúl, de ocho años, correteaba todo el día jugando con una pequeña espada de madera, simulando que luchaba contra enemigos invisibles.

Siro confiaba en el buen juicio de Dreogan, pues en más de una ocasión, le había salvado la vida peleando en batalla. —Han llegado rumores acerca de las pretensiones de Wilbur de Lotaringia, desea unir lazos desposando a René con su primogénito —explicó Dreogan.

—No me han llegado tales rumores.

—Uno de sus guardias soltó la lengua cuando andaba de paso por uno de los burdeles de la ciudad. Si esta noche acude al festejo, tal vez, debería tener preparada una respuesta, mi señor.

—Acabo de sostener a mi pequeña por primera vez y ya quieren arrebatármela. Sería un casamiento muy ventajoso, no tengo grandes reparos en negarme, pero antes, me gustaría consultarlo con la reina.

—Ese acuerdo afianzará vuestra alianza por el este y permitirá el paso de nuestras tropas a través de sus tierras—añadió Norton, otro de los consejeros.

—Ciertamente, Wilbur de Lotaringia nos ha demostrado su confianza a lo largo de estos años —afirmó Siro.

—¿Votos a favor? —preguntó Norton tras escuchar al rey.

Los diez consejeros levantaron su mano derecha dando el consentimiento al futuro enlace pactado.

—Bien, si no hay ningún otro asunto de relevancia, debo regresar junto a mi esposa —concluyó Siro.

Apenas quedaban unas horas para que comenzase el festejo por el nacimiento de René y los sirvientes corrían de un lado a otro organizándolo todo. La celebración tendría lugar en el exterior, ya que el pueblo entero había sido invitado y se esperaban cientos de comensales. Se dispuso una mesa principal para la nobleza y las demás se dispersaron bordeando el castillo para ser ocupadas por los aldeanos. Rebosantes bandejas de cochinillo asado sobresalían por encima de los guisados de hígado de puerco, morcillas, sopas de queso con longaniza y nabos con tocino; todo aderezado con hinojo, tomillo, perejil, menta y ajo.

Al caer la noche, hileras de antorchas alumbraban el exterior. Unos músicos amenizaban la velada y se habían formado corros de gente rodeando las hogueras. Barriles de cerveza y vino se agotaban como si no hubiese un mañana. La temperatura era cálida para estar en el mes de abril, lo que les permitió a las damas usar atuendos más ligeros, haciendo alarde de sus encantos.

Los reyes de Northumbria presidían la mesa principal junto a Wilbur y Garsea, los soberanos de Lotaringia, además de los diez consejeros reales de Siro. Todos cenaban entre conversaciones banales que giraban en torno a sus mejores batallas. Penélope mecía en sus brazos a René y, Garsea, pedía un poco de silencio a los hombres para evitar que la niña se desvelara, pero sus esfuerzos fueron en vano. Finalmente, la reina entregó el bebé a una de sus damas para que lo llevase al interior del castillo.

—Es una delicia —dijo Garsea.

—Nos ha colmado de felicidad.

—Espero que sea una digna reina para Lotaringia.

—No te entiendo —respondió desconcertada.

—Por eso estamos aquí. Mi señor Wilbur va a firmar el acuerdo de matrimonio con el rey Siro para que nuestros hijos se unan en matrimonio algún día.

—No tenía noticias sobre ese acontecimiento —afirmó visiblemente afectada.

—¿Acaso hay secretos en tu matrimonio?

—¡Los asuntos de mi matrimonio no te incumben! —le reprochó Penélope.

La reina se levantó haciendo una mueca de dolor debido a su reciente parto y dos de sus damas la acompañaron hasta sus aposentos, donde permaneció el

resto de la noche.

—Disculpadme —dijo Siro levantándose—, pero debo asegurarme de que la reina se encuentra bien.

Penélope se mantenía de pie junto a la ventana cuando Siro entró en la habitación. Él se acercó y la abrazó, pero ella se mantuvo fría.

—¡Nuestra hija no tiene un día de vida y ya le has buscado marido! —le reprochó furiosa— ¡Y me he enterado por Garsea!

—Apenas en la tarde supe las intenciones de Wilbur

—le aseguró el rey.

—¿Crees que será beneficioso para René?

—Son nuestros aliados.

—Me intimidaron las palabras de Garsea, esa mujer me crea desconfianza.

—No permitas que sus intrigas nos arruinen la noche —le susurró, besándola.

Penélope era una joven de veintiún años, su cabello lucía oscuro y ondulado; tenía los ojos verdes y el semblante muy dulce, dejando en evidencia su temprana edad. Conoció a Siro durante una cacería, a la edad de quince años, en la que acompañaba a su padre. Él ya estaba comprometido con una princesa húngara, por previo acuerdo de sus padres, pero eso no les impidió enamorarse. Mantuvieron contacto por correspondencia durante tres años y decidieron hablar con sus familias para arreglar el matrimonio. Finalmente, persuadieron a los monarcas e iniciaron los trámites.

Penélope, era princesa de Escocia; su padre, el rey Malcolm, accedió gustosamente y entregó la mano de su hija a Siro, una vez que éste anuló su compromiso.

Ella se trasladó al castillo de Northumbria unos meses antes de la boda, pero tuvieron que posponer el enlace debido a un trágico accidente en el que fallecieron los padres de Siro y anteriores reyes de Northumbria. Todo el mundo pensó que el rey de Hungría estaba implicado, ya que Siro despreció a su hija accediendo a contraer nupcias con Penélope, pero nunca se resolvió la incógnita. El carruaje en el que viajaban los padres de Siro, se precipitó por un despeñadero y nada pudo hacerse por salvar sus vidas. Justo regresaban de comunicar la cancelación del acuerdo matrimonial a los reyes de Hungría cuando se desató la tragedia. Siro fue nombrado rey, y al cabo de unos meses, contrajo matrimonio con Penélope en una ceremonia solemne. Dos años después, la reina anunciaba su embarazo.

—Debo atender a mis invitados. Tú estás excusada, pero yo tengo que

ejercer de anfitrión y procurar que en Lotaringia hablen bien en nuestro nombre.

—Solo te pido que retrases el enlace cuanto sea posible, no quiero separarme de mi hija siendo una adolescente. He oído que tienen costumbres muy rudas allí.

Siro asintió y salió de la estancia para unirse de nuevo a sus invitados.

El vino y la cerveza comenzaban a provocar efecto en todos los presentes; sonoras carcajadas inundaban el ambiente y hasta los más vergonzosos invitaban a bailar a las doncellas.

—¿Se encuentra bien la reina? —preguntó Garsea en tono irónico.

—Está indispuesta, algo normal teniendo en cuenta que dio a luz esta misma mañana —aclaró Siro.

—Admiro su fortaleza, cualquier mujer no reúne las fuerzas suficientes para abandonar el lecho tan pronto.

—Cierto, mi señora —admitió sonriente.

Siro era un joven que cautivaba con su mirada, las mujeres sentían cierta atracción por él en cuanto le conocían, pero perdían toda esperanza al ser conscientes del amor que le profesaba a Penélope. A sus veinticinco años, gozaba de complexión musculosa y gran altura; su cabello lucía castaño y dejaba entrever una sugerente barba que le dotaba de un aire más atractivo. Solía vestir una camisa blanca vaporosa y unos pantalones bombachos negros, embutidos en unas botas que alcanzaban sus rodillas. Únicamente en actos solemnes accedía a usar su corona, además de una túnica roja y azul con las iniciales de su reino bordadas en oro.

Era medianoche cuando las sirvientas empezaron a servir bandejas repletas de apetitosas frutas. Al acercarse para depositar algunas en la mesa donde se encontraban los guardias del ejército Lotaringio, uno de ellos, increpó por la espalda a una doncella e intentó desabrocharle la blusa. La joven gritó desesperada y llamó la atención de Siro. Wilbur de Lotaringia reía a carcajadas, jactándose de la hombría de sus guardias.

—¡Aquí tratamos con respeto a la servidumbre! ¡No voy a tolerar tal comportamiento por parte de sus hombres! —clamó Siro, furioso.

Wilbur se levantó de la silla y se dirigió hacia la mesa de los guardias, desenvainó su espada y degolló a sangre fría al oficial que había atacado a la doncella.

Todo quedó en silencio; los músicos dejaron de tocar, los jóvenes

disolvieron el corro que habían formado alrededor de la hoguera, algunas mujeres chillaban asustadas y los demás observaban estupefactos a Wilbur limpiarse la sangre de la espada en su túnica. Parecía no importarle lo más mínimo haber matado a uno de sus hombres frente a todo el pueblo y el rey de Northumbria. Seguidamente, Wilbur regresó a la mesa principal y ordenó que le sirvieran más vino.

—¿Es consciente de que acaba de matar a un hombre en la celebración del nacimiento de mi hija? —le amonestó colérico.

—Así no volverá a molestar a otra de sus criadas.

—¡Ese no es motivo para ejecutar a un hombre! ¡Maldita sea, Wilbur!, ¿en qué estaba pensando? ¡Es mi reino, mi hogar, mi pueblo!, ¡nos merecemos un respeto! ¡Si esto es lo que le espera a mi hija en Lotaringia, no habrá acuerdo al que dar cumplimiento!

—¿Acaso crees que mi hijo no es digno de esa perra? —le replicó visiblemente borracho.

Dreogan, uno de los consejeros y guardias reales de Siro, se levantó y amenazó con su espada a Wilbur.

—¡Muestra más respeto por la futura reina!

—No entretengamos más a los reyes de Lotaringia, pues les queda un largo camino de regreso —zanjó el rey.

Siro les ordenó a sus sirvientes que prepararan los carruajes para que se marcharan lo antes posible de sus tierras.

Una vez que todos abandonaron el recinto del castillo, Siro regresó a sus aposentos para descansar al lado de su esposa. Se acercó a la cuna de René y acarició suavemente su rostro, lamentando haber intentado unirla al hijo de un sádico.

## 2 - LÍNEA DE SUCESIÓN

Diecinueve años después, Penélope alumbraba a su tercer hijo, Aarón de Northumbria. René había cumplido diecinueve años; Hermógenes, le seguía con diecisiete. Aarón era un bebé muy hermoso, regordete y mofletudo; su cabello era tan fino y rubio que recordaba a los ángeles.

Penélope se conservaba saludable a sus cuarenta años, pero los físicos le habían recomendado no tener más hijos debido a su avanzada edad. Aun así, Aarón fue un verdadero regalo del cielo y todos celebraban con júbilo su nacimiento.

Siro se sentía dichoso ante la llegada de su nuevo vástago, aunque Hermógenes fuese el heredero oficial al trono, Aarón reforzaba la línea de sucesión.

La princesa era una joven encantadora y muy agraciada. Había abandonado el cuerpo de niña para dar paso a una figura esbelta y de curvas acentuadas. Su cabello rubio y ondulado rozaba su ceñida cintura, lucía recogido con dos pequeñas trenzas a la altura de la frente; el verde de sus ojos lo había heredado de Penélope. Era una chica rebelde, no se dejaba influir por las normas y las reglas impuestas por la corona que regía su padre. Ella necesitaba sentirse viva, mezclarse con los demás y no pasar el día bordando o aprendiendo latín entre cortesanas.

Hermógenes era un joven dedicado en cuerpo y alma a formarse. Él soñaba con un reino justo y pacífico como el que Siro gobernaba. Era muy estudioso y culto, pero en cuanto a las armas, era un verdadero desastre. No quería ni oír hablar de aprender a luchar con la espada, le provocaba verdadero pavor. Físicamente, no era muy agraciado; era menudo, y sus ojos no albergaban el brillo propio de la juventud. René, en cambio, dominaba el arte de la lucha. Desde niña su padre la había obligado a aprender a defenderse por sí misma. Además, no solo le encantaba el hecho de pelear con la espada, sino que sentía cierta admiración hacia su maestro. Saúl, un joven de veintiocho años, hijo de Dreogan, era el encargado de entrenar a la princesa cada día. Ella lo amaba en silencio desde hacía algún tiempo y sabía que, si su padre lo averiguaba, encerraría a Saúl en una de las mazmorras y a ella la castigaría o algo peor.

Desde hacía algunos años, el pueblo de Northumbria vivía sumido en un período de hambruna y decadencia. El rey Siro intentaba mantener la

estabilidad, pero era evidente que sin una actuación rápida el pueblo se rebelaría. Wilbur se había asegurado de malograr las alianzas de Siro con los reinos vecinos, negándose a proporcionarle cualquier tipo de ayuda. Además, numerosas tormentas habían arruinado las siembras de los aldeanos, de modo que, ante la llegada del invierno, todos se temían lo peor.

Siro convocó de urgencia una reunión del consejo para hallar la solución a los problemas del reino.

—¡Wilbur es despreciable!, ¡ese malnacido pretende matar a mi pueblo de hambre!

—Os castiga por negaros a pactar el matrimonio entre René y su hijo — señaló Dreogan.

—¿Y así intenta persuadirme?

—Señor, debéis considerar la opción. Nuestro pueblo se muere mientras que él tiene de su parte a todos los reinos fronterizos de Gran Bretaña — explicó Norton.

—¡Me estáis pidiendo que mande a mi hija al infierno! —replicó furioso.

—Es un precio muy alto el que debéis pagar, pero vos sois rey, y el único que puede poner fin al sufrimiento de nuestra gente —concluyó Norton.

Norton era el más crítico de los consejeros, solía dar su opinión abiertamente, lo que a veces provocaba rechazo. Era el más veterano, anteriormente, había ocupado el puesto de Dreogan como capitán de la guardia real, pero a sus sesenta y cinco años, solamente asesoraba al consejo. Su apariencia consumida escondía la fortaleza que desprendía su carácter.

—Es la decisión más dura que voy a tomar como rey y como padre — admitió apesadumbrado—. Solo espero que René pueda perdonarme algún día.

El rey firmó el acuerdo matrimonial que años atrás le entregó Wilbur y se lo cedió a Dreogan para que uno de los guardias cabalgase hacia Lotaringia. Mientras tanto, René entrenaba con Saúl junto al río que bordeaba el castillo.

Durante dos horas en la mañana, se sentía la joven más dichosa del universo. Saúl era ajeno a los sentimientos que le profesaba la princesa, además, no podía ni pensar en ella como mujer. Únicamente aspiraba a ofrecerle sus servicios como instructor.

—No sé por qué sigues empeñada en practicar tan duro, dominas la espada tan bien como yo —dijo extrañado.

—¿Enseñas a otras jóvenes?

—Eres la única chica a la que instruyo.

—¿Por qué no aspiras a ser uno de los guardias reales de mi padre?

—No quiero matar a otras personas para sobrevivir. Siendo niño he visto demasiada sangre ajena en la camisa de mi padre. No podría vivir sabiendo que he matado a otro aunque fuese defendiendo a mi pueblo.

—Entiendo, ¿tu padre apoya tu decisión?

—Desde que asumió la capitania apenas le vemos en casa.

—Son tiempos difíciles para todos.

—Regresemos al castillo, fue suficiente por hoy —dijo Saúl recogiendo las espadas.

El joven se dirigió a la cocina para saludar a su madre y René acudió al salón donde su padre la esperaba con semblante serio. Permanecía sentado en su trono y apenas levantaba la mirada del suelo.

—¿Ocurre algo, padre?

—Acércate, debo tratar un asunto de vital importancia contigo.

Ella se acercó, Siro tomó su mano y la besó.

—Te he fallado, René. Me he visto obligado a pactar tu matrimonio con Edmund de Lotaringia. Nuestro cometido es salvar al pueblo y este matrimonio es la única vía de escape que nos queda.

René soltó su mano bruscamente y paseó enloquecida por el salón.

—¡No pienso entregar mi vida a un desconocido! He escuchado en infinitas ocasiones el incidente que tuvo lugar en la noche de mi nacimiento. ¡Son despiadados, no respetan nada ni a nadie!

—Como rey, debo tomar decisiones que no sean de mi agrado, aunque eso signifique contradecir a mi corazón.

—Siempre he hecho todo lo que me habéis ordenado, pero me estáis pidiendo que entre en una jaula de la que sé que no podré escapar jamás.

—Con el tiempo amaréis a Edmund, no tiene por qué parecerse a su padre. Ya veréis como vuestros miedos son infundados.

—Jamás amaré a Edmund, mi corazón le pertenece a otro ¡Me habéis condenado a vivir la más terrible de las torturas, padre!

René se marchó a toda prisa y se encerró en su recámara. No bajó a cenar y tampoco abrió la puerta para que le sirvieran la comida.

Siro, Penélope y Hermógenes, cenaban en el salón principal mientras Aarón dormía plácidamente en los brazos de una de las cuidadoras.

—No pensé que llegaríamos a este punto. Se merece ser feliz y no quiero ni pensar en el trato que recibirá por parte de los reyes de Lotaringia.

—Wilbur ha jugado bien sus cartas y nos ha aislado —afirmó el rey—.

Estoy seguro que desde aquella noche ha buscado la forma de tomar represalias.

—Si algo saliese mal, ya sabes lo que significaría.

—No tenemos recursos para afrontar una guerra, nuestra hija tendrá que ser fuerte y buscar consuelo en su marido.

—¿Edmund será más benevolente que su padre?

—Por el bien de todos, así lo espero —zanjó Siro.

Al día siguiente, una misiva llegó al castillo de parte del rey de Lotaringia. Siro empezó a leer con cierto temor, pero pronto se disipó su angustia al ser consciente del entusiasmo que mostraba Wilbur por el futuro enlace, y pedía a Siro que organizase un banquete para anunciar oficialmente el compromiso.

La princesa continuaba encerrada en su habitación y no tenía intenciones de abandonarla. Se negó a desayunar y Penélope comenzaba a alarmarse.

Saúl preguntó a la reina si René acudiría a su clase práctica con la espada, pero ella respondió con una negativa. El joven esperó a que la reina se marchase y se acercó sigilosamente hasta la alcoba de la princesa; llamó tres veces y susurró su nombre. René abrió enérgicamente y le empujó para que entrase.

—Sabes que puedes meterte en un buen lío si te ven aquí, ¿verdad? —le advirtió ella.

—Estaba preocupado, es la primera vez en cuatro años que faltas a una clase.

—Creo que no podré practicar durante unos días, he tenido algunas diferencias con mi padre.

—Si no te alimentas bien, no podrás sostener la espada —bromeó Saúl.

—Me siento como ganado al que acaban de vender. Sé que mi comportamiento no se corresponde con el de una princesa, pero esa rebeldía forma parte de mi ser. Si eligen por mí, ¿qué me queda?, ¿quién soy?

—Mi padre comentó algo acerca de las intenciones de Wilbur. El consejo dice que ese enlace pondría fin a todas nuestras desdichas. El pueblo recibiría nuevas reses, nos proporcionarían terrenos para abastecernos y las alianzas con los reinos colindantes se restablecerían.

—¿Debo aceptar?

—No soy nadie para darle consejos, alteza, pero muy pocos tienen el poder de mejorar las posibilidades de los hombres, mujeres y niños que habitan este

lugar. Mi señora, he visto a familias alimentarse de comida en mal estado y niños mendigando en las calles por un chusco de pan duro. ¿Acaso es más importante amar que la supervivencia de todo un pueblo? Ame a su gente y, quizás, algún día, el destino la premie por realizar tal sacrificio.

—Pensarás que soy una egoísta...

—No creo que seáis egoísta, pero es difícil conocer el sufrimiento de los demás aguardando tras estos muros.

—¡Dejadme sola! —ordenó avergonzada.

Saúl se alejó a hurtadillas de la alcoba de René y se dirigió a la cocina donde le esperaba su madre para almorzar.

Siro ordenó a toda la servidumbre que organizaran los preparativos del banquete; tendría lugar dentro de tres noches. La princesa abandonó los aposentos para comunicar a sus padres que había cambiado de parecer.

—Accederé a casarme con Edmund de Lotaringia. Aun así, me entristece que organizaseis a mis espaldas la fiesta de mi compromiso.

—Hemos intentando mantenerte al margen de ese compromiso todo el tiempo que nos ha sido posible, pero no podemos sacrificar más vidas —explicó Penélope.

—Solamente una persona me hizo entender el peso de mis obligaciones y la repercusión que tendrían ¡Ya no soy una niña! —les espetó.

Abandonó el salón antes de que sus padres replicaran y se encerró de nuevo en su recámara.

Al día siguiente, René se vistió enérgicamente antes del amanecer para espiar a Saúl en sus quehaceres.

Deseaba aprovechar el poco tiempo que le quedaba en Northumbria estando junto al hombre que ella amaba, a pesar de que él ignorase sus sentimientos.

El mozo de espadas conducía a los caballos al río próximo al castillo, entretando, la princesa se deleitaba observándolo en la intimidad que les brindaba el amanecer.

Saúl era un joven vigoroso y corpulento, aunque no más alto que la princesa. Su cabello lucía ondulado y oscuro; sus ojos eran penetrantes, de color miel. Solía vestir una camisa blanca vaporosa, dejando el pecho casi al descubierto, y unos pantalones bombachos marrones embutidos en unas botas negras.

La princesa esperaba ansiosamente a que Saúl se acercara al río y comenzara a lavarse su rostro y el torso, como si de un ritual se tratase. Sus

mejillas se encendían al vislumbrar su pecho empapado bajo la camisa. Deseaba reunir fuerzas y confesarle lo que sentía antes de marcharse a Lotaringia, pero no estaba segura de que él le correspondiese. Tras media hora, René decidió regresar al castillo antes de que alguien notase su ausencia o Saúl la descubriese.

### 3 - TRAGEDIA

Se ultimaban los detalles para el banquete y apenas faltaban unas horas para que los soberanos de Lotaringia llegaran a Northumbria. Todo el mundo corría alterado; aún recordaban el fatídico episodio de la noche en que nació René. Los sirvientes cuchicheaban sobre lo ocurrido y se preguntaban si esta vez el rey Wilbur degollaría a alguien. Además, por petición del rey Siro, los alimentos y la bebida serían servidos por hombres; quería evitar que los guardias dieran rienda suelta a sus bajos instintos intimidando a sus doncellas.

El capitán Dreogan acudió en busca del rey para confirmar que todo estaba en orden.

—Tomaré las medidas necesarias para proteger a su familia, mi señor. Todos están preparados para una posible emboscada durante la fiesta.

—Debería ser una noche memorable, Dreogan. Y, en cambio, siento vergüenza al mirar a mi hija a la cara. Wilbur es un hombre desalmado y me preocupa que tenga elaborado algún malicioso plan.

—Les obligaremos a dejar sus armas en la entrada. No permitiremos que pierda el juicio como aquella noche.

—Agradezco tu entrega, capitán —dijo el rey posando la mano sobre su hombro—. Espero no tener que recurrir a la violencia.

Al anoecer, Wilbur junto a su familia y su séquito, se presentó ante los reyes de Northumbria. Wilbur fue el primero en recorrer el salón y saludó a Siro fríamente. Tras él, Garsea y Edmund se posicionaron a su altura. Siro se levantó del trono y ordenó a una de las doncellas que avisara a René. Tiempo después, la princesa caminó pausadamente hacia los reyes de Lotaringia. Lucía más hermosa que nunca, a pesar de la tristeza que oprimía su ser. Iba ataviada con un vestido blanco, tan largo que no se apreciaban sus zapatos.

Saúl, que también se encontraba en el interior del salón por órdenes estrictas de su padre, presenció la llegada de la princesa ensimismado por su belleza. Nunca se había fijado en ella de esa forma, pero en su interior, sentía una calidez cuando la miraba. Dreogan le ordenó a Saúl que esa noche debía reforzar la guardia y vigilar en todo momento a la princesa, aún sin saberlo, el capitán les hacía un favor a ambos.

Garsea se aproximó a la princesa y la abrazó fríamente, bajo la atenta mirada de Penélope. La reina Lotaringia había sufrido un gran cambio físico

en el transcurso de estos años, parecía enferma, aunque Penélope pensaba que su aspecto sombrío era el reflejo de su propia maldad. Garsea portaba un vestido negro; su cabello pelirrojo se mantenía recogido en una trenza que cubría su cabeza.

—La última vez que te vi acababas de nacer —expuso Garsea sonriente—. Veo que los años te han tratado bien, eres una joven muy saludable. Deseo que puedas traer al mundo hijos sanos y fuertes.

—Me alegra el poder conocerla, mi señora —respondió René, irónicamente. Garsea hizo un gesto a su hijo Edmund para que se acercara.

—Princesa, es un honor el poder estar ante vos al fin —dijo tartamudeando.

El príncipe Edmund era cohibido, flacucho, de apariencia frágil y desprovisto de cualquier atractivo físico. René miró a sus padres con resignación ante la situación tan incómoda que estaba viviendo. Pensaba que el pobre príncipe también se sentiría fuera de lugar ante la absurda decisión de su padre de unirlos en matrimonio, pero no le extrañaba. Su hijo no debería de tener demasiadas posibilidades de encontrar una princesa a la que desposar.

Ella fue cortés desde el principio con Edmund; le ofrecía comida, le contó historias de su infancia y le invitó a hacer un recorrido por las estancias del castillo. Mientras tanto, sus familias cenaban cordialmente en el comedor principal. Se reunieron cincuenta personas, sin contar los guardias que custodiaban el interior y exterior de la fortaleza.

René y Edmund se ausentaron durante la cena con la excusa de mostrarle al príncipe Lotaringio el resto del castillo. Saúl tenía la obligación de acompañar a la princesa y se mantuvo a diez pasos por detrás de los príncipes durante el recorrido. René le pidió a Edmund que la acompañase a la torre para contemplar las estrellas; necesitaba un momento de paz ante tanto testimonio de guerras sangrientas por parte de algunos miembros del séquito Lotaringio.

Hacía una noche espléndida, una brisa ligera azotaba el cabello de René, despertando en Saúl una intensa atracción.

—¿Te sientes mejor alejado de toda esa parafernalia? —preguntó René sonriendo.

—Mucho mejor, gracias —afirmó Edmund—. ¿Cómo los soportas?

—Años de práctica —precisó ella, sonriendo.

—Mi padre dice que debemos celebrar la boda antes del verano.

—Faltan dos meses, ¿tú quieres casarte? —preguntó ella.

—Si pudiese elegir por mí mismo, nunca me casaría con una mujer — confesó sonrojándose.

—¿En serio? —exclamó boquiabierta.

—Solo sé que no me atraen las mujeres de la forma en que debería, lo noté hace unos años. No le cuentes a nadie, por favor.

—Puedes confiar en mí. Yo sé lo que es sentir algo por alguien y no poder pronunciarme.

—Mi padre preferiría contemplar mi cabeza clavada en una pica antes que verme feliz junto a un varón.

—A veces desearía no ser princesa, nos obligan a actuar en contra de nuestros sentimientos.

—La premura en cuanto a la celebración de nuestra boda es por mi culpa. Hace unos meses intenté escapar del castillo, pero me encontraron antes de que pudiese alejarme demasiado.

—Tu padre es un ser vil y cruel. Ha atormentado a mi familia y a mi pueblo con el único propósito de unir los reinos de Northumbria y Lotaringa, sin tan siquiera considerar las vidas que ha segado para conseguirlo.

—Mi padre no tiene muchos amigos y los que conserva es por interés. Cuando alguien contradice su voluntad tiende a extorsionarlo hasta que acaba cediendo.

—¿Alguien más conoce tu secreto?

—Dos personas, pero mi padre les cortó la lengua por acusarme de ser alguien indigno. Tuve un acercamiento con el hijo de una de las cocineras que trabajaba en el castillo, y su madre nos descubrió besándonos. Le contó a mi padre que yo seducía a su hijo y, bueno, el resto ya lo sabes.

—¿Por qué no hablaste en su defensa?, ¡podías haberlo evitado! —señaló molesta.

—¡Mírame!, si no soy capaz de articular una frase entera sin tartamudear delante de la gente, ¿cómo podría haber confesado tal cosa a mi padre?

—Ahora no tartamudeas.

—Es la serenidad de la noche, no soporto estar delante de tanta gente.

—Lo cierto es que esperaba a un príncipe arrogante y maleducado.

—Lamento decepcionarte, princesa, pero creo que soy el más sensato de mi familia.

—Serás un gran rey, Edmund, esto será más fácil si nos mantenemos unidos.

—La boda es un hecho, el único consuelo es nuestro entendimiento —dijo más relajado.

—Sí, pero tu madre ya piensa en un heredero, ¿qué vamos a hacer?

—No nos atormentemos aún con lo que ocurrirá en el lecho, no quiero ni pensarlo. No te ofendas, princesa.

—Créeme, es un alivio más que una ofensa.

—Debo volver al salón, mi padre enloquecerá si me retraso.

—Yo me quedaré un poco más, la noche va a ser larga —concluyó suspirando la princesa.

René deseaba disfrutar de unos minutos a solas con Saúl, puesto que le habían ordenado protegerla, nadie sospecharía si los veían juntos.

Edmund descendió de la torre y se dirigió al salón. Saúl se acercó a la princesa sin articular palabra, los dos aguardaron en silencio disfrutando de la noche estrellada.

—¿Le ha ido bien con el príncipe?

Ella divisaba las estrellas sin atender a las preguntas de Saúl.

—Princesa, quería disculparme por la severidad de mis palabras durante la conversación que mantuvimos en su alcoba. No debí entrometerme acerca de lo que debía hacer respecto a su matrimonio. Le ruego que me perdone.

—No estoy molesta, es más, gracias a tu consejo he logrado aclarar mis pensamientos.

—Me alegra saberlo, ¿le agrada el príncipe?

—¿Agradarme?, es como un niño y, además, no soy su tipo.

—Solamente un necio renegaría de vos, mi señora.

—¿Me guardas un secreto?

Saúl asintió con la cabeza.

—El príncipe Edmund prefiere yacer con varones.

—¿En serio?

—Nadie lo sabe, debemos ser discretos. A saber cómo reaccionaría el bárbaro de su padre.

—Sabiendo eso, ¿os desposaréis con él? Es una pena que os entreguéis teniendo la certeza de que no os desea.

—Tiene buenos modales, a diferencia de sus padres. Sé que me cuidará e intentará hacerme feliz a su manera.

—Aun así, admiro vuestra fortaleza y vuestro temple. Cualquier hombre se sentiría halagado de ser el elegido.

René se ruborizó al escucharle. Esa noche apreciaba un brillo especial en

su mirada, además, sus palabras parecían esconder un mensaje oculto.

Justo en ese instante, una de las damas de la reina se personó en la torre para acompañar de regreso a la joven.

—Princesa, sus padres reclaman su presencia en el salón, no debe demorarse.

René asintió y descendió de la torre sin mucho ánimo; Saúl caminaba tras ella haciendo un esfuerzo por reprimir sus sentimientos. Un fuego interno crecía apropiándose de su mente y su cuerpo. Siendo consciente del secreto del príncipe Edmund, la rabia le consumía al pensar que nunca alcanzaría a amar a René de la misma forma que él anhelaba hacerlo.

La familia Lotaringia se instaló en Northumbria con la finalidad de que los príncipes mantuviesen un acercamiento antes del enlace, pero ninguno de ellos mostraba interés en indagar en el carácter del otro. Desde la noche en la torre no habían cruzado más palabras aparte del saludo en la mañana y la despedida en la noche. Ambos sabían que aquello era una farsa y decidieron convivir discretamente hasta el día de la boda. René, por su parte, conservaba la costumbre de espiar a Saúl al amanecer.

Él acariciaba el lomo de su caballo junto a la orilla del río y escuchó unas hierbas secas crujir, rápidamente, desenvainó su espada y se acercó hasta los matorrales más próximos para averiguar quién acechaba. Ella intentó huir a toda prisa para evitar que la descubriese, pero era demasiado tarde. Saúl corría tras ella, aunque no era consciente de que perseguía a la princesa, pues se ocultaba bajo una capa negra. El joven se abalanzó sobre René, cayendo los dos al suelo; él giró el cuerpo para verle el rostro y su sorpresa fue mayúscula al encontrar a la princesa.

Los reyes de Lotaringia y Edmund, recorrían las tierras de Northumbria para conocer el legado y la herencia de la que gozaría René. Paseaban en el carruaje real acompañados de su séquito de treinta hombres.

—¿Te agrada la princesa, hijo? —preguntó Garsea.

—Es muy agraciada y educada —contestó sin mucho interés—. Será una digna reina para Lotaringia.

—Solo te debe interesar su vientre —precisó Wilbur—. Lo demás, lo aprenderá con el tiempo.

—¡Padre! ¡No es una yegua para crianza!

—No le habléis así a vuestro hijo. Afortunadamente, ha heredado mi buen juicio.

—¿Tu buen juicio? —dijo soltando una carcajada— Nunca he podido

apreciar tal virtud en ti, querida.

—¿Cómo te atreves? —le recriminó— ¡Ya ni siquiera respetáis a vuestra reina!

El carruaje se detuvo para que los guardias y los caballos se refrescasen en el río que discurría a unos metros del camino. Edmund aprovechó para alejarse de sus padres y tomar un respiro de sus continuas discusiones.

Los guardias empaparon su rostro con el agua del río y se tumbaron en la orilla para descansar unos minutos. Uno de ellos, distinguió dos figuras abrazándose tras unos frondosos árboles. Se aproximó para averiguar la identidad de los enamorados y quedó perplejo al reconocer a la princesa René

La joven abrazó a Saúl consumida por la tristeza que le causaba su condición de ser princesa; «si hubiese sido una plebeya, mi amor no tendría precio ni dueño», pensaba. René y el mozo de espadas unidos por el cálido abrazo que estrechaban sus cuerpos, hacían palpable el sentimiento que se imponía a la negación de sus mentes.

El guardia acudió en busca de su rey y contó a Wilbur la escena que había presenciado junto al río. El rey Lotaringio gritó el nombre de su hijo para que regresara al carruaje inmediatamente. Edmund sospechaba de la actitud de su padre; su mirada ardiente era un síntoma de malestar profundo, pero no consiguió que le confesara lo que estaba sucediendo. El carruaje de los reyes Lotaringios se detuvo ante la puerta del castillo de Siro, ya que el recorrido por sus tierras se daba por concluido tras descubrir el coqueteo de la princesa con Saúl.

Wilbur se adentró en el castillo maldiciendo a toda su familia. El rey se encontraba leyendo un poema que había escrito Hermógenes y, al escuchar los gritos, pidió a su hijo que se encerrara en su cuarto. Siro se personó ante Wilbur y le pidió explicaciones por su inapropiada actitud.

—¡Tu hija ha deshonrado a mi familia de la forma más repugnante que existe!

—¿De qué se le acusa? —preguntó desconcertado.

—Ha sido vista intimando con tu mozo de espadas.

—¿Saúl?, solo le enseña a pelear con la espada. Es normal que los hayáis visto juntos.

—¿Te atreves a llamarme mentiroso?

—Saúl es el hijo del capitán de mi ejército, no creo que cometiese tal deshonor.

Wilbur llamó al guardia que presenció la escena para que Siro conociese los detalles.

—Zoilo, cuenta al rey de Northumbria lo que viste.

—Mi señor, yo estaba refrescándome en el río cuando vi a su hija abrazar a Saúl —dijo tembloroso.

—Pudo ser otra doncella, Saúl es un muchacho bien parecido y no me sorprendería que se dejase querer, como es habitual en alguien de su edad —precisó Siro.

—Disculpe mi atrevimiento, pero no existen doncellas por estos lares que equiparen su belleza.

—¡Suficiente!, puede retirarse, oficial.

—Mis hombres son leales —se pavoneó Wilbur—. En cambio a ti te tienen en muy poca estima, por lo que veo.

—No me pronunciaré sin conocer los hechos por boca de mi hija y Saúl.

—¡Han humillado a mi hijo! Una princesa no puede ir abrazando a los vasallos. ¡Es una ofensa hacia mi familia y la corona de Lotaringia!

—¿Cómo debería actuar según tu juicio?

—La princesa será perdonada si Saúl es castigado.

—¿Castigado? ¿Pretendes que mande a azotar al hijo de mi capitán?

—Antes de diez días debe ser ejecutado y quiero que envíen su cabeza a Lotaringia para exhibirla.

—¡No ordenaré tal cosa! —clamó horrorizado.

—Tu pueblo sufrirá las consecuencias. Transcurrido ese tiempo, regresaré con mi ejército y no dejaré alma con vida.

—¡No te atrevas a amenazarme! Desde el principio, este enlace era una patraña, tu único afán era destruir todo cuánto poseo. No logro entender por qué castigas de esa manera a mi familia y a mi gente. Tu hijo podría desposar a la princesa que él eligiese y, todo esto, no sería más que un mal recuerdo.

—¿Te burlas de mí?, ¿acaso no has visto a mi hijo? René era su única esperanza de contraer un matrimonio digno de su rango, pero ha mancillado con desdén nuestro honor. ¡Recuerda que tienes diez días para decidir el futuro de Northumbria!

Wilbur de Lotaringia abandonó la fortaleza despotricando y maldiciendo a todo y a todos. Siro fue testigo de cómo se alejaba el carruaje y un sentimiento de culpa se apoderó de

él. Sintió que había fracasado como rey y como padre. Se dirigió al salón y se sentó en su trono para esperar a René, necesitaba escuchar que la

acusación del rey Lotaringio era totalmente infundada.

Penélope se reunió con Siro en el salón y, tras escuchar lo acontecido, se estremeció.

—¿Qué haremos si inicia una guerra? —le preguntó.

—Tendremos que responder a su ataque.

—¡Dios Santo! ¿Y qué va a pasar con nuestros hijos? Aarón es solo un bebé y Hermógenes es incapaz de valerse por sí mismo, ni siquiera sabe empuñar una espada.

—Tal vez deberías partir con ellos a un lugar seguro, tenemos amistades en Nápoles. Podéis refugiarnos allí hasta que solucionemos este asunto.

—No tenemos muchas opciones —advirtió Penélope.

—¡No puedo ejecutar al hijo de Dreogan! Saúl me ha servido fielmente, todo esto tiene que ser un invento de Wilbur para someternos de nuevo ¡Estoy harto de sus chantajes! ¡Toda mi vida he dormido con un ojo abierto por sus malas artes!

—Entonces, ¿lucharás?

—Si no puedo persuadirlo... No permitiré que avasalle cuanto he creado.

René y Saúl regresaban felices al castillo, ajenos a la amenaza de muerte que pesaba sobre Northumbría y el propio Saúl. Él, se dirigió a la cocina en busca de su madre y la princesa se acercó al salón para saludar a sus padres.

Los reyes aguardaban sentados en sus tronos con semblante serio y enfadado.

—¿Ocurre algo? —preguntó inquieta la princesa.

—Eso depende de lo que hayas hecho —contestó Siro secamente.

—Acabo de llegar de entrenar con la espada, padre.

—Wilbur ha cancelado tu compromiso con el príncipe Edmund.

—¿De veras? ¡Pero eso son buenas noticias!

—Uno de sus guardias te vio con Saúl en una actitud cariñosa.

—Padre, eso es incierto. Él me abrazó porque tenía frío y me animó porque me apena dejar mi reino.

—Aun así, es inapropiado abrazar a los súbditos sin pensar en las consecuencias.

—He accedido a un matrimonio que no me agrada y sigue sin ser suficiente para vos. ¿Qué queréis de mí?

—Wilbur siente que has mancillado el honor de su familia y me ha exigido ejecutar a Saúl antes de diez días o, en cuyo caso, enviará a sus tropas para exterminar a nuestro pueblo.

—¡No puede ser!, ¿matar a Saúl?, ¡no podéis hacer tal cosa!

—Es la vida de un hombre a cambio de la de cientos.

—El rey Lotaringio os ha cercado de nuevo. Nunca pensé que accederíais a sus chantajes.

—¡No podemos afrontar una guerra, René! Nuestros hombres tienen hambre, están exhaustos.

—¡Esto no puede estar pasando!

—Saúl será recordado como un héroe y le honraremos como tal —secundó Penélope.

—¡Nadie le tocará! Lo he amado en silencio durante hace años, sí, lo admito. Él, es el único hombre con el que deseo casarme y no me importa la escasez de riquezas. ¡No permitiré que ese loco asesine al hombre que quiero y pobre de aquél que ose herirlo! Yo misma lo custodiaré.

—¡Has perdido el juicio! —le reprochó su madre.

—No, solo defiendo al hombre que quiero.

La princesa abandonó el salón a toda prisa y corrió en busca de Saúl. Él almorzaba con su madre en la cocina, pero al ver a la princesa indispuesta se aproximó hasta ella.

—Recoge tus cosas, nos vamos de aquí —le ordenó alterada.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Si nos quedamos, morirás!

—No he cometido ningún delito para ser ajusticiado, tranquilízate.

—Wilbur cree que he intimidado contigo y ha ordenado matarte ¡No tenemos tiempo, debemos irnos!

—Nos marcharemos unos días a la aldea más próxima hasta que se resuelva todo este desaguisado —zanjó él.

Los jóvenes huyeron hacia las montañas sin mirar atrás; se refugiaron en una pequeña casa de madera abandonada a las afueras de la aldea contigua. Por primera vez, René y Saúl pasarían juntos la mayor parte del tiempo.

—Pronto volveréis a disfrutar de las comodidades de vuestro castillo, princesa.

—No deberíamos regresar.

—Nuestras familias siguen allí, no podría perdonarme si algo les ocurriese por mi culpa.

—Wilbur no se detendrá hasta conseguir tu cabeza.

—Lo prefiero antes que ver morir mi gente.

El joven se alejó de la casa para calmar los ánimos. Fue en busca de la

taberna más cercana, se sentó en una mesa y bebió cerveza. Desafortunadamente, dos guardias del séquito Lotaringio se encontraban agazapados, bebiendo en un rincón oscuro, y al instante, reconocieron a Saúl. Acordaron seguirle para descubrir su escondite, estaban seguros de que la princesa le acompañaba.

Wilbur se presentó en Northumbria, escoltado por su ejército de cinco mil hombres. Siro gozaba de la ventaja de que Saúl no había podido ser ejecutado al haber huido.

—¡Terminó el plazo! ¡No has cumplido tu palabra!

—¡Saúl abandonó la ciudad!

Siro aguardaba junto a sus hombres en la muralla más alta del fortín, Dreogan no se separó de su lado.

—¡No tienes corazón de rey! —le gritó.

Wilbur le arrebató de las manos a uno de sus guardias un saco ensangrentado y lo lanzó hacia la muralla; Dreogan lo atrapó y miró su contenido, por orden de Siro. El capitán se desplomó sin lograr contener la desesperación, pues el saco contenía las cabezas de René y Saúl.

Penélope, que contemplaba la escena desde el balcón de su alcoba, lanzó un grito tan desgarrador que estremeció los corazones de los habitantes de Northumbria. Sus damas de la corte se refugiaron con Hermógenes y Aarón en el interior del castillo para evitar que aquella escena permaneciese en sus memorias. La reina se negó a acompañarles mientras yacía en el suelo consumida por la pena y el llanto. Siro, fuera de sí, desenvainó su espada y ordenó abrir las puertas de la fortaleza.

—¡No hallaré mayor placer en esta vida que no sea el atravesarte con mi espada! —le amenazó desgarrado.

—¡René mostró más valentía que su rey! Asesinó a dos de mis guardias antes de ser degollada —se jactó Wilbur.

Las puertas se abrieron y su ejército penetró en la ciudadela destruyendo todo cuanto encontraba a su paso. Wilbur dejó de lado a sus hombres y recorrió todo el castillo con la única intención de aniquilar a la familia real. Localizó una puerta oculta en la cocina que desembocaba en un angosto pasillo y, tras él, una escalinata que descendía hasta una lúgubre habitación. Wilbur no atisbó señales de que la familia real se refugiara allí y decidió regresar a la batalla, pero antes de abandonar la escalinata, escuchó un llanto

de bebé. Regresó y descubrió un armario cubierto por diferentes telas, abrió la puerta y halló a Penélope junto a sus hijos; sus damas le suplicaron piedad.

Ambos bandos se enzarzaron en una cruenta batalla que se prolongó durante más de tres horas. No quedó alma con vida en el reino de Siro; sus hijos, Penélope, los vasallos y todo el pueblo, fue brutalmente asesinado a golpe de es-pada, salvo Siro. Wilbur ordenó que se le mantuviese con vida para que su sufrimiento fuese eterno. Después, su ejército abandonó el reino destruido de Northumbria entre la espesa humareda, proveniente del fuego que consumía a la ciudad.

Siro sostenía el cadáver de su esposa y de sus hijos rodeado por las llamas. Lloraba, gritaba y se maldecía sin consuelo, a la vez que un sentimiento de venganza le invadía.

Tiempo después, se percató de que alguien le observaba y desenvainó su espada, pero no advirtió persona humana entre aquel fuego, tan solo una neblina negra que flotaba alrededor suyo. Una voz muy grave susurraba su nombre en mitad de la destrucción que asolaba a su ciudad dorada.

—¿Quién sois? —preguntó atormentado.

—Soy venganza, muerte, oscuridad... —susurró.

—¿Qué queréis de mí?

—La pregunta es, ¿qué puedo ofrecerte?

—¡Quiero acabar con Wilbur! —gritó iracundo.

—Te ofrezco mi poder para que cumplas tu venganza —dijo el humo negro—. Pero a cambio, tendrás que cumplir una misión.

—¿Qué misión?

—Destruir el mundo de las auras. Los humanos están corrompidos y deben pagar por sus malas acciones. Si aceptas, te ofrezco la eternidad y el control absoluto de la oscuridad.

—No me queda nada aquí, lo he perdido todo. Si me ayudas a cumplir mi venganza, ¡acepto!

—Sabia elección —susurró el humo negro.

La neblina envolvió a Siro en un fuerte remolino que giraba en torno a él. El día se tornó noche, las llamas del fuego se disiparon y todo quedó sumido en la más absoluta oscuridad. Cuando el remolino se disolvió, hizo su aparición una figura que portaba una túnica negra y no tenía rostro, únicamente se distinguían dos intensos ojos rojos.

Siro estaba poseído por las tinieblas y su misión ahora iba más allá de su venganza contra el rey Lotaringio. Destruiría el mundo de las auras y nadie podría impedirselo.

## 4 - LEGADO

A mediados del siglo XII, al norte de Canterbury, Aldreda fallecía al dar a luz a su segunda hija, Amira. Celia, aguardaba tras la puerta de la alcoba junto a su padre, solo tenía cinco años.

Aldreda falleció con el bebé en los brazos, solamente tuvo fuerzas para mencionarle a la partera el nombre que deseaba para su hija. Cuando ésta abrió la puerta de la alcoba con Amira en los brazos, Celia agitó las enaguas de la mujer para conocer a su hermanita. Su padre, Edgar, irrumpió en la habitación donde yacía su esposa y gritó roto por el dolor.

Quince años después...

Celia cultivaba el pequeño huerto que conservaba en la parte trasera de su humilde casa mientras que Amira regresaba del pueblo con dos cántaros de agua. Edgar las abandonó cuando Celia apenas había cumplido trece años; nunca llegó a recuperarse de la muerte de Aldreda. Decidió marcharse abandonando a su suerte a sus propias hijas. Afortunadamente, pudieron sobrevivir gracias a lo que cultivaban en el huerto y de la caridad del párroco del pueblo.

Celia se había convertido en una joven muy hermosa; su cabello lucía rubio y peinado a base de tirabuzones que modulaban ondas perfectas. Sus ojos brillaban en un azul tan intenso que conseguía traspasar con su mirada. A pesar de no poseer lujosas vestiduras, destacaba por su lozanía y esbeltez.

Amira, a sus quince años, era una joven muy madura y sensata; el hecho de crecer sin padres la obligó a resistir desde muy pequeña los altibajos de su convivencia con Celia. Su hermana mayor la había protegido hasta el punto de dejarla encerrada varios días en casa mientras ella salía en busca de víveres.

La belleza de Amira era indiscutible; su largo cabello negro y lacio alcanzaba su cintura, a la vez que dos minúsculas trenzas bordeaban el contorno de su frente. Sus ojos eran negros, transmitían serenidad y un halo muy dulce envolvía su rostro.

Vivían solas en la casa de sus padres desde hacía siete años y nunca habían recibido misiva alguna por parte de su padre. Celia era la hermana fuerte y protectora; la que contempló el cuerpo sin vida de su madre cubierto de

sangre tras el parto y, años después, tuvo que hacer frente a la partida de su padre.

Amira, en cambio, era todo dulzura y generosidad. Apenas recordaba a su padre, pues ella era pequeña cuando él las abandonó. Celia era lo más parecido a una madre que ella conocía y se sentía agradecida por el esfuerzo que había realizado durante estos años. En más de una ocasión, Celia fue cortejada por algunos muchachos del pueblo, pero no confiaba en nadie. Las hermanas prometieron mantenerse unidas ante cualquier adversidad o capricho del destino.

## 5 - LOS GUARDIANES DE LAS AURAS

Gabriel, Diago, Lusor y Yael, eran los cuatro guardianes del universo que velaban por el equilibrio humano de las auras verdes. Su misión consistía en evitar que las sombras sumieran en la oscuridad a todos los corazones de la gente que habitaban el planeta.

Los guardianes moraban en una cueva secreta, en Aínsa. Era un refugio creado para proteger a todas las auras que reclutaban. Según su naturaleza, podían distinguirse en diversos colores; las personas con aura verde eran las más codiciadas, pues su pureza contenía un inmenso poder; las auras rojas, en cambio, residían en personas malévolas. Las blancas, solo permanecían en los recién nacidos, ya que no habían cometido ninguna acción y, por lo tanto, su naturaleza se mantenía intacta. Las auras azules eran las más vulnerables; se asociaban a personas promiscuas y desprovistas de autocontrol, lo que podía derivar en un balance negativo para el equilibrio. Las amarillas se manifestaban por la aparición de un sufrimiento profundo; se purificaban tras sobreponerse a esa lucha, acercándolas a la pureza máxima: el blanco.

Los guardianes de las auras habían luchado contra la oscuridad durante milenios, pero desde la llegada de un poderoso guardián negro, la balanza del equilibrio peligraba.

La cueva subterránea era grandiosa; gruesas estalactitas colgaban del techo con diferentes formas y tamaños, siendo un espectáculo para la vista. Se mantenía alumbrada por luces verdes y blancas, además de la luz que desprendían algunas antorchas situadas en los laterales. La iluminación era suave y acogedora, predominaban los tonos verdes sobre los blancos. Seis escalones separaban el altar de la planta baja y sobre el se alzaban cuatro estatuas de grandes dimensiones que presidían la parte frontal de la cueva. Estas se mantenían elevadas sobre un pedestal y representaban a los guardianes, entre ellas destacaba la figura de Gabriel. Era fácil reconocerlo, pues era el más joven de los cuatro y sus facciones joviales lo delataban, además, se distinguía por sostener un bastón. Se construyeron en mármol blanco, medían más de dos metros y se encontraban separadas un metro entre sí. Un sillón dorado presidía el altar y justo detrás una hilera de antorchas rodeaba a las estatuas, dotándolas de un halo de poder y misterio.

Los cuatro protegieron el equilibrio durante miles de años, venciendo a los guardianes negros que atentaban contra todo ser vivo. Actuaban en una

realidad paralela, auxiliaban a las auras sin ser descubiertos por los humanos aunque su poder les permitía interactuar con ellos. El tiempo transcurría a una velocidad superior en esta otra realidad; un minuto en la existencia humana equivalía a días en el mundo de las auras.

La jovialidad de los guardianes se mantenía intacta; su apariencia se congeló en el tiempo y los poderes evitaron que la sucesión de los años se hiciese palpable en ellos. Tras la muerte de su mentor a manos de un guardián de la oscuridad, ocuparon su puesto para continuar con la misión de proteger a todas las auras verdes.

Gabriel, era el más astuto, fornido y atrevido de los guardianes. Gozaba de gran altura, su cabello era tan dorado como el sol y rozaba sus hombros. Los ojos eran verdes e intensos; con una mirada podía decirlo todo y nada a la vez. Solía ser querido y odiado al mismo tiempo, especialmente, entre las damas. Aun así, el resto de guardianes valoraba su criterio y actuaban según su parecer. Destacaba por ser temerario e intrépido, solía dejarse llevar por la bravura de su corazón sin precaver en las consecuencias de sus acciones. No temía al guardián negro, es más, disfrutaba enfrentándose a él aún a riesgo de hacer peligrar la misión.

Yael, a diferencia de Gabriel, nunca había sido capaz de declarar sus sentimientos a una mujer. Era el más sensato y juicioso de todos, no permitía que sus emociones le dominasen.

Aparentaba unos treinta años humanos, pero su sabiduría le delataba en cuanto a su verdadera edad. Su carácter era firme y orgulloso, no permitía que nadie se acercara más de los límites que él mismo establecía.

Su complexión era fuerte y musculosa; por regla general, los cuatro guardianes mantenían una apariencia física similar. Lucía el cabello castaño oscuro y los ojos marrones, también mostraba una ligera barba que le proporcionaba un aspecto más seductor. Vestía un chaleco y pantalones de cuero negros ajustados, como el resto de guardianes. Sus brazos robustos quedaban al descubierto bajo un chaleco ceñido y abrochado, a través de un fino cordón anudado de izquierda a derecha.

Lusor era el más charlatán de todos, pasaba la mayor parte del tiempo gastando bromas y sonriendo. Poseía una belleza propia de los dioses. Además de su cabello negro y ondulado, tenía la piel bronceada. Sus ojos brillaban en un azul tan intenso que los guardianes bromeaban llamándole ojos de cielo. Resultaba casi imposible negarle nada, pero abusaba tanto de las bromas que casi nadie le tomaba en serio.

Diago apenas hablaba, era el guardián más tímido y recatado, pero sonreía frecuentemente por las bromas de Lusor. Siempre intentaba permanecer en un segundo plano, evitaba las disputas y se mantenía al margen cuando el resto fanfarroneaba acerca de alguna misión. Su carácter agudo e ingenioso era de vital importancia para resolver los conflictos que les había ocasionado el guardián negro. Siempre tenía una respuesta, estudiaba las debilidades de sus oponentes y conseguía anularlas en base a una estrategia. Era el menos agraciado de los cuatro; lucía calva y sus ojos eran negros.

Los guardianes se reunieron en la cueva para hallar una fórmula que detuviese a las sombras.

—El nuevo guardián de la oscuridad está causando estragos —alertó Gabriel.

—Es imparable, no había visto semejante despliegue de poder en siglos —secundó Yael.

—Debemos volver a reclutar, es la única fuente de poder viable que nos queda —añadió Diago.

—¿Alguna sugerencia, Diago? —preguntó Gabriel.

—He preparado una lista con las auras que requieren cierta atención —le respondió

—¡Una lista! —bromeó Lusor.

—Yo al menos me tomo mi tarea en serio —contestó.

—Nos ahorrará mucho tiempo en la búsqueda —le felicitó Yael.

—Primero, reclutaremos a las auras azules, son las que están expuestas a los cambios y pueden ser tentadas fácilmente por el guardián negro. Recordad que siempre serán nuestra prioridad —precisó Diago.

Los guardianes desaparecieron de la cueva en un remolino de viento y polvo verde para comenzar con la tarea que les había sido encomendada.

## 6 - LAS AURAS AZULES

Gabriel había conseguido reclutar con éxito a cinco auras azules; la siguiente de su lista era Celia, de Canterbury.

El guardián apareció en un campo abierto en el que divisó a lo lejos a una joven que parecía estar sembrando. Se acercó unos metros y distinguió un aura azul muy intensa.

Celia se incorporó y limpió el sudor de la frente con la manga de su vestido *beige*, en ese preciso instante, Gabriel quedó prendado de su hermosura. La joven lucía sus rizos dorados recogidos con una cinta blanca, simulando una diadema. Las mejillas encendidas por el esfuerzo del trabajo evidenciaban su lozanía. Amira había salido al mercado para comprar un pollo, Celia se encontraba totalmente sola en la propiedad.

Gabriel se acercó con tranquilidad al ser invisible ante sus ojos y colocó su mano en la frente de la joven. Ambos fueron transportados de nuevo a la cueva de los guardianes. Al llegar, Celia permaneció inmóvil durante unos segundos sin saber lo que estaba ocurriendo. Gabriel se hizo visible ante ella para tranquilizarla.

—¿Dónde estoy? —preguntó asustada.

—Tranquila, estás a salvo.

—Eso dicen todos los malhechores —replicó ella.

—Te lo contaré todo si te tranquilizas.

—Debo volver a casa, mi hermana volverá pronto.

—No puedo dejarte ir, lo siento. Este será tu nuevo hogar a partir de ahora.

—¡Estás loco! —gritaba mientras corría buscando una salida de la cueva.

—¡Detente!, ¡te mostraré la verdad!

Celia se contuvo y observó como Gabriel se aproximaba envuelto en un halo centelleante de color verde. Escuchó su corazón palpar al ritmo de los pasos del guardián; le miró fijamente y pudo sentir una calidez apoderándose de su cuerpo y su alma al mismo tiempo. El guardián llegó hasta ella y posó su mano en la frente. Incesantes escenas recorrían su mente armando una historia: voces, gritos de personas que suplicaban piedad, bastones que emitían luces cegadoras, cuatro hombres peleando contra una sombra, el universo rodeado de figuras con túnicas negras...

Celia pretendía descifrar todos los flashes que vislumbraba, pero las imágenes se sucedían demasiado rápido. Escuchó una voz masculina que parecía emerger del pasado con la intención de narrar la historia de aquellos

hechos:

«El equilibrio se rige por la hegemonía de las auras verdes que habitan en nuestro planeta. Durante milenios, la oscuridad asoló el universo, mucho antes de ser creada la raza humana. El Sol, fue ensombrecido por las tinieblas y perpetuó el silencio. Un día, consiguió despertar de su letargo y creó a su hijo, Helios, el primer guardián de nuestra era. Uno tras otro, los guardianes protegieron con su vida la continuidad de las auras, pero el mal siempre habitará en los corazones de los humanos, siempre regresa. Las sombras se alimentan de la energía que desprenden las auras rojas, sus portadoras son personas maliciosas y perversas, de esta manera, desequilibran la balanza. Por ello, los guardianes de las auras luchan contra la oscuridad, para evitar que sean tentadas y desaparezca la luz de su interior. Así, evitarán que el universo sea sumido en el caos y desaparezca todo cuanto amamos».

Gabriel retiró su mano de la frente de Celia y esperó a que se recuperase. La joven permanecía de rodillas con las manos apoyadas en el suelo. Su cuerpo temblaba y sintió como las fuerzas le abandonaban, segundos después, perdía la consciencia.

Al día siguiente, Celia despertó en su habitación, miró a su alrededor y todo parecía igual. Amira entró por la puerta ataviada con una cesta de fruta y algunas hortalizas que había recogido en el huerto.

—Buenos días, dormilona ¿Te encuentras bien?

—Entonces, ¿solo ha sido un sueño?

—¿Cómo dices?

—Nada, nada... —dijo mientras se rascaba la cabeza. «Parecía tan real», pensaba.

—Necesitamos agua, vuelvo en un momento —dijo Amira saliendo de la casa.

Celia se levantó sin mucho ánimo, apesadumbrada por el sueño tan intenso que había tenido. Se vistió y fue a la cocina en busca de un poco de leche, al girarse para coger un cuenco, quedó paralizada al ver a Gabriel.

—¡No era un sueño! —exclamó ella.

—Claro que no, te he dado algo de tiempo para que te despidas de tu hermana, pero tenemos que regresar a la cueva —anunció el guardián.

—No pienso ir contigo a ninguna parte —le advirtió amenazándole con un cuchillo.

—No me detendrás con eso —se jactó él.

—Tú no lo entiendes, Amira es mi única familia. No puedo abandonarla.

—Te prometo que cuidaré de tu hermana, la vigilaré sin que note mi presencia.

—Todo lo que vi, ¿era real?

—Desafortunadamente, sí. Una gran amenaza acecha a nuestro mundo.

—No puedo irme así, debo darle una explicación.

—Inventa una excusa, pero que sea rápido, llegará en unos minutos — concluyó Gabriel.

Amira cruzó la puerta de la entrada y vio a Celia sentada en su cama. Se acercó para asegurarse de que se encontraba bien y percibió un ambiente de tristeza y desasosiego a su alrededor.

—Tengo que marcharme.

—Pero, ¿ocurre algo?

—No puedo decirte nada más, perdóname, pero debo irme ahora.

—Tú también vas a huir como padre, ¿verdad?

—Ni por un momento pienses que voy a dejarte sola.

—¿Entonces?

—Alguien velará por ti —le confesó Celia.

—Si quieres irte, vete. Sé cuidarme sola —le reprochó paseando alterada por la habitación.

—Tengo que cumplir una misión, Amira, algo grande está a punto de suceder.

—¡Si sales por esa puerta, no vuelvas nunca!

—¡Ojalá tuviera elección!

Celia se levantó de la cama y salió de la casa, secó sus lágrimas y llamó a Gabriel.

—Espero que estés contento, acabo de dejar atrás a la única familia que me quedaba.

—Si la oscuridad vence, no habrá familia por la que luchar. ¡Todo habrá acabado!

Celia enmudeció al escuchar las duras palabras del guardián y se acercó para desaparecer envueltos en el remolino de viento y polvo verde que les enviaría de regreso a la cueva. Una vez allí, Celia abrió los ojos y pudo divisar a cientos de personas hablando entre sí.

—Ya ves que no eres la única —bromeó él.

—Pero, ¿cómo has reclutado a tanta gente?

—He tenido un poco de ayuda.

—¿Un poco? —dijo Yael que se acercaba por detrás junto a Lusor y Diago.

—Sí, solo un poco —afirmó Gabriel a regañadientes.

—Le gusta pavonearse cuando hay damas delante —aclaró Lusor dándole un pequeño empujón en el hombro izquierdo.

—¿Ellos también son...? —preguntó Celia interesada.

—Guardianes de las auras, preciosa —anunció Lusor acercándose a ella.

—Os recuerdo que está totalmente prohibido intimar con las auras, comportaos y dejad de avergonzarme —les amonestó Diago.

—Deberías relajarte, el mundo no se va a acabar hoy —añadió Lusor mientras se alejaba.

—Bueno, ¿qué tengo que hacer? —preguntó Celia.

—De momento, descansar un poco —señaló Gabriel.

—¿Descansar?, pero si me he levantado hace como una hora.

—Han transcurrido cinco días en la realidad humana.

—¿Cinco días?

—Ya te acostumbrarás a la velocidad del tiempo. Trata de dormir.

Gabriel caminó hacia el altar y se acercó a la estatua que representaba su figura, agitó la mano y el bastón de mármol blanco que sostenía la estatua apareció en su mano derecha. El bastón ahora lucía plateado y conservaba un inmenso poder en su interior. El guardián lo usó para dar un golpe seco contra el suelo y, seguidamente, parte de la cueva se convirtió en un salón acogedor; con innumerables camas, sillones de color marfil, mesitas pequeñas adornadas con velas de color verde y una mesa redonda de tres pisos repleta de bandejas de fruta. Se había convertido en una zona de descanso con todas las comodidades para que fuese habitable por todas las auras que habían ido a parar allí. Las estatuas permanecieron intactas a la transformación del salón. Diversos espejos y cuadros de paisajes adornaban la zona central; una estantería repleta de libros cubría gran parte de la pared, cientos de ellos eran de historia y filosofía.

Las auras descansaban en el salón de los guardianes, salvo Celia. Había perdido la noción del tiempo y solamente podía contemplar el techo tumbada desde una de las camas que Gabriel había hecho surgir de la nada con su bastón. Todo se mantenía en silencio; hombres, mujeres y niños descansaban plácidamente sin presagiar la amenaza de la oscuridad que existía sobre ellos.

Celia creyó escuchar unas voces y decidió levantarse, se acercó hasta el

altar y distinguió una puerta justo detrás de una de las antorchas que bordeaban el interior de la cueva. Intentó abrirla, pero no encontró llave o manivela alguna. Era un muro liso y macizo sin ninguna hendidura y se unía con el suelo, no tenía resquicio. En ese instante, escuchó unos pasos que se acercaban y ella retrocedió, solo tuvo tiempo para esconderse tras una de las estatuas.

Quedó perpleja al ver la puerta deslizarse hacia la izquierda. Lusor apareció en el salón, se aseguró de que nadie le observaba y extrajo la antorcha más cercana, la sostuvo durante tres segundos y la depositó de nuevo en su soporte de hierro. Instantes después, la puerta se cerró y el guardián desapareció envuelto en un remolino de viento y polvo verde.

La joven al descubrir la fórmula para abrir aquella puerta y realizó la misma operación. Una vez que cruzó al otro lado, se topó con un pasillo estrecho, alumbrado por hileras de antorchas situadas a izquierda y derecha. Al fondo del pasillo distinguió un muro verde que parecía gelatinoso, desprendía una luz verde muy intensa y las voces provenían de su interior. Ella se situó frente a él posando su mano y pudo sentir como lo atravesaba. Quiso asegurarse de lo que había detrás y se arriesgó a introducir su cabeza.

La primera imagen que obtuvo fue la de unos inmensos jardines; en el centro, destacaba una fuente ostentosa de mármol blanco. Sobre ella pudo distinguir una escultura en la que se representaba la figura de un niño sosteniendo el símbolo del sol con los brazos elevados.

Era una noche espléndida y las estrellas brillaban con fuerza, ensalzando la belleza de aquel lugar que parecía ser sacado de un cuento. Celia recobró su sentido de la realidad y volvió a escuchar las voces que la condujeron hasta allí. Reconoció a los guardianes que, en ese momento, discutían junto a la fuente.

—¡Estás loco, Gabriel! —gritó Diago.

—¡Si realmente existe el guardián dorado, es la única manera de despertarlo! —afirmó paseando alterado.

—A veces no logro entender por qué fuiste nombrado guardián —replicó Yael.

—¿Te burlas de mí? He reclutado más auras que vosotros juntos durante un milenio.

—¿De qué sirve? Ahora pretendes ponerlas en peligro —insistió Yael.

—Si el guardián dorado existe, las salvará —aseguró.

— ¡Tu plan es una demencia! —gritó Diago.

—¡Son estas auras o el resto del mundo! —señaló.

Al escuchar las palabras del guardián, Celia se indignó tanto que no pudo reprimir la rabia y se sumó a la discusión.

—¿Por eso estamos aquí?, ¿pretendes usarnos de cebo? —le reprochó indignada.

—¿Qué haces tú aquí?, ¿este es un lugar secreto! —le reprobó Yael.

—¡Me repugnas!, ahora mismo les contaré a todos —advirtió furiosa.

—¡No sabes lo que pensaba hacer! —dijo tomándola del brazo.

—Por hoy hemos escuchado suficientes sandeces, mañana nos reuniremos con Lusor por si has cambiado de opinión —alegó Yael mientras se alejaba junto a Diago.

—Abandoné a mi hermana para luchar por una causa mucho más importante que nosotros mismos, según tú —continuó Celia sin mirarle a los ojos.

—Mi mentor me contó una vez que la llegada del guardián dorado ataría a las tinieblas y las devolvería para siempre al infierno. Solo intento llamar su atención para que luche contra la oscuridad.

—¿Aún a costa de ponerlos en riesgo? ¡Hay niños! —gritó ofuscada.

—Quiero provocarle para que acuda a nosotros.

—No estoy dispuesta a consentir tal vileza y opino igual que Yael, no sé en qué momento llegaste a ser guardián.

Celia se alejó de la fuente y cruzó el jardín para atravesar de nuevo el muro gelatinoso verde; recorrió el pasillo estrecho y sostuvo una de las antorchas para que la puerta se abriera.

Las auras habían despertado y comían junto a una enorme espiral circular sobre la que desfilaban bandejas rebosantes de comida. Se hallaba en el centro de la cueva y giraba sin descanso; ataviada con fuentes de pavo relleno asado, abundantes verduras y frutas, patatas cocinadas de todas las formas posibles, bizcochos de naranja y chocolate, tartas de trufa con almendras, bombones de chocolate blanco y batidos de todos los sabores, rebosantes de nata y caramelo.

La espiral descendía del techo de la cueva girando hasta desaparecer bajo el suelo. Celia permaneció inmóvil durante unos minutos contemplando la escena del salón y sentía cierta tristeza al vislumbrar las caras de felicidad de aquellas personas mientras degustaban los deliciosos manjares. No quería ni imaginar que todos podrían morir a manos de un desalmado guardián negro

con el único fin de arrebatar todo rastro de humanidad existente en el universo.

Unas lágrimas recorrieron el rostro de la joven ante tan nefasto destino. Yael, que aguardaba junto a Diago y Lusor en el lado opuesto de la cueva, se acercó a ella.

—¿Has discutido con Gabriel? —le preguntó

—¿De verdad te importa? —respondió enfadada.

—No suelo interesarme mucho por el estado de ánimo de las auras, considéralo un cumplido.

—¿Por qué eres tan frío?

—Lucho para mantener a salvo el equilibrio humano, pero no debo preocuparme por nada más.

Yael secó las lágrimas del rostro de Celia con sus manos y regresó al lado de los guardianes. Gabriel atravesó la puerta y entró al salón, miró a Celia con semblante serio y se reunió con sus compañeros.

Una joven se acercó hasta Celia para invitarla a comer algo de la espiral. Era muy hermosa; su cabello lucía sedoso y pelirrojo. Sus ojos denotaban inseguridad e ingenuidad, brillaban en un tono verdoso.

—¿Te unes a mi grupo? —preguntó señalando la espiral de comida— Soy Otilia, y al ver que estabas tan sola quería animarte un poco.

—Soy Celia, pero no me encuentro con ánimo de comer nada.

—Supongo que eres nueva, seguro que extrañas a alguien.

—He sido reclutada hace poco, pero aún no controlo el tiempo en esta realidad y no estoy segura.

—Yo llegué hace veinte años. Al principio también me sentía angustiada, pero consigues adaptarte.

—¿Veinte años? —preguntó horrorizada.

—¡No temas!, al final te gustará vivir aquí.

—¿Lo dices en serio?

—Estamos a salvo y tenemos todas las comodidades, de hecho, nunca había comido tan bien como hasta ahora —afirmó Otilia.

—Yo siempre he trabajado muy duro para reunir algo de comida en casa.

—¡Acompáñame!, te vendrá bien conocer gente nueva —dijo Otilia tomando su brazo—. Además, no puedes irte de aquí sin probar el pastel de trufa.

Celia la acompañó hasta el grupo de gente que continuaba degustando todos los platos que aparecían sin cesar sobre la espiral. Por primera vez,

sonrió y olvidó los pesares que la habían atormentado durante su estancia en la cueva. Se sentía feliz y disfrutó de un banquete digno de reyes.

Yael la observaba con admiración; era inusual que un aura llamase su atención, pero Celia desprendía una fuerza y una intensidad en su carácter que le resultaban muy atractivos.

Los guardianes trataban el tema que propuso Gabriel, referente al guardián dorado, pero Yael continuaba mirando ensimismado a Celia. Lusor le golpeó la espalda para que se centrara en la conversación y le guiñó un ojo. Diago le mostraba unos libros antiguos en los que se relataban historias alusivas a una fuerza superior que destruiría a las sombras.

—Menciona que alguien reunirá el poder suficiente para vencer a la oscuridad, pero no hace referencia al guardián dorado —indicó Lusor.

—Nuestro mentor lo afirmó antes de morir, él estaba totalmente convencido de su existencia —insistió Gabriel.

—¿Por qué te lo dijo solamente a ti? —preguntó Yael, extrañado.

—Está claro que era su favorito —bromeó Lusor.

—Porque yo era el único que le escuchaba.

—¡Ya basta! Estoy cansado de vuestras memeces —gritó Diago—. Es de vital importancia para todos, os ruego que os centréis para encontrar una solución.

—Lo que me fastidia es que no aparecen datos ni fechas concluyentes que nos den alguna pista acerca de su existencia —continuó Gabriel.

—¿Y si ha muerto? Pudo vivir en el pasado —sugirió Lusor.

—¡No seas bruto! Llegará en un futuro cercano o, quizás, esté viviendo en esta era —replicó Diago.

—De cualquier forma, no tenemos los medios para dar con él —afirmó Yael.

—Recordad mi plan... —añadió Gabriel.

—¡Olvídalo! —se negó Diago— Ese asunto no entra en discusión, habrá que buscar una alternativa.

—¿Cómo despertaremos al guardián más poderoso de todos los tiempos? —preguntaba Lusor.

—Estoy seguro de que sentiremos su presencia —admitió Diago—. Solo existirá un aura dorada, tan brillante como el sol. Ni el propio Helios fue portador de tal poder.

—Entonces, esperaremos —concluyó Gabriel.

—Por cierto, debemos organizar turnos para vigilar a las auras durante la

noche, no se puede volver a repetir el episodio de ayer —señaló Diago—. Nadie había penetrado antes en el jardín de Helios.

—Esa jovencita, Celia, ¡es brava! —dijo Lusor riendo mientras miraba a Yael.

Gabriel y Diago continuaron leyendo los libros antiguos para recabar más información acerca del poder del guardián dorado. Yael arrastró del brazo a Lusor para reprocharle su comportamiento.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No soy yo el que está colado por un aura, amigo.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—Oye, puedes estar tranquilo, seré una tumba.

—¡No tienes ni idea!

—Nunca te había visto mirar de esa forma a nadie, ¡realmente te importa esa chica!

—Nunca me he mezclado con las auras, a diferencia de ti y Gabriel, siempre he respetado los límites —respondió molesto.

—¡Está para comérsela! —confesó Lusor, clavando sus ojos en ella.

Yael perdió el control y le propinó un puñetazo en la cara. El guardián cayó al suelo y le devolvió a Yael el golpe, pero esta vez, en el estómago. Los dos se enzarzaron en una absurda pelea en la que acabaron rodando por el suelo. Gabriel y Diago corrieron hacia ellos para intentar separarlos antes de que todos se percataran del bochornoso espectáculo.

—¡Decidme que estoy soñando y esto no acaba de suceder! —clamó Diago, indignado.

—¿Qué ocurre aquí? ¡Nunca os había visto discutir! —gritó Gabriel.

—Si averiguáis algo acerca del guardián dorado, avisadme —respondió Yael alejándose mientras se sacudía los pantalones de cuero negro.

Celia aguardaba tras una de las estalactitas engullendo su pastel de trufa, pero dejó de comer al ser testigo de la disputa entre Lusor y Yael. «Y el destino de las auras depende de estos fanfarrones», pensaba. Era la única que había presenciado la discusión y sentía cierta curiosidad por conocer los detalles. Temía que estuviese relacionado con la idea de exponer a las auras para despertar al guardián dorado, y decidió investigar por su cuenta.

Esperó a la madrugada y cuando se aseguró de que todos dormían, abandonó el salón de los guardianes para dirigirse nuevamente al jardín de Helios. Estaba segura de que allí encontraría a algún guardián, pero paseó durante unos minutos alrededor de la fuente y nadie apareció. Introdujo su

mano en el agua fresca y cristalina que emanaba de la boca de dos pequeños ángeles, situados a los pies de la escultura de Helios. Aparentaba no tener más de diez años. Aún recordaba los flashes que Gabriel le mostró el día que llegó a la cueva. La joven miraba al cielo y se asombraba del tamaño de la luna y las estrellas, con su fulgor iluminaban los jardines. Era un lugar mágico, en el que no tenía cabida la maldad. Solo se escuchaba el agua de la fuente, era un sonido armonioso y relajante.

La vegetación era una mezcla entre el jardín tropical y el japonés; predominaba la tendencia *feng shui*. Ese contraste junto con la vegetación frondosa; hojas grandes y las flores exóticas, encandilaron a Celia mientras se abría paso entre los senderos que muy pocos privilegiados habían recorrido. De repente, escuchó unos pasos tras ella, pero antes de girarse oyó una voz.

—Sabía que volverías —anunció Yael.

—Vine con la esperanza de encontrarte.

—Está prohibido, ya lo sabes.

—En este lugar me siento feliz y nada me preocupa.

—Aquí vivió el primer guardián, Helios.

—¿Qué le ocurrió?

—Las sombras le siguieron y lograron atravesar el muro verde; destrozaron todo a su paso y, al pequeño, le absorbieron la energía vital.

—¡Qué horror! ¿Ese es el destino que nos espera?

—¡No lo permitiremos!

—¿Cómo puede un lugar tan extraordinario albergar una historia tan terrible?

—Nuestro mentor lo reconstruyó, tardó cientos de años en conseguir que recuperase su esencia.

—Esta noche te siento más cercano, desde que llegué me has tratado con frialdad.

—Tengo que cumplir una misión, es lo único que me importa —aseguró el guardián alejándose de Celia.

—¿Qué pasó entre tú y Lusor?

—Nada...

—¿Nada?, ¿sueles pegar por nada?

—Es más complicado de lo que puedas imaginar.

—Quiero saber si está relacionado con las auras, si finalmente vais a entregarnos al guardián oscuro.

—¡Jamás consentiríamos tal cosa! Gabriel a veces actúa

inconscientemente, pero ya ha recapacitado.

—¡Menudo alivio!, se me agotaban las oraciones.

Yael soltó una carcajada al escuchar a Celia.

—Muy bonito, ¿el fin del mundo te hace gracia?

—¡Eres tremenda! —dijo recuperándose del ataque de risa.

—Me voy a dormir —zanjó ella abandonando el jardín.

Yael era consciente de que su atracción por Celia se incrementaba, lo que podía ocasionarle graves problemas. Los guardianes sospechaban de su actitud, jamás había golpeado a nadie, y menos por una chica. Mientras la veía alejarse, tomó la decisión de mantenerse firme y guardar las distancias. Se aproximaba una guerra y necesitaba estar sereno para la batalla; Celia solamente era una distracción.

## 7 - UNA RIVAL

Los cuatro convocaron a todas las auras en el salón de los guardianes. Debían instruir las para que reclutasen a otras que estuviesen en peligro, pero siempre acompañadas por uno de ellos.

Cada guardián nombró a las auras que acompañaría en sus misiones, cuando llegó el turno de Yael, Celia se mantenía expectante porque pensaba que sería su mentor, pero no fue así; el nombre de Celia figuraba en la lista de Gabriel. Al terminar las asignaciones, cada uno se reunió con sus aprendices para marcar las pautas de entrenamiento.

—Es vital que nunca os enfrentéis directamente a un guardián negro, os mataría sin pestañear. Algunos seréis recompensados con parte de nuestros poderes si realmente estáis a la altura de la misión —explicó Diago.

Gabriel eligió a Celia para que debutara en su primer día. Ella intentó despedirse de Yael, pero el guardián no mostró interés alguno por la joven y seguía dando órdenes a sus alumnos. Un remolino verde envolvió a Celia y Gabriel, transportándolos a otro lugar. Se sorprendió al reconocer la zona, habían regresado a Canterbury, su antiguo hogar.

—¿Le ha ocurrido algo a Amira?

—Se encuentra perfectamente.

—¿Puedo hablar con ella?

—Lo siento, pero va contra las normas. Una vez que abandonas tu hogar, ya no hay vuelta atrás.

—¿Por qué me has traído a Canterbury?

—Para mostrarte que superó tu marcha y poco a poco vuelve a sonreír.

—Es cierto, y está más radiante que nunca.

Amira sembraba en su pequeño huerto como de costumbre y tarareaba una canción.

—¿Te quedas más tranquila?

—Gracias, significa mucho para mí.

—Percibí cierto aire de decepción en tu mirada cuando te nombré. ¿Acaso preferías a otro guardián?

—¡Claro que no!

—Era curiosidad. No pensaba incluirte en mi lista, pero Yael me pidió que hiciésemos un cambio a última hora.

—¿Yael iba a ser mi mentor?

—Hace unos días insistía en que no te eligiésemos y esta mañana exigió un

cambio.

—No sé en qué he podido decepcionarle...

—Ni te molestes, es el guardián más ambiguo con el que he tratado. A veces dudo de su cordura —dijo riendo a carcajadas.

Gabriel y Celia desaparecieron de Canterbury para comenzar con la misión; la primera parada tuvo lugar en mitad de un bosque, cerca de un pozo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella.

—En unos segundos aparecerá una joven a la que he estado observando durante un tiempo. La oscuridad ha penetrado en su interior y no es capaz de rehacer su vida.

—¿Y qué puedo hacer?

—Mantenerla a salvo, debes evitar a toda costa que salte al interior de ese pozo.

—Para ti es muy fácil decirlo, solo con agitar tu mano consigues doblegar la voluntad.

—No te quejes, en mi primer día yo tuve que tratar con borrachos.

—¡Mira, ahí está! —señaló Celia.

Una joven descendía por una vereda, su aura tenía un tono azul oscuro, siendo más vulnerable a las sombras. Caminaba descalza y vestía un camisón largo blanco, parecía estar ausente.

—¿Qué hago? —preguntó nerviosa.

—Quiero ver cómo te desenvuelves con ella.

—Si te soy sincera, prefería a Yael de guardián.

—Ya lo sabía —respondió guiñándole un ojo.

Celia caminó hacia la joven con el propósito de persuadirla y evitar que su aura se malograra o acabara con su vida, pero iba tan distraída que tropezó con una piedra y cayó al suelo. Al principio se sintió avergonzada, pero podía usar su traspies como recurso para tomar contacto con la joven. Celia gritó varias veces intentando llamar la atención de la chica y, finalmente, logró que se alejara del pozo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la joven.

—Creo que me he torcido el tobillo —dijo fingiendo.

—Mi casa está tras esa colina, ven y te curaré.

Celia hizo un gesto con la mano a Gabriel indicándole que su intervención había tenido éxito.

La joven buscó unas gasas para vendar el tobillo de Celia y ésta se tumbó

en la cama de la chica mientras le atendía.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Celia.

—Soy Ismenia, ¿eres extranjera?

—Sí, estoy de paso. ¿Vives sola?

—Sí, mis padres murieron hace unos meses.

—Lo siento mucho, yo también sé lo que es crecer sin la protección y el cariño de tus seres queridos.

—¿Tuviste alucinaciones tras su muerte? —preguntó Ismenia.

—Mi madre falleció al dar a luz a mi hermana y mi padre nos abandonó años después, no nos consta si aún vive.

—Debió de ser muy duro. Yo siento verdadero pavor durante la noche; una sombra aparece frente a mi cama y me dice cosas horribles. Al principio creía que eran pesadillas, pero soy consciente de su presencia y hasta siento dolor en mi cuerpo.

—¿Una sombra?, ¿qué te dice? —preguntó alarmada.

—Que soy fruto del mal, que mis antepasados están malditos y tiene que destruirme para cumplir su venganza.

—¡Escúchame, quieren hacerte daño!, esa sombra es muy peligrosa. Debes acompañarme, mis amigos cuidarán de ti.

—Pero, ¿tú quién eres?

—Tienes que creerme, existe una fuerza oscura que intenta hacer daño a personas buenas como tú.

Un remolino de polvo negro emergió en la habitación, el guardián de la oscuridad se presentó ante las jóvenes.

—¡Gabrieeeeel! —gritó aterrorizada.

Acto seguido, sintió que su respiración se entrecortaba; la presencia del guardián negro debilitaba sus fuerzas y las de Ismenia. Hacían esfuerzos por seguir respirando, pero el guardián emitía un pitido agudo ensordecedor que anulaba por completo sus energías. Antes de desmayarse, Celia avistó una bola de luz verde que emitía destellos. Gabriel irrumpió en la habitación para rescatar a las jóvenes del ataque del guardián negro. Consiguió anularlo por medio de sus embestidas y logró regresar a la cueva poniendo a salvo a Celia e Ismenia.

Lusor, Diago y Yael, charlaban en el salón de los guardianes cuando Gabriel apareció junto a las jóvenes. Los tres se encontraban exhaustos, tumbados en el suelo; Gabriel las examinó, pero no encontró ningún rasguño.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Diago.

—El guardián negro nos sorprendió —respondió Gabriel furioso.

—Debiste ser más cauteloso —le reprobó Yael.

—¡Maldita sea, nadie podía adivinar que nos atacaría!

—¡Es cierto, la situación estaba controlada! Creo que pretendía herir a Ismenia —apuntó Celia, respirando aún con dificultad.

—¿Por qué motivo? —preguntó Diago.

—Parece ser que el guardián busca venganza por algo que sucedió con sus antepasados, pero ella no conoce tales hechos —le explicó incorporándose.

—¿Quiénes son sus antepasados? —preguntó Yael.

—Mañana hablaremos con calma, dejad que recuperen las fuerzas — señaló Gabriel más sereno—. Hoy tuvimos suerte y salimos airosos, pero estuvo cerca.

Diago acompañó a Ismenia a la zona de descanso de las auras para que durmiera un poco. Lusor salió con Gabriel al jardín de Helios y Yael se quedó a solas con Celia. Ella clavó su mirada en él, transmitiéndole su descontento por haber rechazado ser su mentor.

—Puedo leer la mente —dijo sonriendo.

—¿Lo dices en serio?, entonces me ahorro la molestia de decirte lo que pienso.

—No siempre, puedo leerla en situaciones de riesgo o cuando el pensamiento es tan poderoso que habla por sí solo.

—Rechazaste ser mi mentor y cuando las cosas se ponen difíciles culpas a Gabriel. ¿Qué pasa contigo? ¡Él nos salvó la vida!

—No quiero que te ocurra nada malo, eso es todo.

—Tú decidiste alejarme. ¡No lo olvides!

La joven dio media vuelta y se tumbó en una cama cercana a la de Ismenia para evitar que se sintiese sola.

Era medianoche y Celia no alcanzaba a conciliar el sueño, se distraía mirando al resto de las auras. Le llamó la atención un destello procedente de la mano de Ismenia, se acercó discretamente y pudo distinguir un anillo; pensó que sería una herencia familiar aunque no le dio más importancia.

Al día siguiente, Celia despertó y todas las camas estaban vacías, los desvelos comenzaban a pasarle factura o, seguramente, su cansancio se debía al encontronazo con el guardián negro.

Caminando hacia el altar se topó con Yael e Ismenia, ambos parecían disfrutar de una agradable conversación, pero se interesaron por su estado al

ver que ella se aproximaba.

—¡Tienes un aspecto horrible! —bromeó Yael.

—Me siento más cansada de lo habitual —contestó bostezando.

—Ayer fue un día duro, y tus visitas secretas al jardín durante la noche también pueden tener algo que ver —contestó Yael, de forma cómplice.

—¿Cómo te sientes, Ismenia? —preguntó esquivando sus indirectas.

—Hacía mucho que no lograba dormir una noche entera, sin sobresaltos. Es reconfortante tener la certeza de que esa sombra no puede atormentarme aquí.

Celia volvió a fijarse en el anillo de Ismenia, estaba segura de que lo había visto antes, pero no tenía indicios de a quién pertenecía. Pasó los días siguientes revisando toda clase de libros antiguos de las estanterías, su obsesión comenzaba a preocupar a los guardianes, pues apenas dormía y casi no probaba bocado de las apetitosas bandejas que portaba la espiral. Una mañana, Celia se desvaneció y perdió la consciencia; en su mente se produjeron una serie de flashes similares a los que Gabriel le mostró el día que llegó a la cueva. Volvió a escuchar la voz que narraba la historia de Helios y la amenaza de las sombras sobre la Tierra, pero las escenas ahora discurrían con mayor claridad. Escuchó voces, una gran batalla en el interior de un castillo y le llamó la atención la discusión entre dos reyes. Uno de ellos amenazaba al otro y Celia reconoció el anillo de Ismenia en su dedo.

Gabriel lanzó un cubo de agua al rostro de Celia para intentar reanimarla. Consiguió despertar, pero perturbada por la cantidad de información que procesaba su mente.

Los guardianes e Ismenia no se separaron ni un momento de su cama hasta que recuperó la consciencia. La joven parecía tener unas fiebres muy altas y sudaba demasiado. Ismenia colocó un paño húmedo sobre su frente y le tomó la mano para tranquilizarla, pero Celia la soltó y acarició el anillo.

—Ya sé a quién perteneció —dijo agotada.

—¿Cómo? —preguntó Ismenia sorprendida.

—Tuve una visión, pero fue horrible.

—No hagas esfuerzos —dijo Yael preocupado.

—Tienes linaje real, este anillo perteneció a un rey de Lotaringia, su nombre era Wilbur —prosiguió Celia.

—Mi familia siempre ha sido pobre, ¿cómo voy a ser descendiente de un rey? —respondió incrédula.

—Todo encaja, las sombras y su deseo de venganza. Wilbur era un rey

despiadado que aniquiló a una ciudad entera —continuó Celia.

—Entonces, ¿esa sombra quiere destruir la estirpe de Wilbur?, ¿no es posible!, ¿mi sangre está maldita? —se decía escandalizada.

—Tú no eres como él, no tienes de qué avergonzarte. Encontraremos la manera de ayudarte —le aseguró Diago intentando calmarla.

—¿Y si existen más descendientes de Wilbur?, ¿estarán en peligro! —dijo alarmada.

—En ese caso, los protegeremos. Primero debemos hallar la línea de sucesión de Wilbur —aclaró Yael.

—Existe un libro en el que aparecen registrados todos los reyes de Gran Bretaña, tal vez consigamos llegar hasta los progenitores de Ismenia —afirmó Diago.

—Os agradezco el esfuerzo, de verdad, pero no quiero que corráis peligro por mi culpa —contestó avergonzada.

—Al contrario, gracias a ti tenemos más información acerca del guardián negro y nos dará cierta ventaja para destruirlo —afirmó Celia.

—Descansa, ya continuaremos con el entrenamiento —dijo Gabriel besando la frente de Celia.

Los guardianes se extrañaron del gesto cariñoso de Gabriel, nunca habían presenciado tanta ternura por su parte. Celia se durmió enseguida y los demás se alejaron para continuar con la investigación.

Ismenia les ayudó a buscar el libro que conservaba el linaje de su familia, revisaron cada estante durante horas, pero no apareció. Decidieron tomarse un descanso y acudieron al jardín de Helios, excepto Ismenia, ya que estaba prohibido que las auras se adentrasen en él.

Pasearon entre los jardines y llegaron hasta unos baños termales, se desnudaron y disfrutaron de un baño relajante. Lusor agitó su mano e hizo aparecer cuatro copas de vino, las repartió y todos bebieron hasta saciarse. El guardián más bromista, hizo uso de su ingenio y creó unas copas que permitían rellenarse solas una vez que bebían su contenido, provocando un estado de embriaguez inmediato.

—¿Qué fue eso, Gabriel? —preguntó Lusor sonriendo.

—¿A qué te refieres? —respondió mientras bebía.

—¡Has besado a una chica en la frente! —dijo Lusor riendo.

—Me dio pena al verla enferma.

—Nosotros no hacemos esas cosas, no besamos a las auras y menos en la frente —admitió riendo a carcajadas.

—¿Ella te importa? —preguntó Yael en tono serio.

—¡Claro que no! —respondió a la defensiva.

—Si te importa puedes decírnoslo, lo entenderemos —insistió Yael.

—¿Estás celoso? —añadió Lusor riendo.

—¡Cállate! —respondió Yael dando un manotazo en el agua y salpicando a Lusor.

—Celia es diferente a la mayoría de las chicas que he conocido en otras misiones, pero no sé si eso significa que me importa.

—Eso es porque nunca te has enamorado —le aseguró Yael.

—¡No hacemos esas cosas! —decía Lusor bebiendo de su copa.

—¿Qué opinas, Diago? —preguntó Gabriel.

—Aunque no me interesen vuestras conversaciones triviales, creo que tenéis un grave problema.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Gabriel.

—Porque os estáis enamorando de la misma chica —respondió con la serenidad que le caracterizaba.

Diago dejó su copa de vino en el suelo y subió los tres pel-daños que separaban el borde de las aguas termales.

—¡Al menos vístete, no me gusta verte el trasero! —le espetó Lusor, ebrio.

Se puso los pantalones con desgana y caminó alejándose entre los jardines. Aunque Diago era el guardián más sensato, no medía sus palabras y conseguía caldear el ambiente. Yael y Gabriel se miraron intentando adivinar los pensamientos del otro, haciendo que la situación resultara incómoda. Después, los dos se marcharon por caminos opuestos dejando a Lusor hablando solo.

Aquel lugar estaba destinado exclusivamente para el disfrute de los guardianes, nadie conocía su existencia. Era una laguna rodeada por la densa vegetación que poblaba los jardines, y desprendía intensos vapores por las altas temperaturas.

Gabriel estaba a punto de cruzar el muro verde para regresar al salón cuando notó unos pasos tras él, se giró y vio a Otilia mirándole de forma sospechosa.

—Pero, ¿qué haces aquí? —preguntó molesto.

—No podía dormir... —susurró acariciando el cabello del guardián.

—Ya sabes que no puedes acercarte a mí.

—No me importa, sé que algún día estaremos juntos.

—¿Has perdido la cabeza? ¡Estás aquí para cumplir una misión!

—¿Por qué me asignaste al aburrido de Diago como mentor?

—Es el adecuado para ti, te mantendrá a raya.

—¿Por qué elegiste a Celia? —le reprochó furiosa— ¡Yo llegué antes que ella, merezco esa oportunidad!

—¡Esto no es una competición para estar cerca de mí!

—Yo solo quiero que me elijas a mí —dijo llorando.

—¡Esto es inconcebible! —clamó Gabriel atravesando el muro verde.

Al poco tiempo de ser reclutada, Otilia comenzó a sentir una fuerte atracción por Gabriel, además, no se molestó en disimularlo. Intentaba por todos los medios captar su atención, pero siempre recibía una negativa del guardián. La intensidad de sus acercamientos disminuyeron con el transcurso del tiempo, pero cuando Celia llegó a la cueva, Otilia sintió que era una amenaza y volvió a insistir en sus ansias de mantenerse cerca de él. La misión apenas le importaba, de hecho, Diago había reportado en numerosas ocasiones su falta de concentración y desgana a la hora de salvar a las auras.

—¡No la soporto más! —gritó Gabriel entrando al salón.

Todas las auras miraron al guardián sin saber a qué se debía su malestar. Celia aún dormía aunque parecía que las fiebres remitían con rapidez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Diago acercándose.

—Otilia tiene que irse —contestó alterado.

—Devolver a un aura a su mundo real es complicado, ya lo sabes.

—No me importa, ¡me está volviendo loco!

—Hemos bebido esta noche, no tomemos decisiones precipitadas.

—¡La misión no le interesa, debí darme cuenta antes!

—¿Estás seguro?

—Totalmente, no hay nada más que podamos hacer por ella.

—En ese caso, nos reuniremos para devolverla a su mundo —zanjó Diago.

Gabriel cerró los ojos y usó sus poderes para convocar al resto de los guardianes, seguidamente, todos acudieron al altar.

—Espero que sea importante, estaba disfrutando de un baño en solitario —dijo Lusor ebrio.

Diago posó su mano en la frente de su compañero y los síntomas de embriaguez desaparecieron por completo.

—¡Aguafiestas! —dijo molesto

—¡Cállate! —ordenó Gabriel.

—¿Por qué nos has llamado? —preguntó Yael.

—Otilia debe abandonar la cueva y necesito vuestros poderes para eliminar todos los recuerdos que conserva de nuestro mundo.

—¡Claro, cuenta con ello! —afirmó Lusor— ¿Cuándo lo hacemos?

—Por mí, ahora mismo —aseguró impaciente.

—¡Esperad! —gritó Otilia aproximándose hasta ellos.

—¡No lo puedo creer! —clamó Gabriel irritado.

—¡Quería pedir os un favor, me gustaría celebrar una fiesta de despedida antes de marcharme para siempre!

—¿Estás de broma? —alucinó Gabriel.

—No me parece tan mala idea, me gustan las fiestas —añadió Lusor.

—Tú opinión no cuenta —respondió Diago tapándole la boca.

—Habéis sido como una familia para mí en estos treinta años —les suplicó ella.

—¡De acuerdo! Aceptamos tu petición, pero después de la fiesta todo habrá terminado —dijo Gabriel.

Otilia asintió y regresó con el resto de las auras a la zona de descanso.

—No puedo creer que hayas accedido —le recriminó Diago—. ¡No es momento para fiestas!

—Solo será una cena —alegó Lusor guiñando un ojo a Gabriel.

—Ya sé cómo acaban vuestras cenas —apuntó Diago en tono serio.

—Quizás sea la última antes de... —dijo Lusor.

—Pues si va a ser la última antes de que se desate la guerra, ¡procura que sea memorable! —bromeó Diago.

—¡No me lo puedo creer!, ¡has resucitado, hermano! —gritó eufórico.

—Buenas noches... —dijo Diago marchándose.

—¿Habéis oído? —exclamó Lusor entusiasmado— Es la primera vez en doscientos años que está a favor de una fiesta.

—Espero que no se arrepienta en el último momento—advirtió Yael.

Los guardianes se retiraron y las luces del salón se apagaron, únicamente el resplandor de una antorcha arrojaba algo de claridad entre tanta penumbra.

## 8 - LA VENGANZA

Al día siguiente, todos permanecían en pie esperando a que los guardianes anunciaran el inicio de la fiesta.

Gabriel tomó el bastón plateado que sostenía su estatua y lo agitó, instantes después, reapareció la espiral de comida para el deleite de todos los presentes: bandejas con cochinitillo asado, patatas hervidas, pato recubierto en salsa verde, tartas de limón, hojaldre relleno de chocolate y fresas, etc. La espiral descendía girando desde el techo de la cueva hasta alcanzar el suelo y desaparecía bajo el mismo. Nadie era consciente del paradero de aquella comida ni tan siquiera de donde provenía. Al mismo tiempo, una fuente de mármol níveo emergió del suelo, contenía el vino favorito de los guardianes; con aroma a cereza, pero al tercer sorbo, uno podía notar sus efectos embriagantes.

Como era habitual, las auras se dispersaron rápidamente y probaron los manjares de la espiral, excepto Otilia y Celia, que aún no habían salido del vestidor.

Otilia cepillaba el pelo ondulado de Celia mientras intentaba averiguar si la joven albergaba sentimientos hacia Gabriel.

—Puedes sincerarte conmigo, no me volverás a ver.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Celia extrañada.

—¿No te han dicho nada?

—Apenas me levanté hace dos horas de la cama, por fin remitieron las fiebres —contestó aliviada.

—Es cierto, querida, lo había olvidado. Los guardianes me expulsarán de la cueva esta misma noche, al parecer, no soy lo bastante buena.

—¿Pueden echarte sin más? —preguntó inquieta.

—Durante más de treinta años, me he esforzado por cumplir sus órdenes y, ahora, me devuelven a mi mundo; un mundo al que no quiero volver y en el que no me espera nadie.

—¡No podemos permitirlo! ¡Hablaré con ellos!

—Esta fiesta es mi despedida —contestó abrochando su vestido azul turquesa.

—¡Qué injusto! Al menos, te ves radiante esta noche—dijo cepillando el cabello lacio de Otilia.

—Fue Gabriel quien ha insistido en mi marcha.

—¿Gabriel?

—Sí, siempre ha buscado un acercamiento conmigo, pero yo me he mantenido al margen de sus pretensiones. ¿Por qué crees que Diago es mi mentor?, no podría trabajar con alguien que me acosa todo el tiempo.

—¡Son acusaciones muy graves!, deberías contárselo al resto de los guardianes —exclamó Celia escandalizada.

—Y, ¿me creerían?

—Te voy a echar de menos —dijo abrazándola.

Celia lucía un vestido blanco, ceñido a la cintura y al pecho, de mangas largas y, bajo la cintura, un pequeño fajín blanco y dorado iniciaban la caída en tela de gasa; dotando de cierta elegancia su pose al caminar. Era el único vestido que conservaba de su madre, pues su padre los había quemado en un arrebato de ira tras su repentino fallecimiento.

Las jóvenes respiraron profundamente antes de salir, intentando reprimir los nervios ante la incertidumbre de lo que podría acontecer durante la velada.

Los guardianes bebían y charlaban amigablemente cuando Otilia y Celia se unieron a la fiesta. Como era de esperar, Gabriel y Yael mantuvieron la mirada fija en Celia, sin poder articular palabra. Lusor soltó unas carcajadas al ser consciente de la atracción que los dos sentían por la joven, realmente, le divertía aquella situación. En cambio, Diago, parecía molesto y prefería evitar el tema a toda costa.

Nadie se sentía inclinado hacia Otilia, a pesar de que la joven había invertido grandes esfuerzos en arreglarse para la fiesta, toda la atención recaía ahora sobre su inseparable amiga, Celia.

Gabriel, Yael y Lusor, rodearon a Celia alabando su nueva apariencia, por contra, Otilia quedó marginada del grupo y pensó que era un buen momento para empezar a beber. Diago, como de costumbre, prefería disfrutar a solas de las celebraciones.

—Estás deslumbrante —confesó Gabriel, besando la mano de Celia.

—Gracias, pero te advierto que no estoy de humor —contestó retirando su mano bruscamente.

—¿Qué he hecho?, ¿me puedes explicar por qué eres tan tajante conmigo?

—Hoy es la fiesta de despedida de mi amiga, no lo estropees más.

—¡Era eso! —dijo furioso.

—¡Relajaos un poco y disfrutemos de la fiesta! —dijo Lusor intentando calmar los ánimos.

—¿Dejadnos a solas! —ordenó Gabriel mirando a Yael y a Lusor.

Los guardianes se alejaron y bebieron vino de la fuente.

—De verdad, no tienes que darme explicaciones.

—No sé qué te habrá contado Otilia, pero sea lo que sea, es mentira.

—¿Cómo estás tan seguro?

—No la conoces tan bien como yo. No está aquí por las auras, ¡solo quiere estar cerca de mí!

—No te creo —contestó en tono burlón.

—Puedes preguntar a los guardianes.

—Ella me ha contado la historia justo al revés, no sé qué pensar.

—Jamás podría sentir por Otilia lo que siento por ti —le confesó, posando las manos en su rostro.

—¿Estás de broma? —dijo ella apartando sus manos y retrocediendo.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Yael acercándose.

—Sí, vamos a comer algo —dijo Celia marchándose con Yael y dejando a Gabriel con la palabra en la boca.

La fiesta transcurría con total normalidad para el resto de las auras, mientras no faltase comida y vino todo el mundo estaba contento.

Otilia había bebido demasiado y no se molestaba en disimular su interés por Gabriel, pero tampoco podía evitar dejar de pensar en Celia; quería humillarla públicamente antes de abandonar la cueva.

—Ven, querida, es hora de disfrutar plenamente de mi fiesta —dijo tirando del brazo de la joven.

Otilia llenó dos copas de vino en la fuente y le ofreció una a Celia.

—No, gracias. Nunca bebo.

—Es un buen momento para empezar a hacerlo, ¿no crees? —insistió Otilia— ¡Vamos, es mi despedida!

—De acuerdo —aceptó sin mucho ánimo.

Otilia le ofreció cinco copas de vino y Celia bebió sin pensar; la confesión de Gabriel le atormentaba y, de algún modo, beber aquel vino le aislaba de la realidad.

Celia comenzó a dar vueltas en medio del salón, giraba con los brazos en cruz y reía sin parar. Los guardianes no daban crédito al comportamiento de la joven.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Gabriel irritado— ¿La has emborrachado?

—Le ofrecí una copa, pero ella bebió muchas más —recalcó riendo.

—¡Qué bochorno! —se quejó Diago.

Las auras miraban sorprendidas a Celia, ella seguía sumida en una especie de trance. De pronto, empezó a romper su vestido con la intención de desnudarse. Diago se apresuró hasta ella y posó su mano en la frente para eliminar los síntomas de embriaguez. Celia no era consciente del ridículo que había hecho, pero le extrañó ver que todos estaban pendientes de ella. Notó que le faltaba una manga del vestido y que la falda estaba totalmente rasgada, dejando al descubierto sus muslos.

—¡Oh, Dios mío!, pero, ¿quién me ha hecho esto?

—Tú misma, querida —aclaró Otilia riendo.

—¡No, yo no sería capaz!

—¡Otro espectáculo de este tipo y estás fuera de la cueva! —le amonestó Diago.

—¡Un momento, ella no era consciente! —la defendió Yael—. Otilia le dio el vino.

—Nadie la obligó a beber —dijo Diago—. ¡Se acabó la fiesta, todo el mundo a dormir!

—¿En serio? —preguntó Lusor indignado.

—No me hagas repetirlo —le amenazó Diago

—¡Estarás contenta! —le recriminó Yael a Otilia.

—¡Ni te lo imaginas! —sentenció ella, jactándose.

Celia lloraba amargamente; Gabriel se acercó a su cama al escuchar el llanto y se sentó en el borde.

—No soporto verte así.

—Déjame sola.

—No pienso hacerlo —se negó él.

—Siempre lo estropeo todo. Mi padre se marchó porque no quería cuidarnos, dejé a mi hermana sola y, ahora, he destruido el único recuerdo que me quedaba de mi madre, sin mencionar la ofensa que os he causado.

Gabriel tocó el vestido y consiguió que recuperase su esencia; ningún descosido tenía ahora.

—¡Lo has arreglado! —dijo secándose las lágrimas.

—Sé que es importante para ti —admitió acercándose lentamente y besándola en los labios.

Celia y el guardián se fundieron en un dulce y cálido beso que hizo que se olvidaran de la presencia de los demás. Las auras dormían, Lusor bebía sentado junto a la fuente, Diago se había marchado, pero Otilia y Yael fueron

testigos del romántico encuentro.

—¿Ves lo mismo que yo o son los efectos del vino? —preguntó Otilia fuera de sí.

—Apenas he bebido y también lo he visto —secundó Yael sin dar crédito.

Otilia decidió que era el momento de abandonar la cueva, pero quería conservar sus recuerdos para resarcirse del desplante del guardián algún día. Se acercó al altar y tomó el bastón plateado de Gabriel. Aprovechando el despiste, lo agitó y desapareció de la cueva envuelta en un remolino de polvo y viento plateado. El bastón cayó al suelo cuando se disolvió.

—¿Qué ha pasado? —gritó Gabriel percatándose de que alguien había usado su bastón.

—No lo sé, todo ha sido muy rápido —respondió Yael sorprendido.

—¿Por qué no lo has evitado?

—¿Ahora soy su niñera? —contestó enfadado por los celos que sentía.

—¡Se ha largado con sus recuerdos! ¡Nos pondrá en peligro! —gritó Gabriel desesperado.

—¡No era yo el que besaba a un aura! —le recriminó Yael.

—¡Ya basta! —ordenó Diago atravesando la puerta— ¡Estáis consiguiendo poner en riesgo la misión!

—¡Eso es injusto! —replicó Yael.

—¡Estoy harto de vuestros líos de faldas, se acabó! —dijo posando su mano en la frente de Lusor para que volviese a estar sobrio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gabriel enfadado.

—¡Se acabaron las peleas por mujeres y vuestro ego absurdo por competir! Hay un guardián negro obcecado con destruir el mundo, el mismo que busca a Ismenia y a todo descendiente de Wilbur. Un aura se ha escapado delante de vuestras narices poniendo en riesgo una misión que comenzó hace milenios y, el equilibrio empieza a desmoronarse. ¡Es el fin!, ¡nunca conseguiremos vencer a la oscuridad!

—¡Lo haremos! —afirmó Gabriel.

—Espero que no me decepcionéis o abandonaré la cueva y reclutaré por mi cuenta —amenazó Diago saliendo por la puerta que guiaba al muro verde.

El resto también se dispersó y las luces se apagaron dando paso a una noche tranquila en la que todo el mundo necesitaba descansar y aclarar sus ideas.

Al día siguiente, las auras estaban listas para iniciar el entrenamiento diario

con sus mentores. Celia miraba de reojo a Gabriel, pero él no le prestaba más atención que al resto. Yael ni siquiera le dirigió la palabra, por lo que, ella se centró en atender todas las indicaciones de su guardián. Gabriel escogía auras cada día para que aprendiesen a reclutar, pero Celia no había sido seleccionada desde hacía algún tiempo. La joven pensó que la evitaba por el encuentro que tuvieron el día de la fiesta y que solo intentaba guardar las distancias, aunque esta situación le estaba perjudicando demasiado. Esperó a que regresara de una de las misiones para zanjar su distanciamiento, pero esa noche no apareció, ni a la siguiente...Una semana más tarde, de madrugada, Celia notó que alguien acariciaba su frente, era Gabriel.

—¿Ahora llegas? —preguntó somnolienta.

—Perdona por despertarte, pero me apetecía mucho verte.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada grave, las misiones a veces se alargan.

—No he podido entrenar en semanas.

—Lo siento, mañana nos pondremos al día —respondió acariciando sus mejillas.

El guardián atravesó el salón de descanso y cruzó el muro verde para adentrarse en los jardines. Se aproximó hasta la fuente de Helios y allí se reunió con Amira, la hermana de Celia. Gabriel y Amira mantenían una relación en secreto, sin premeditarlo, se había enamorado de las dos hermanas a la vez. Ella conocía la historia aunque Gabriel le había confesado que Celia era solamente un capricho.

Yael regresaba del balneario y escuchó accidentalmente la conversación entre los enamorados.

—¡Adoro este lugar! Seguro que Celia es muy feliz aquí —decía Amira, mirando el reflejo de la luna en la fuente de Helios.

—Lo es —afirmó mientras acariciaba el cabello de la joven.

—Si descubre lo nuestro sufrirá mucho —admitió ella sintiéndose culpable.

—Me arriesgo bastante trayéndote hasta aquí, lo sé, pero quería que conocieras mi mundo antes de pedirte que seas mi esposa.

—¡No podría casarme contigo sabiendo que seduces a mi hermana!

—Te elijo a ti, no a ella.

—Además, tú vives aquí y yo...

—No importa, te visitaré todos los días y todas las noches —prosiguió él, besándola.

Yael quedó paralizado al escuchar la proposición de Gabriel y prefirió alejarse. Le indignaba el comportamiento de su compañero, no podía concebir el hecho de que intimara con las dos hermanas sin importarle los sentimientos de Celia y, para colmo, pretendía desposarse con Amira.

Yael atravesó el muro verde y lanzó un puñetazo contra la pared, descargando toda su rabia. Él, había evitado a Celia siguiendo las órdenes de Diago mientras que Gabriel jugaba a dos bandas.

A la mañana siguiente, Gabriel despertó a Celia para emprender una nueva misión. Apenas estaba amaneciendo, todas las auras dormían y no había rastro de los guardianes.

—Prepárate, nos aguarda un día intenso —manifestó entusiasmado.

Celia asintió frotándose los ojos.

La joven y el guardián aparecieron en Nordalbingia, ciudad cuyo nombre había sido tomado en recuerdo de la desaparecida Lotaringia.

Llegaron en mitad de un tumulto, pues el pueblo celebraba unas fiestas en honor de su nuevo rey, Elric. Apenas hacía dos días de la trágica muerte de su padre, el rey Hann; nadie podía explicarse que muriera atragantado durante la cena. Hann, era un hombre rollizo y de gran talante, su inesperada muerte fue recibida con inmenso dolor por los habitantes de Nordalbingia. Por fortuna, su primogénito, Elric, estaba listo para ocupar su lugar y gobernar la ciudad.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Celia, asombrada por tanto revuelo.

—He estado investigando acerca de los descendientes de Wilbur, pues bien, Elric es uno de ellos —informó Gabriel señalando al joven de diecisiete años.

—¿Cómo es posible?, si mis cálculos no me fallan, debemos estar a finales del siglo XIV, ¿1.390?

—En el año 1.392, para ser exactos —ratificó Gabriel.

—Entonces, habiendo transcurrido dos siglos, Elric podría ser la quinta o sexta generación de Wilbur —apuntó Celia mientras seguía con la mirada al joven.

—Pertenece a la séptima generación y, lo cierto, es que no sé si viven más descendientes además de Ismenia y él.

—¿Debemos vigilarle?

—Sí, con mucha precaución —asintió inquieto—. Su padre falleció hace dos días durante la cena y no creo que fuese un hecho fortuito.

—¿El guardián negro tuvo algo que ver?

—Estoy seguro. Nuestro enemigo estará acechando en este momento.

Siento que estoy fallando como guardián —confesó avergonzado.

Lo que Celia no sabía, es que Gabriel vigiló durante días a Hann y a su familia, pero abandonó la misión para reunirse con Amira. Si hubiese permanecido esa noche en el castillo, Hann seguiría vivo y ese pensamiento le torturaba.

—¡No digas tonterías!, todos hemos cometido errores en algún momento, pero intentamos salvar vidas, eso es lo que cuenta.

—¡Mira, están sirviendo vino!, ¿te apetece un poco? —bromeó Gabriel.

—¡Ni me lo recuerdes!, he pasado unos días horribles intentando olvidar mi desmadre en la fiesta.

Pasearon entre la multitud y probaron los arenques que le ofrecían algunos de los aldeanos más humildes. Se acercaron hasta una mesa en la que abundaban copiosas fuentes de carnes de lujo; como cisnes y garzas, además de pescados frescos, tales como el lucio.

—¡Jamás he probado comida tan fina! —declaró Celia impresionada.

—Hablaré con los guardianes para mejorar el menú de la espiral —bromeó Gabriel.

El rey Elric continuaba saludando a los plebeyos que habían asistido a su acto de coronación; el joven era de apariencia flacucha y de carácter retraído, no despertaba gran interés entre las damas.

Los jóvenes danzaban en parejas junto a una fogata al son de algunas flautas y tambores. Los sirvientes ofrecían panes recién hechos en abultadas cestas y gran parte del populacho se divertía al presenciar como dos fornidos varones luchaban entre sí, intentando derribar a su adversario; perdía el que primero cayese sobre el barro. Una mujer cubierta por una túnica negra se acercó a Elric y le ofreció una bandeja de apetitosas frutas.

—Algo va mal —indicó Gabriel oteando a su alrededor.

—¿Qué percibes?

—Una presencia maligna.

—El rey está comiendo junto a aquellas señoras.

—¡Maldición!, ¡es Otilia!

—¿Otilia?

—Puedo reconocer su aura, yo la recluté.

Gabriel y Celia se acercaron diligentemente hasta el rey y el guardián usó sus poderes para ordenarle que se refugiara en el interior del castillo sin hacer preguntas.

—¿Qué haces aquí, Otilia? —le increpó enfurecido.

—Lo mismo que tú, reclutar auras.

—Has cambiado, percibo la oscuridad de tu interior.

—Pronto lo descubriréis —proclamó alejándose entre la muchedumbre.

—¡El rey! —exclamaron al unísono.

Recorrieron el castillo palmo a palmo y encontraron a Elric en el suelo de su alcoba, había sido envenenado.

—¡Maldita sea!, ¡hemos perdido a dos descendientes de Wilbur en tres días! —gritaba Gabriel dando patadas a la puerta— ¡Si vuelvo a ver a Otilia, la mataré!

—¿Cómo ha podido hacerle esto? —se preguntaba ella cerrando los ojos del joven.

—Me temo que se ha unido al guardián negro.

—¡Eso es imposible! —clamó horrorizada.

—Ha perdido el juicio y busca vengarse. Pobre Elric, no pude salvar a su padre y tampoco a él.

—La detendremos y le haremos pagar su deslealtad.

—Siempre consigues animarme, incluso ni cuando yo creo en mí mismo —manifestó visiblemente afectado. Regresaron a la cueva envueltos en un remolino de viento y polvo verde. Sus rostros de preocupación llamaron la atención del resto de guardianes.

—No más malas noticias, por favor —advirtió Diago.

—Ojalá no lo fueran —dijo Gabriel desanimado.

—¡Estupendo, el día va mejorando! —ironizó Yael.

—Ismenia ha huido durante la misión que Lusor llevó a cabo esta mañana. Trataban de localizar a un posible primo en Escocia, descendiente de Wilbur, y ella ha conseguido despistarlo —explicó Diago abatido.

—Debemos encontrarla antes que Otilia y el guardián negro. Hoy hemos perdido a Elric, rey de Nordalbingia, con él se extingue su linaje —se lamentaba Celia.

—¿Otilia y el guardián negro? —preguntó Yael.

—Trabaja bajo sus órdenes, recluta auras negras. Hoy envenenó al joven Elric, por lo que, ella también es nuestra enemiga ahora —ratificó Gabriel.

—Nuestra prioridad radica en encontrar a Ismenia y custodiarla aunque sea a la fuerza —señaló Diago, indignado.

Gabriel escuchó mentalmente la llamada de Amira, pensó que se trataba de algo grave porque ella no solía invocarlo. Aprovechando que los demás

debatían acerca del paradero de Ismenia, desapareció de la cueva para reunirse con ella.

La joven aguardaba sentada en la cama, con el intento fallido de reprimir las lágrimas.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él, abalanzándose sobre ella.

—¡Estoy embarazada!

—¿En serio? —preguntó estupefacto.

—No hay duda, el físico me revisó esta mañana y así lo confirmó.

—¡Eso es maravilloso!

—¿Te alegra? —preguntó tímidamente.

—¡Deseaba ser padre! —admitió abrazándola.

—¿Qué vamos a hacer ahora?, quiero decir, ¿tendrás problemas con los guardianes?

—Lo mantendremos en secreto.

—Un hijo no es algo que pueda ocultarse eternamente, no podremos disfrutar como una familia normal.

—¡Lo conseguiremos, ya verás!

—Me aterra pensar que las sombras traten de dañar a nuestro hijo.

—Cuidaré de vosotros, jamás permitiré que os hagan daño.

—¿Qué va a pasar con Celia?

—No le diremos nada, es lo mejor para todos.

—¡Pero es su sobrino, no puedo ocultarle tal cosa! —dijo ella alejándose.

—¡Nos odiará! Quizás, algún día, podamos sentarnos y hablar de todo esto, pero ahora no lo entendería.

—Sé que no nos perdonará y lo asumo, solo espero que acepte a mi hijo cuando la verdad se sepa —dijo Amira secándose las lágrimas.

—¿Me puedo quedar esta noche? —le susurró Gabriel al oído.

—Será mejor que vuelvas a la cueva, ya tendremos tiempo de pasar noches en vela cuidando de Arturo.

—¿Arturo?, ¿elegiste el nombre de nuestro hijo sin contar conmigo? —preguntó fingiendo estar molesto.

—Perdona, pero es que me ha gustado desde niña. Mi padre me contaba historias de un valeroso rey y decidí que mi hijo también sería digno de un nombre tan honorable.

—¡Es perfecto! —festejó besándola— ¿Y si es niña?

—Tú elegirás el nombre, pero en mis sueños aparecía un niño. Ahora necesito descansar y tú debes irte.

—Vendré pronto a verte, cuida de Arturo.

Gabriel volvió a posar su mano en el vientre de Amira y se esfumó en un remolino de viento y polvo verde.

## 9 - EL NACIMIENTO

Siete meses después, Amira daba a luz en su humilde hogar, atendida por el físico del pueblo. Era una noche de tormenta, un impetuoso viento azotaba los árboles y hacía temblar las paredes.

Amira gritaba de dolor y una tormenta eléctrica se desató en respuesta a sus quejidos; era como si la naturaleza quisiera ser partícipe del nacimiento. Mientras tanto, en el salón de los guardianes, se vivió un momento de auténtico pavor al producirse un estruendo seguido de una fuerte sacudida. La cueva tembló durante unos segundos ante el desconcierto de los guardianes y el temor de las auras. Las antorchas se apagaron y una enorme grieta apareció en el altar junto al sillón dorado.

—¿Qué significa esto? —preguntó Lusor alarmado.

—¡No tengo ni idea! —respondió Diago intranquilo.

Gabriel abrazaba a Celia y Yael sujetaba la estantería de los libros para evitar que se desplomase sobre las auras.

El temblor cesó y las luces iluminaron el salón al instante. Gabriel tomó distancia de Celia y recordó que esa semana Amira salía de cuentas. Hacía meses que el guardián no la visitaba por encontrarse inmerso en la búsqueda de Ismenia, pero aun así, se sentía miserable por haber desatendido su deber como padre. Inmediatamente, abandonó la cueva y se presentó en la casa de Amira.

La joven descansaba con Arturo en los brazos, Gabriel se acercó hasta el lecho y contempló la escena durante unos segundos en silencio.

—Y por fin llegaste —le reprochó ella.

—Jamás me perdonaré por no haberte acompañado en este momento —contestó avergonzado.

—Lo importante es que estás aquí.

El guardián sostuvo en sus brazos a Arturo y un relámpago iluminó el cielo. Gabriel no sabía si la tormenta guardaba relación con el nacimiento de su hijo, lo que estaba claro, es que Arturo era el primer descendiente de un guardián y, por lo tanto, cualquier fenómeno podía producirse.

—Quiero disfrutar de mi hijo y de ti —decía meciendo a Arturo—. Pasaré cinco años en esta realidad.

—¿Estás loco? —respondió sobresaltada.

—Créeme, cinco años en la realidad humana no son significativos en el mundo de las auras, apenas notarán mi ausencia. No quiero irme y encontrar

a mi vuelta a Arturo siendo un infante.

—¿Estás seguro?, es decir, yo sería la mujer más feliz del mundo si vivieses con nosotros, pero no quiero ser egoísta y apartarte de tu misión — reiteró incorporándose de la cama.

—¡Está decidido! —zanjó él.

El guardián acomodó a Arturo en los brazos de Amira para que pudiera amamantarlo.

Era un bebé de tez muy blanca, su cabecita redonda y pelona llamaba la atención de Gabriel que la acariciaba con sumo cuidado. El recién nacido mantenía los ojos muy abiertos en los que se distinguía un tono azulado.

Semanas después, sin noticias de Gabriel, las auras que pertenecían a su grupo presentaron una queja formal ante los guardianes.

—Hemos llegado a la conclusión de que no merece la pena continuar aquí —anunció Celia en nombre de su grupo.

—¿Cómo? —preguntó Diago sintiéndose ofendido.

—¡Nuestro mentor nos ha abandonado! ¡Exigimos que nos entrenéis! — insistió ella.

—No sabemos nada de él, ni usando nuestros poderes hemos conseguido rastrearlo —explicó Yael censurando su actitud.

—¡Pues resolved esta situación o nos iremos a casa! —gritó Celia dándole la espalda a los guardianes.

Su grupo se reunió en la zona de descanso para proseguir debatiendo.

—¡Es un insensato!, ¿cómo se le ocurre desaparecer de esa manera? —expresó Yael asqueado.

—Dejemos las especulaciones por ahora, tratemos de buscar otras alternativas —propuso Diago.

—Tengo una idea, pero no me dejáis opinar cuando se trata de temas serios —añadió Lusor molesto.

—Somos uno menos, di lo que te parezca —contestó Yael sin darle importancia.

—No sabemos el tiempo que Gabriel estará fuera, de modo que, lo más idóneo sería entregar parte de nuestros poderes a un aura y que asumiera el cargo temporal de guardián, he pensado en ella —dijo Lusor mirando a Celia—. ¿Qué os parece?

—No sé si está preparada —desconfió Diago.

—¿Bromeas? Tiene carácter, no tolera las injusticias, es compasiva,

inteligente y, lo más importante, ya se ha topado con el guardián negro y Otilia. Ninguna de nuestras auras ha tenido un encuentro directo con la oscuridad y creo que ella podría manejar la situación —alegó Yael en su defensa.

—Está bien, confiemos en ella —aceptó entrando en razón.

Yael se acercó a la zona de descanso de las auras y le pidió a Celia que lo acompañase. Diago y Lusor les esperaban en el jardín de Helios para iniciar la ceremonia del traspaso de poderes y nombrarla guardiana, si ella así lo deseaba.

En el jardín de Helios siempre era de noche; al haber sido derrotado el hijo del sol a manos de las sombras, la oscuridad se había adueñado de aquel mágico y exclusivo lugar.

—¿Habéis bebido? —preguntó alterada— ¿Cómo voy a convertirme en guardiana?

—Querías una solución, pues aquí la tienes —respondió Lusor sonriendo.

—No sé si estaré a la altura.

—Las auras te escucharán —la alentó Yael.

—Espero que me enseñéis a hacer los remolinos de viento —bromeó ella.

—¿Estás dispuesta? —preguntó Diago.

—¡Adelante! —respondió enérgicamente.

Los guardianes posaron su mano en la estatua de Helios a la vez que Celia la introducía en el agua de la fuente. La energía fue absorbida y el agua se tornó verde. Ella percibió como el poder penetraba a través de su mano y se extendía por todo el cuerpo; la sensación era similar a la de una leve descarga eléctrica. La operación duró tres minutos, después, el agua recuperó su esencia y los tres guardianes respiraron agitados por el agotamiento.

—¡Qué maravilla! —exclamó eufórica.

—Necesitaremos un tiempo para recuperar nuestras fuerzas —secundó Yael, bebiendo agua de la fuente.

—Pensé que entrenaríamos —dijo desilusionada.

—Mañana te mostraré cómo canalizar tus energías —la animó Yael.

—¡Estupendo, voy a contarle a las auras que seré su nueva guardiana!

—¡Solo hasta que Gabriel regrese! —advirtió Diago.

—Si es que regresa —sentenció ella.

Gabriel disfrutaba de una vida plena junto a Amira y su hijo Arturo. El pequeño acababa de cumplir tres años y poseía ciertas habilidades especiales.

Amira no permitía que saliera solo a jugar porque todo ser vivo que se

cruzara en su camino le perseguía. En más de una ocasión, alrededor de cincuenta animales de diferentes clases le habían rodeado en el bosque; ardillas, osos, conejos, ratones y hasta una serpiente le estuvo rondando.

Gabriel desconocía si su hijo había heredado ciertos poderes al nacer, pero decidió observarlo para asegurarse de que no corría ningún riesgo.

—¿Qué haremos? —preguntó Amira preocupada.

—Si la situación empeora tendré que pedir consejo a los guardianes —contestó sin mucho ánimo.

—La verdad es que ya no me importa lo que piensen de nosotros, solamente quiero que nuestro hijo esté a salvo y pueda tener una vida normal.

Arturo levantó la mano y diez mariposas giraron sobre ella en forma de espiral ascendente.

—Si la gente descubre las cualidades de nuestro hijo, lo acusarán de brujería o algo peor —dijo Amira asustada.

—Él no pertenece a este mundo —zanjó Gabriel.

A la edad de ocho años, Arturo era capaz de viajar en el tiempo a otros lugares. Incluso a Gabriel le costaba seguir su rastro, sus poderes crecían de forma desmesurada y el pequeño empezaba a llamar la atención. Se habían mudado hasta en cinco ocasiones, pero sin marcharse de Canterbury, ya que Amira veneraba su ciudad natal.

## 10 - LA VERDADERA IDENTIDAD

Celia había entrenado muy duro para controlar los poderes que le fueron transferidos y casi podía decirse que era una guardiana al completo.

Iba engalanada con un vestido amarillo largo, recubierto de pedrería, dejando su espalda al desnudo, realzando así su sensualidad. Su pelo rubio mantenía los tirabuzones que se dejaban caer a la altura del pecho.

Aún no se había enfrentado a la oscuridad y había reclutado cientos de auras en diferentes misiones. Pero con Gabriel desaparecido, un guardián dorado del que no se conocía su existencia, y la única descendiente de Wilbur en peligro, las esperanzas vertidas en un final victorioso se empezaban a marchitar.

Algunas reformas se habían puesto en marcha como consecuencia de la cantidad ingente de auras que estaban llegando, de manera que, una nueva cueva había sido creada. Se encontraba en la parte superior y se accedía por medio de un camino ascendente, estrecho y alumbrado por luces verdes y blancas; tanto en el suelo como en las paredes de piedra. El primer tramo se recorría en línea curva, seguido de otro en línea recta. Era una cueva enorme, el techo y las paredes emitían destellos dorados. Destacaba un árbol de Navidad gigantesco, con luces de diversos tamaños y colores y, en el centro, un enorme sillón rojo. Su apariencia era festiva, ya que había sido creada el día de Navidad.

Gabriel y Arturo se personaron en el salón de los guardianes. La situación se hacía insostenible y necesitaba un lugar para mantenerlo oculto.

—¡Cómo te atreves a volver! —le recriminó Yael.

—¡No tengo tiempo para sermones, necesito vuestra ayuda! —respondió Gabriel sosteniendo la mano de su hijo.

—¿Quién es? —preguntó Lusor descolocado al ver al niño.

—Os presento a mi hijo, Arturo.

—Ya entiendo por qué te marchaste, ¡qué vergüenza! —clamó Yael paseando alterado.

—Nos debes una explicación —interrumpió Diago.

—Por ahora, solamente os puedo decir que es mi hijo y que tiene que quedarse aquí. De lo contrario, lo matarán —confesó preocupado.

—Lo siento, pero no puede quedarse aquí —dijo Diago mirando al pequeño.

—Tiene habilidades que ni yo mismo he desarrollado durante siglos. ¡Es

muy poderoso! —insistió Gabriel.

—¡Es el primer hijo de guardián que se conoce en la historia! ¿Por qué no le damos una oportunidad? —sugirió Lusor.

—Nosotros dejándonos el pellejo en la misión y tú... —prosiguió Yael irritado—. ¡A saber quién será la madre!

—Mucho cuidado con lo que dices, no consiento que hables así delante de mi hijo —desaprobó Gabriel apuntándole con el dedo—. Es Amira, mi esposa.

—¿Te has casado? —preguntó Diago sorprendido.

—Hace ocho años, en la realidad humana.

—Menudo espectáculo cuando se lo cuentas a Celia —ironizó Yael.

—No pienso hacerlo y espero que vosotros tampoco, ya encontraré el momento adecuado.

—¡Eres repugnante! —concluyó Yael marchándose a la cueva superior.

—Dejaremos que se quede para vigilar sus poderes, pero, y tú, ¿qué vas a hacer? —preguntó Diago.

—Me las arreglaré para convivir en los dos mundos.

—En tu ausencia hemos hecho algunos cambios —le advirtió Diago.

Celia aguardaba sentada en el sillón rojo que presidía la reciente cueva de las auras. Todas las personas gozaban de un fantástico festín rodeando la espiral cuando la puerta de piedra se deslizó y apareció Gabriel. Celia se abalanzó sobre él y le abrazó tan fuerte que tuvo que frenarla.

—¡No esperaba tal recibimiento!

—Te hemos echado de menos, ¿dónde has estado? —preguntó emocionada.

—Aquí y allá, ya sabes. Veo que te han ascendido.

—¿Quién lo iba a decir? ¡Yo, guardiana!

—¡No se equivocaron contigo! —dijo contemplando la cantidad de auras que había reclutado.

—¿Te vas a quedar?

—Sí, pero no sé si definitivamente —dijo desviando la mirada.

—Entiendo... —respondió desilusionada.

—Al menos estaré un tiempo por aquí.

—Te esperaré esta noche en el balneario, no llegues tarde —señaló ella guiñándole un ojo mientras se dirigía a su sillón.

Gabriel se sentía abrumado por el encuentro, pensaba que Celia le atosigaría con preguntas y estaría distante por su ausencia, pero en cambio, le

citó para estar a solas y eso le confundía. Él amaba a Amira incondicionalmente, pero Celia despertaba una atracción y un deseo de cuidarla que a veces no podía controlar.

Yael fue testigo del encuentro desde el lado opuesto de la cueva y su mano derecha sangraba al haber golpeado con saña una pared. Gabriel siempre había sido su rival, pero ahora sentía una ira incontrolable tras conocer el secreto de su hijo y, más aún, al tener que guardar silencio. Sentía que se ahogaba en un mar de mentiras, creciendo hasta el punto de separarle de la única mujer que amaba.

Desapareció de la cueva envuelto en un remolino de viento y polvo verde en busca de auras negras para descargar toda su furia. Sin ser consciente, apareció en mitad de un río que no conocía. Distinguió a tres sombras alrededor de una mujer a la que intentaban ahogar. Se apresuró hasta ella y cuando la joven se apartó el pelo mojado del rostro, reconoció a Ismenia. Inmediatamente, se posicionó delante para protegerla, aun teniendo la certeza de que solo no conseguiría derrotar a tres auras negras.

—¡Corre! —le ordenó en un intento desesperado por salvarle la vida.

Ismenia cruzó el río tan rápido como pudo y se refugió en la copa de un árbol. Desde allí, presenció como el guardián luchaba con valentía resistiendo los ataques de las sombras. Enviaban a Yael bolas potentes oscuras para desarmarlo, pero una y otra vez, él logró desviarlas agitando sus manos. Una de las sombras alzó su brazo y el cielo se encapotó; nubes opacas se aglutinaron y un tornado de viento y polvo negro envolvió a Yael, anulando los poderes del guardián por completo.

Ismenia lloraba desconsolada al ser consciente del destino que le aguardaba si Yael fracasaba. El guardián consumido por la oscuridad, susurró el nombre de Celia en sus últimos alientos.

La guardiana, sentada en su sillón rojo, disfrutaba del magnífico banquete que ofrecía la espiral a las auras cuando visionó el ataque que sufría Yael; su corazón se encogió y las lágrimas brotaron por la congoja.

—¡Yael! —musitó abatida.

Un remolino de viento y polvo verde emergió en mitad de la oscuridad, bloqueando el ataque de las sombras contra Yael. El guardián, debilitado, cayó al río mientras que Celia enviaba inmensas bolas de luz verde a sus enemigos.

Ismenia descendió del árbol y se apresuró hasta el río para salvarlo; la corriente estaba creciendo y se ahogaría al no tener fuerzas para nadar. Ella

arrastró su cuerpo hasta la orilla e intentó reanimarlo, pero seguía inconsciente por el excesivo desgaste que le había ocasionado la pelea.

El pequeño Arturo leía en el salón de descanso de la cueva y tuvo la visión de Celia luchando contra las auras negras. Se asustó tanto que comenzó a gritar. Lusor, Diago y Gabriel acudieron enseguida, pues poseían la habilidad de leer la mente.

Celia enviaba ráfagas de luz a las sombras, pero sus fuerzas menguaban y se desplomó en el río. Justo en ese instante, los tres guardianes y Arturo se personaron en el lugar para derrotar a las auras negras. Arturo llegó por su cuenta, nadie era consciente de que el pequeño les había seguido. Alzó su mano y una esfera descomunal de luz dorada desintegró a las sombras. Desconcertados, se giraron y al divisar a Arturo envuelto en un aura centelleante, de color anaranjada, comprendieron que habían descubierto al guardián dorado. Percibían su calidez, aun manteniéndose a varios metros de distancia. El pequeño bajó la mano y su aura dejó de brillar.

Gabriel tomó en brazos a Celia, que yacía inconsciente sobre el agua y la tumbó junto a Yael en la orilla. Lusor y Diago ayudaron al pequeño a salir del río y ambos se miraban estupefactos al descubrir su verdadera identidad.

—¡Lo siento mucho, todo esto es por mi culpa! —se lamentaba Ismenia llorando junto a Celia y Yael.

—¡Te hemos buscado durante mucho tiempo, casi perdemos a la última descendiente de Wilbur! —le reprochó Diago molesto.

—¡No soy la última, estoy embarazada!

—¡Vaya, es una gran noticia!, pero no puedes volver a desaparecer —le advirtió Diago—. Estás más en peligro que nunca.

—Jamás volveré a marcharme —contestó llorando y acariciando el pelo de Celia.

Diago tomó en brazos a Ismenia, Gabriel a Celia, Lusor sostenía a Yael y Arturo siguió tras ellos; siendo absorbidos por un imponente remolino verde.

Al regresar a la cueva, tumbaron a Celia y a Yael en camas contiguas. Ismenia, en cambio, estaba hambrienta tras haber pasado dos días alimentándose solo de algunas moras que encontró en el camino y fue a buscar algo de comida a la cueva de las auras.

De madrugada, Yael se despertó y acarició la mano de Celia.

—¿Tampoco puedes dormir? —preguntó ella abriendo los ojos y girándose hacia él.

—Pensaba que estabas dormida.

—Lo estaba.

—No debiste venir a salvarme.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí —susurró ella.

—Pudieron hacerte daño.

—¿No me enviaste la visión para que te rescatara?

—Solo mencioné tu nombre —dijo avergonzándose.

—¿Pensabas en mí antes de morir?

—Qué triste, ¿verdad?, pensar en alguien a quien no le intereso y que sueña con otro.

—Pero, ¿qué dices? —respondió impresionada.

—¡Tu corazón pertenece a Gabriel!, y lo que más me duele es que él jamás te hará feliz.

—¡He arriesgado mi vida para salvarte! Haga lo que haga nunca es suficiente para demostrarte lo que significas para mí, ¿verdad?

Yael se levantó furioso de la cama y se alejó. Celia estaba confundida ante los sentimientos que creía olvidados. Con el regreso de Gabriel había perdido un poco el norte, como si de un hechizo se tratara. Lo detestaba por su marcha repentina y misteriosa, pero era incapaz de vivir lejos de él. En cuanto a Yael, sentía una profunda atracción, pero el guardián parecía levantar una muralla entre ambos cada vez que acortaban las distancias.

Las idas y venidas de Gabriel, la falta de sinceridad de Yael, y el orgullo y la indecisión de Celia, formaban un combinado explosivo difícil de sobrellevar.

La guardiana se levantó al día siguiente y a hurtadillas se marchó. Hacía tiempo que seguía el rastro de Otilia, sabía que su enemiga había reclutado auras en Canterbury y le preocupaba que su hermana corriese la misma suerte.

Al llegar a su antiguo hogar, quedó extrañada al encontrar a unos desconocidos viviendo allí. Continuó revisando las casas cercanas y, finalmente, decidió ir al mercado; sabía que Amira solía comprar por las mañanas. La reconoció de inmediato, no había cambiado significativamente en estos años. Mantenía su delgada figura y el cabello largo, aunque su semblante lucía más relajado y feliz que de costumbre. La guardiana sentía nostalgia al no poder disfrutar de la compañía de su hermana, de sus consejos e incluso de las disputas que solían mantener por cualquier pretexto.

De pronto, la joven sintió un escalofrío al distinguir a Otilia entre la muchedumbre, estaba siguiendo a Amira.

Celia observó como su hermana se aproximaba hasta una casita a las afueras de la ciudad y entraba en ella. Otilia usó sus poderes y la puerta se abrió, pudiendo así perseguir a la joven. La guardiana irrumpió en la vivienda y palideció al descubrir que el guardián negro también permanecía junto a Otilia y Amira. Su hermana estaba envuelta en una especie de cuerda negra vaporosa que rodeaba su cuerpo hasta amordazarla.

—¡Soltadla! ¡Me queréis a mí, dejadla!

Sin mediar palabra, los tres se esfumaron en un remolino negro y la guardiana no pudo hacer nada por rescatarla.

Celia regresó a la cueva, devastada, no consiguió articular palabra. Las auras habían salido para entrenarse con sus mentores, pero recordó que Gabriel practicaba con Arturo en el jardín de Helios para que aprendiese a controlar sus poderes.

—¡Gabriel!, ¡Gabriel! —gritaba corriendo alterada.

—¿Qué ocurre? —respondió inquieto, acompañado por su hijo.

—¡Es Amira, la tiene el guardián negro!

—¡No es posible!

—¡Vi como se la llevaban! —se lamentó rompiendo a llorar.

—¡Arturo, vete a practicar bajo aquellos árboles! —le ordenó Gabriel para que el pequeño no interviniese.

—¿Qué hacemos?

—Yo encontraré a Amira y la traeré sana y salva. Tú debes quedarte aquí con Arturo —respondió el guardián.

—¿Piensas ir tú solo?

—No le vamos a servir en bandeja a dos guardianes. ¡No tendrás ninguna oportunidad, Otilia está con él! —gritó mientras convocaba mentalmente a Lusor, Yael y Diago.

Los tres guardianes acudieron a la llamada, evitando así la marcha de Gabriel.

—¡Justo a tiempo! —exclamó Celia al ver que tenían refuerzos.

—¿Qué has hecho? —respondió Gabriel molesto al no poder marcharse sin dar explicaciones.

—¡Era un suicidio! —le recriminó la joven.

—No hay tiempo para pensar, Amira podría estar... —respondió el guardián conteniéndose.

—No podemos atacar los cuatro, si fracasamos, el mundo de las auras quedará a su merced —advirtió Yael.

—¡Un momento!, puede que haya una alternativa —apuntó Diago—. Recuerdo que en cierta ocasión, nuestro mentor me contó una historia, pero pensé que sería una leyenda. Me habló acerca del primer guardián que existió después de Helios, su familia fue arrastrada por las sombras y en un intento desesperado por recuperarlos, vertió su sangre creando un elixir muy poderoso. El elixir eliminó todo rastro de oscuridad y sus auras se purificaron.

—No recuerdo tal historia —añadió Lusor confundido—. ¿Quieres utilizar nuestra sangre?

—Únicamente salvó a su familia, ni vertiendo una gran cantidad derrotaríamos a las auras negras —respondió Yael mostrando su desacuerdo.

—¿Por qué no usamos el agua de la fuente de Helios? —sugirió Celia— Es muy poderosa y con un poco de vuestra sangre sería suficiente.

—Aun así, no alcanzaríamos a salvar a todas las auras del planeta —prosiguió Gabriel.

—Las necesarias para mantener el equilibrio a salvo —afirmó Diago.

—¡Debemos intentarlo! —dijo Lusor entusiasmado.

Los cinco guardianes se situaron alrededor de la fuente de Helios, pero Gabriel apartó a Celia.

—¡No permitiré que derrames tu sangre!

—¡Yo también soy guardiana!

—Perderemos parte de nuestros poderes y eso nos debilitará. Tú debes mantenerte fuerte, por si acaso...

Aceptó al entender las razones del guardián. Gabriel fue el primero en hacer un corte en su brazo y lo extendió para que impregnara el agua; Yael, Lusor y Diago repitieron la operación. El agua enrojeció y fue absorbida hasta que la fuente se vació por completo. Bajo los pies de la escultura de Helios, emergió un cuenco de mármol perlino que contenía el elixir. A simple vista, parecía que tendría capacidad para dos auras, pero su nivel aumentaría a medida que fuese ingerido.

Gabriel entregó el cuenco a Celia para que lo custodiase y se dirigió al salón de los guardianes para tomar su bastón plateado. Yael, Lusor y Diago, continuaban recuperándose en el jardín, pero ella siguió a Gabriel.

—¿Qué pretendes? —preguntó al ver que el guardián sostenía el bastón.

—No pienso quedarme aquí —respondió limpiándose la sangre del brazo.

—¡Mírate, estás muy débil!

—¡Te prometí que traería a tu hermana sana y salva y es lo que pienso

hacer!

—¡Te matarán!

—En toda batalla siempre hay bajas.

—¡No vayas, te lo suplico!

—¡Pase lo que pase, no olvides nunca que te quiero! —dijo golpeando su bastón contra el suelo y desapareciendo en un remolino de viento plateado.

—¡NOO! —gritó llorando amargamente.

Los guardianes irrumpieron en el salón y al encontrar a Celia desesperada, entendieron que su compañero había decidido sacrificarse por salvar a su esposa. Ninguno fue capaz de confesar las verdaderas intenciones del guardián. Ismenia descendía de la cueva superior donde las auras disfrutaban de una deliciosa merienda cuando escuchó el llanto de la guardiana. No dijo nada, solo la abrazó hasta mitigar su tristeza.

No pudieron seguir su rastro, pues al entrar en contacto directo con el mundo de las sombras, su energía pasaba inadvertida.

## 11 - LAS GAFAS MÁGICAS

Gabriel ubicó la guarida de las sombras gracias al poder del bastón plateado. Era la primera vez que un guardián de las auras se adentraba en sus dominios.

Atravesó un túnel sombrío que desembocaba en una cueva lúgubre y espeluznante. El guardián le esperaba sentado en su enorme trono negro. Gabriel se acercó con paso firme y lo examinó con más detalle; estaba formado a base de estalactitas de hielo punzantes que bordeaban el asiento en forma circular. Oteó a su alrededor y encontró a Amira inmovilizada por una cuerda negra vaporosa que envolvía su cuerpo. Para llegar hasta ella debía atravesar un angosto pasillo en el que a ambos lados no existía más que el vacío. Gabriel agitó el bastón y Amira quedó liberada, la magia negra que la retenía se debilitó, dando así una oportunidad a la joven para escapar.

Otilia, que disfrutaba de la escena, usó sus poderes para absorber la energía vital de Amira. Gabriel no tuvo tiempo de reaccionar, pues el guardián oscuro lo paralizó. Fue testigo de la muerte de su esposa, instantes después, el brillo de su aura también se apagó. El bastón plateado desapareció antes de que las sombras lo atraparan y el cuerpo sin vida de Gabriel, fue lanzado al vacío junto con el de Amira.

Los guardianes percibieron el momento en el que el aura de Gabriel cejó de brillar, y Celia lanzó un quejido por el dolor tan inmenso que le causaba su pérdida.

—¡No puede ser, ha vencido a Gabriel! —clamó Lusor conmovido.

—¡Maldito necio! —gritó Diago.

—¡Es el fin, ya nada puede hacerse! —se lamentaba Celia— Si Gabriel ha muerto, mi hermana también.

—Será recordada y honrada como un símbolo de sacrificio y esperanza para las próximas generaciones de auras —dijo Yael acercándose para consolarla.

Los guardianes usaron su poder para crear una estatua que representara a la joven Amira. Estaba construida a base de mármol blanquecino y medía unos dos metros de altura; su porte era elegante y lucía envuelta en una especie de túnica de gasa que le cubría totalmente los pies. Decidieron homenajearla haciendo que portara el elixir de la bondad absoluta. Celia les hizo un gesto de agradecimiento

—¿Todos moriremos? —preguntó Ismenia tocando su vientre.

—No seremos capaces de derrotarle así, hemos perdido parte de nuestros poderes —afirmó Lusor.

—¡Escúchame bien! Gabriel no era mi amigo, pero también me afecta su pérdida. Tenemos que unir nuestras energías si queremos proteger el mundo de las auras —respondió Yael tomando el control de la situación.

—¿Qué sugieres? —preguntó Lusor interesado.

—La única opción sería crear un objeto mágico que contenga el poder de nuestras auras —respondió Yael.

—¡No lo permitiré! —dijo Celia dándole un empujón.

—Serás la encargada de portar ese objeto y adquirirás ciertas habilidades que te serán de gran ayuda para anular el poder de las sombras.

—Pero, ¡también moriréis! ¡No podéis hacerme esto!

—Es nuestro deber, hicimos un juramento y creo que la idea puede funcionar —secundó Diago.

—Yo también acepto —asintió Lusor.

—¡Esperad! —gritó Celia— ¿No volveré a veros?

—Siempre nos llevarás contigo cuando uses nuestros poderes —respondió Yael sonriente.

Tras despedirse, alzaron su brazo izquierdo formando un triángulo. Celia fue testigo de cómo el brillo de sus auras se unían formando un torrente de luz verde que ascendía hasta casi sobrepasar el techo de la cueva. Sus cuerpos se volvían translúcidos a medida que la magia les abandonaba.

Celia miraba a Yael en sus últimos momentos y le lanzó un beso extendiendo su brazo. Una vez que se desvanecieron, aparecieron unas gafas doradas en la palma de la mano de Celia. Ismenia y la guardiana se abrazaron consumidas por la tristeza. Los cuatro guardianes habían sacrificado su vida para garantizar la estabilidad del equilibrio y otorgar a Celia la única oportunidad de frenar a su adversario.

Semanas después, a pesar de la decoración navideña de la cueva superior, el espíritu festivo había sido sustituido por el silencio.

Celia permanecía sentada en su sillón rojo, con la mirada perdida, sin ser consciente aún de la responsabilidad que acarreaba ser la única guardiana de las auras verdes. En primer lugar, su apariencia había cambiado; ahora lucía un vestido blanco, de mangas ampulosas, que colgaban en forma de pico a la altura de sus rodillas. Además, el vestido tenía una pequeña cola en la parte

trasera, incrementando su elegancia. Todo en su conjunto resplandecía en diminutos puntitos de luz. En cuanto a su cabello, mantenía los rizos tan perfectos que parecían confeccionados a medida.

Otilia irrumpió en la cueva aprovechando el desánimo de Celia con el único propósito de vengarse. Ismenia ordenó a todas las auras que la siguiesen hasta la cueva de los guardianes, evitando así que pudiese herirlas. La cueva había sido protegida de tal manera que las sombras no podían penetrar en su interior, de modo que, se había convertido en el refugio perfecto.

Celia ni se inmutó ante la presencia de Otilia, solo la siguió con la mirada.

—¡Por fin te ascendieron! —dijo provocándola.

—¿A qué has venido? —inquirió Celia levantándose del sillón.

—¡Tranquila, recuerda que una vez fuimos amigas!

—¡Hasta que descubrí que eras una asesina!

—Gabriel suplicó su muerte, jamás lo había visto tan derrotado —continuó jactándose.

—¡No te creo!, ¡él jamás se rendiría!

—Lo hizo. Suplicó una y otra vez a mi mentor.

—¡Maldita!, ¿qué le hicisteis?

—Vio morir a Amira. Lo cierto es que pensé en ti cuando absorbía su energía vital, jamás olvidaré sus ojos.

Celia encolerizó y usó sus poderes contra Otilia, levantó su brazo y envió un remolino de polvo y viento verde que la envolvió por completo.

—Soy la guardiana de las auras verdes, hice un juramento y haré justicia dándole cumplimiento. No tendré compasión contigo ni con las sombras que amenazan nuestro mundo. Dile a tu guardián negro que acabaré con él y que le haré pagar por todo el sufrimiento que ha causado a las auras.

Instantes después, bajó su brazo y el remolino se disolvió dejando liberada a su enemiga. Otilia, sobrepasada ante el renovado poder de Celia, decidió huir al ser incapaz de luchar contra ella.

Celia descendió hasta la cueva de los guardianes y le ordenó a Ismenia que la siguiera. Ambas se adentraron en los jardines y se situaron frente a la fuente de Helios. La joven contempló en silencio la fuente vacía y recordó el momento en el que los cuatro vertieron su sangre para elaborar el elixir de la bondad absoluta.

—Aquí no puedo protegerte Ismenia, he pensado en enviarte a un lugar seguro para que puedas dar a luz a tu bebé.

—Aún faltan tres meses para que llegue ese momento, me gustaría quedarme para apoyarte —respondió afectada.

—Si el guardián negro cumple su venganza destruyendo a los descendientes de Wilbur, será invencible —le aseguró Celia.

—Pero, ¿qué va a ser de ti?

—Por mí no te preocupes, me repondré.

—¿Dónde me enviarás?

—Al futuro, las sombras no pueden viajar en el tiempo. Por cierto, nunca nos has hablado del padre de tu hijo.

—No sé si debo decirlo —respondió avergonzada.

—Será nuestro secreto.

—No creo que le importe, está muerto. ¡Es Lusor!

—¿Vas a tener un hijo de un guardián? —preguntó entusiasmada— Pero, ¿cuándo?

—Ocurrió tiempo antes de que me encontrara Yael en el río y, al darme cuenta de que estaba embarazada, decidí volver a alejarme. No quería que mi hijo viviese en este mundo, rodeado de fatalidad y lucha continua contra la oscuridad.

—¿No se lo contaste?

—Le dije que no era suyo. Ambas conocíamos a sus conquistas, él no era hombre de una sola mujer.

—Eres muy valiente. ¡Ojalá encuentres la felicidad allá donde te envío!

—¿Volveremos a vernos?

—Así lo espero, eso significará que hemos derrotado a las sombras —dijo abrazando a Ismenia.

—Lo harás muy bien —contestó animándola.

Celia alzó su brazo invocando un remolino de polvo y viento verde que envolvió a Ismenia para transportarla al futuro. La guardiana respiró aliviada al haber salvado la vida de su amiga y su bebé, pero le costaba digerir el hecho de que Lusor fuese el padre. Seguidamente, cruzó el muro verde gelatinoso y selló la entrada para que nadie penetrara en él. No tenía sentido que permaneciese abierto, además, los recuerdos la mortificaban cada vez que caminaba en los jardines. Regresó al salón de los guardianes y ordenó a las auras que se dirigieran a la cueva superior. Celia pretendía dejar el pasado atrás y solo lo conseguiría estableciendo un nuevo hogar para empezar de cero. Se acercó a la estatua de Amira y la ocultó en el interior de una de las paredes para salvaguardar el elixir que portaba. A continuación, ascendió a la

cueva superior y bloqueó la entrada, impidiendo el acceso a la sala de los guardianes.

La joven tomó asiento en el sillón rojo y haciendo uso de sus poderes, la gran espiral reapareció cargada de apetitosos platos que, en su mayoría, contenían helados, pasteles, tartas de fruta rellenas de hojaldre y unas bolas enormes de color marrón con sabor a chocolate. En ellas, los más pequeños hundían sus manos para llevarse a la boca toda la masa que pudiesen abarcar.

Uno de los niños que habitaba en la cueva, se acercó a Celia y le ofreció una pequeña bola de chocolate blanco con una mariposa incrustada en el centro.

—¡Feliz Navidad! —exclamó el pequeño abrazando a la guardiana.

Celia se sintió culpable por haberse olvidado de celebrar la Navidad. Se levantó y agitando sus brazos hizo que las luces se encendieran, también aparecieron numerosas guirnaldas decorando la cueva. Todas las auras aplaudieron el gesto, pero aún no había terminado; apuntó con su dedo a un grupo de niños y aparecieron tambores, flautas y campanillas en sus manos. Ninguno de ellos sabía tocar, pero la guardiana levantó la palma de su mano y les otorgó el conocimiento necesario para componer bellas melodías.

Las auras bailaron durante toda la noche y, por primera vez, Celia logró desconectar de sus pensamientos.

## 12 - NOCHEBUENA

Siglos después...

Era la mañana del veinticuatro de diciembre, pero Mariel poca diferencia encontraba con los demás días del año. Se hizo el nudo de su lazo rojo en el pelo y terminó de abrocharse la chaqueta azul del uniforme.

Tenía diez años y era ciega, su madre la entregó a los dos meses de nacer y desde entonces vivía en el internado. Era la única niña sin hogar, el resto de compañeros provenían de familias adineradas, que por escasez de tiempo libre de sus padres, permanecían internos.

Cada mañana, se preparaba para asistir a sus clases de Ciencias, Lengua y Literatura, Matemáticas e Historia; su asignatura favorita.

Por el ruido de la aglomeración en los pasillos y los gritos de algunos niños, intuía que debía darse prisa. Estela, una de las cuidadoras, golpeó la puerta avisándole que tenía diez minutos para desayunar.

Engulló sus tostadas de mantequilla y mermelada de fresa con premura, cogió su mochila y se dirigió a la clase. No tenía problemas en orientarse por los pasillos, ya que de pequeña jugaba a contar los pasos que existían entre las distintas habitaciones; solía hacerlo en época de vacaciones al no haber ningún niño con el que jugar.

La clase estaba decorada con mapas del mundo y dibujos de algunos niños pintados a mano con ceras de colores. Había grandes ventanales que daban al patio, el cual, rodeado por vastos pinos que parecían custodiar el lugar, no tenía mucho más encanto.

Mariel llegó a su pupitre tanteando las mesas, se sentó la primera en la tercera fila y comenzó a sacar los lápices y cuadernos de su mochila rosa.

Era una niña muy querida y admirada por todos los profesores, pero no tenía muchos amigos. Siempre tendía a aislarse de los demás, prefería sumergirse en sus historias e imaginar cómo era el mundo que no podía ver.

Había llegado el día de Nochebuena y el profesor repartió unas chokolatinas antes de despedirse de sus alumnos.

—Hoy, volvéis a casa, ¿estáis contentos?

—Sí —respondió una de las niñas—. Mi mamá dice que me ha comprado muchos regalos.

Mariel fantaseaba con tener una familia mientras escuchaba a sus compañeros. Habían llegado las vacaciones y todos se marcharon corriendo

para reunirse con sus padres, pero ella prosiguió sentada en su pupitre hasta que anocheció; había perdido la noción del tiempo.

Seis años después, en el día de Nochebuena, Mariel aguardaba sentada en su pupitre, como era tradición. Tenía dieciséis años y vivía apesadumbrada. La Señora Estela era la encargada de sacarla de sus ensoñaciones.

—Vamos, la cena está lista —le dijo sin mucho ánimo.

Mariel era la única joven que pasaba las fiestas en el internado. Cada cena de Nochebuena estaban presentes: Estela, una de las cuidadoras; Rosa, una de las cocineras y Joaquín, el profesor de Historia. Ninguno superaba los sesenta y cinco años y no tenían familiares con los que poder disfrutar en esos días. Se consolaban mutuamente en una noche en la que todo o casi todo el mundo festejaba.

Mariel solo comía el postre, la famosa tarta de manzana de la señora Rosa. Era una mujer de rasgos amables, siempre lucía un moño recogido en forma de caracola; era de constitución delgada y no muy alta, casi siempre vestía de negro por el luto que guardaba hacía años, aunque nunca dijo a quién.

Después del brindis con un vasito de sidra, se pusieron los abrigos y se dirigieron a la iglesia para la misa de las doce de la noche. Mariel vestía un abrigo rojo y una bufanda blanca, la señora Estela caminaba sosteniéndole la mano. Estela era una mujer de apariencia fuerte, tanto en carácter como físicamente. Ningún niño se atrevía a llevarle la contraria, no porque impusiera castigos, sino porque sabía hacerse respetar. Su cabello lucía corto y no tenía canas, ya que solía teñírselo cada dos meses; era alta y delgada. Por el contrario, Joaquín, era un hombre paciente, típico en hombres de letras; de mediana estatura y bastante grueso. Solía consentir a sus alumnos y le costaba responder con una negativa.

Era una noche helada, pero aún no había empezado a nevar; apenas se distinguía a cinco o seis personas caminando por la calle.

—No me extraña que la gente no salga esta noche —murmuró Joaquín tapando su boca con la bufanda.

Todos caminaban apresuradamente cogidos del brazo para mantener el calor. La señora Rosa se detuvo al notar que los cordones de sus zapatos se habían desatado.

—Estela, ¿puedes ayudarme?, no puedo agacharme... ¡Ay, bendita juventud!

—Claro —respondió soltando la mano de Mariel—. Yo tengo los dedos

congelados.

En ese preciso instante, Mariel escuchó como alguien la llamaba desde su izquierda, era un silbido leve. Lo oyó hasta tres veces y decidió acercarse.

Sin percatarse de que se estaba alejando del grupo, se adentró en un callejón estrecho y oscuro tanteando las paredes. Siguió caminando, pisó unas tablas viejas que se partieron y la pequeña cayó en una especie de sótano.

### 13 - LA CUEVA DE LAS AURAS

Estela, Rosa y Joaquín, recorrieron los alrededores gritando el nombre de Mariel, pero no obtuvieron respuesta.

—Es culpa mía —dijo Estela llorando—. Estará muy asustada y muerta de frío.

—Vayamos a la policía, ellos la encontrarán antes que nosotros —aseguró Joaquín intentando mantener la calma.

Pasearon cabizbajos mientras escuchaban villancicos y risas de niños provenientes de sus casas.

Mariel recuperó la consciencia, notó que era un lugar húmedo al sentir la ropa mojada pegada al cuerpo. Se tocó para comprobar si tenía alguna herida, pero parecía estar bien, al margen del susto. Gritó durante un tiempo, pero se acabó cansando y decidió sentarse a esperar. Supuso que al día siguiente alguien la oiría al pasear por esa calle. De repente, escuchó pasos y murmullos. Mariel se estremeció, si alguien rondaba por ese sótano, no podría tener buenas intenciones.

—¡Ayuda! —gritaba desesperada— ¡Me he perdido!

Rompió a llorar y pudo sentir la mano de un niño apretar la suya.

—¿Hola?, ¿quién eres? ¿Puedes ayudarme? —preguntó más calmada.

Era un niño menudo y flacucho; de cabello rubio y ojos azules. Sus ropas lucían desgastadas, pero su semblante era tranquilo y aparentemente feliz. El pequeño sacudió su mano ante los ojos de Mariel.

—No puedo verte, soy ciega. ¡Por favor, ayúdame!

El pequeño tomó su mano y tiró de ella con fuerza para levantarla. Cuando logró incorporarse, la condujo a través de un pasillo que parecía no tener fin.

A medida que avanzaban, ella escuchaba voces, sonidos de tambores y campanillas; el ruido aumentaba por momentos. El niño apretó el paso y ella intentaba no quedarse atrás. El sonido era más fuerte, lo percibía con más claridad; eran voces de niños, muchos niños. El pasillo desembocaba en una enorme cueva y, al adentrarse, todo quedó en silencio. Sin premeditarlo, Mariel había llegado a la cueva de las auras. Todos observaron en silencio a la joven; Celia se levantó del sillón e hizo un gesto con la mano para que el chico la acercara.

—No sueltes mi mano, por favor —musitó temblorosa.

Desfilieron por un pasillo que habían formado, situándose a ambos lados. Él, se detuvo frente a Celia y soltó la mano de Mariel. La guardiana se acercó

y la abrazó.

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño. Me llamo Celia y ahora nosotros cuidaremos de ti.

—No, tengo que irme, me estarán buscando.

—Tranquila, primero quiero que veas algo —insistió Celia.

—Nunca he podido ver —aclaró Mariel.

—Por eso estás aquí, ahora podrás hacerlo. Recuerda que es Navidad y me gustaría hacerte un regalo.

Celia se quitó las gafas doradas mágicas y las dejó caer en las manos de Mariel.

—Te ofrezco el don de ver realmente a las personas para que puedas cambiar las malas acciones —explicó.

Mariel se colocó cuidadosamente las gafas y pudo ver a muchos niños envueltos en una especie de luz verde.

—¡No puede ser! ¡Oh, no me lo puedo creer! ¡Os puedo ver a todos!

Admiraba todo lo que había a su alrededor exclamando con alegría e incredulidad.

—Espera, no te he contado cómo funciona. Verás que todos nosotros tenemos una luz verde a nuestro alrededor, eso es porque somos auras buenas; hacemos el bien. Las personas con auras rojas hacen el mal y, por lo tanto, tu misión es evitar que contaminen a otras auras verdes.

—Pero, ¿vosotros qué sois exactamente? —preguntó agitada.

—Somos el equilibrio. Unos nos llaman ángeles, otros Karma, pero lo que realmente importa, es que vemos más allá del físico o la apariencia. Mariel, ahora los ciegos son ellos —le confirmó Celia.

—¡Estoy alucinando!, pero la sensación es maravillosa. Quiero salir fuera y curiosearlo todo.

—¡Un momento, aún no hemos terminado! —advirtió la guardiana— Hay ciertas reglas que debes cumplir. Una vez que te has puesto las gafas, eres de los nuestros. Tu vida anterior queda al margen, no podrás volver atrás. Los años pasarán más deprisa, incluso puedes envejecer y al quitártelas seguirás siendo una adolescente. Todos los que estamos aquí hemos vivido varias décadas. Yo soy la que más tiempo ha permanecido con las gafas puestas, si mal no recuerdo, me las quité después de ochenta y siete años humanos.

—¡Esto es increíble!, pero, ¿cómo voy a dejar todo atrás? —se preguntaba la joven recordando a Estela, Rosa y Joaquín.

—Te hemos observado durante años y no has sido feliz. El internado no

estará siempre, pero tú decides; puedes quitarte las gafas y volver a tu vida anterior, o salir a la calle y equilibrar las malas acciones durante mucho tiempo.

Mariel pensó la oferta mientras observaba a todos los niños de la cueva, preguntándose cómo habrían llegado hasta allí. No sabía si eran huérfanos o también se habían perdido. Pensaba que la identificaban como una especie de salvadora, de la que esperaban con impaciencia una respuesta. Ella nunca había tenido amigos y, por una vez, sentía que era querida y especial para alguien.

—¡Está bien, me quedo! —dijo con firmeza.

Todos los niños saltaron aplaudiendo eufóricos. El pequeño que acompañó a Mariel hasta la cueva, se acercó y la abrazó.

—¡Fantástico! —celebró la guardiana— Debes saber que a partir de ahora todas las personas que han formado parte de tu vida no te recordarán, eso facilitará tu labor. Puedes quitarte las gafas cuando creas que has concluido tu misión y otro de nuestros niños continuará reclutando. ¡Mucha suerte y Feliz Navidad!

Mariel recorrió el pasillo entre aplausos y silbidos. La música volvió a sonar y el mismo chico la acompañó hasta la salida.

—Muchas gracias por tu ayuda, intentaré cumplir con la misión lo mejor que pueda —dijo despidiéndose.

Sujetó las gafas mágicas con fuerza y deseó salir al exterior.

## 14 - LA MISIÓN

Durante dos horas, Mariel paseó por las calles de Aínsa. Quedó maravillada por la decoración; luces de diferentes colores y formas, árboles enormes con bolas de distinto tamaño y aspecto, muñecos de nieve y guirnaldas de luces que alumbraban las calles.

—No imaginé que sería tan bonito —decía tocando las ramas de uno de los arbolitos que adornaban la calle principal.

Giraba en torno a él con los brazos abiertos. Parecía que todo se había detenido; no había coches, ni gente, ni nada que perturbara aquel mágico momento. Al cabo de unos minutos, se percató de que había amanecido.

—¡Qué rápido pasa el tiempo en esta realidad! Bueno, manos a la obra — se dijo animándose a sí misma.

Paseó examinando los escaparates y alucinaba con los vestidos que lucían los maniqués. Se detuvo al ver su propio reflejo en el cristal, se asombró tanto que casi perdió el equilibrio. Se tocaba la cara y sonreía, era la primera vez que podía verse a sí misma. Era una joven de tez muy blanca, cabello rizado y largo en un tono pelirrojo, sus ojos eran de color miel. Gozaba de alta estatura y complexión delgada; era portadora de una lindeza inusual.

Advirtió que sus gafas ya no tenían ese brillo intenso, ahora eran de pasta común, aunque mantenían su aspecto dorado.

—Supongo que debemos pasar desapercibidas —se dijo mirando su reflejo en el cristal de un escaparate.

Decidió entrar en una pastelería para comprar un dulce, hacía horas desde que comió la famosa tarta de manzana de Rosa. Cayó en la cuenta de que había sido la última vez. Sacudió la cabeza para evitar pensamientos tristes y señaló a la dependienta el trozo de su elección; pastel de chocolate con almendras, bañado en una capa superior de gelatina de naranja. Apenas le dio el primer mordisco cuando entraron tres chicos en la misma tienda, sus auras eran rojas e iban armados con navajas; pretendían robar el dinero de la caja registradora. Mariel no sabía cómo actuar, pensó en gritar, pero eso empeoraría las cosas. Se concentró a la vez que sujetaba las gafas, pero no funcionaba.

Inconscientemente, empezó a hablarles; la cajera no podía escucharla, solamente la escuchaban ellos. Era como si sus conciencias conectasen sin la necesidad de hablar. «Esto no está bien, ¡vamos!, marchaos de la tienda y volved a casa. Debéis hacerlo, ¡venga, soltad las navajas, por favor!».

Los chicos, hipnotizados por sus órdenes, retrocedieron y se marcharon a toda prisa de la tienda.

—¡Qué difícil es esto! —se dijo apoyándose en una pared.

Notó que el corazón palpitaba acelerado y tenía sudoración. Le temblaban las piernas y se desplomó de rodillas en el suelo. La dependienta la ayudó a levantarse y le ofreció agua, también le regaló otro trozo de pastel.

Al cabo de quince minutos, abandonó la tienda pensando en si la misión le vendría un poco grande. En realidad, no tenía información sobre cómo combatir a las auras rojas. Ni siquiera sabía usar el poder de las gafas y esta vez tan solo había tenido un poco de suerte.

Mariel esperó a que el semáforo cambiase a verde cuando distinguió a Celia justo en la acera de enfrente. Parecía un ángel, el sol acentuaba aún más el brillo de su pelo rubio y los destellos del vestido blanco. Se dispuso a cruzar y al llegar al centro de la vía, todo lo demás se ralentizó. Las dos realidades discurrían ahora a destiempo.

—No me dijiste cómo enfrentarme a las auras rojas —le reprochó molesta.

—Tenías que descubrirlo por ti misma, siempre que hables con el corazón, lograrás vencer las malas acciones.

—Y, ¿hacia dónde debo ir?

—Simplemente camina, lo irás viendo. Una cosa más, utiliza tu poder solo en casos necesarios, recuerda que podrías desfallecer. Te afectará al principio, cuando tengas experiencia sentirás como el poder de las gafas penetra en tu interior y serás capaz de canalizar esa energía.

Las jóvenes se despidieron y prosiguieron su camino, a la vez que la otra realidad seguía ralentizada. Cuando Mariel abordó la acera, ya era de noche y todo había cobrado su ritmo habitual.

Paseó encandilada por los altos edificios, las pantallas con anuncios de publicidad, las luces de los coches..., todo era tan nuevo para ella que se sentía desprotegida. Únicamente salía del internado los domingos para ir a la iglesia o dar un paseo acompañada de Rosa y Estela. Las echaba de menos y aunque quisiera volver a sus vidas, ellas no la recordarían, pues Celia había borrado los recuerdos que la relacionaban con ella. Después de todo, eran su única familia y no podía evitar sentir nostalgia.

Se había hecho tarde, aún no se había acostumbrado a la velocidad del tiempo en esta otra realidad. Pasaba cerca de un parque y creyó escuchar unos gritos pidiendo auxilio. Divisó a un grupo de personas con auras rojas y en el suelo alguien con aura verde.

—¡Oh!, problemas —se dijo preparándose.

Consiguió abrirse paso a empujones dentro del corro que habían formado. Siete chicos habían golpeado al otro joven que yacía en el suelo; éste, sangraba por la nariz y la boca.

—¡Estáis locos! —les reprendió Mariel.

Uno de ellos la empujó, provocando que cayese al suelo. Las cosas se le estaban complicando, no solo por estar en minoría, sino porque le costaría un gran esfuerzo reducir las auras rojas. Sus miradas eran sombrías, además, sintió un escalofrío al ver que dos de ellos portaban navajas.

El chico que aún yacía en el suelo, tomó la mano de Mariel y huyeron para esconderse en algún lugar cercano. Se refugiaron en el maletero de un coche. Por fortuna, había una linterna y pudieron alumbrarse mientras se mantuvieron ocultos.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo o nos quedaremos sin oxígeno —advirtió él.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Ian, y la verdad es que es el último lugar en el que me habría gustado quedarme encerrado con una chica. Mariel notó como sus mejillas se encendían, era la primera vez que se encontraba frente a frente con un chico. Y era consciente de que se había perdido las experiencias propias de los adolescentes; el primer beso, un paseo cogidos de la mano o, simplemente, tomar un helado al atardecer. No sabía si tendría la oportunidad de compartir con alguien esos momentos. Su misión ahora consistía en equilibrar el mundo de las auras y se afligió al pensar en si su vida se reduciría exclusivamente a esa lucha.

Cuando dejaron de escuchar las voces de los chicos que los perseguían, decidieron salir del maletero. Solamente habían recorrido diez metros cuando se abalanzaron sobre ellos. Mariel pensó que era el momento de usar las gafas; sujetó la mano de Ian y miró al resto.

«¿Por qué lo hacéis?, ¿siete contra uno? Sea lo que sea no merece la pena, necesita ir a un hospital. ¡Vamos! ¡Marchaos de aquí!».

Los chicos retrocedieron lentamente y se marcharon corriendo. Mariel se desplomó, había sido un día duro y su energía menguaba. Ian continuaba inconsciente en el suelo, parecía haberse golpeado la cabeza. Ella se incorporó como pudo y ayudó a Ian a levantarse, se montaron en un taxi que pasaba por allí y se dirigieron al hospital.

Mientras curaban a Ian, Mariel paseó aturdida por la cantidad de auras que

observaba; verdes, rojas, naranjas y azules. Estaba confundida porque Celia solamente le había hablado acerca de las rojas y las verdes.

Subió por las escaleras y llegó a la planta de maternidad, miró a través del cristal donde dormían los bebés en las incubadoras y quedó perpleja al divisar sus auras totalmente blancas.

—¿Cuántos tipos de auras existen? —se preguntaba impresionada.

—Tantas como tipos de personas —contestó Celia tras ella.

—¡Qué susto! ¡No te esperaba! ¿Sueles aparecer de repente muy a menudo?

—Perdona, es que un hospital es un sitio bastante complejo para las auras.

—¿Por qué? —preguntó interesada.

—Hay gente que sufre, muere, nace, se desespera y angustia; sienten ira, felicidad, amor y un sinnúmero de emociones que afectan al aura. Los bebés acaban de llegar a este mundo y al no haber cometido acciones, su aura es blanca. Las personas que están muriendo tienen el aura oscura, independientemente de las acciones que hayan cometido en su vida, al marcharse de este mundo su aura se apaga. Avanzaron por el pasillo examinando las auras de algunas personas.

—Las naranjas están angustiadas y atormentadas, y si no se pone remedio, acabarán siendo rojas. Las azules son neutras, no hacen ni el bien ni el mal, se limitan a estar de paso sin luchar. Personalmente, son las que más me preocupan porque pueden desequilibrarnos en cuestión de segundos; son vulnerables y no se las ve venir. Por culpa de las azules se han librado guerras y ha muerto mucha gente inocente —afirmó la guardiana con pesar.

La joven se giró y Celia había desaparecido. Decidió seguir caminando y llegó a otra planta, quedó extrañada al atisbar niños envueltos en auras amarillas, también le sorprendió el que no tuviesen pelo y la palidez de sus rostros.

—Estamos en oncología infantil —anunció la guardiana apareciendo de repente.

—Me vas a matar de un infarto —le amonestó Mariel—. Por suerte, estamos en un hospital.

—Lo siento, pero tendrás que acostumbrarte. Fíjate en sus auras, son amarillas porque antes eran verdes y al estar enfermos se acentúa su pureza. Blancas no pueden ser porque no son recién nacidos.

—No veo auras rojas.

—Es difícil que veas alguna en esta planta, aquí hay tristeza y mucha

esperanza al mismo tiempo, todos luchan por salir adelante —explicó la guardiana.

—He vivido ajena a todo esto, me sentía desgraciada por mi ceguera y, ahora que puedo ver, me encuentro con un mundo que no me gusta.

—Piensa en el bien que hacemos a otras personas —dijo Celia animándola.

—En las dos intervenciones que has tenido hasta ahora, has logrado invertir varias auras rojas, lo que significa que esos chicos tienen otra oportunidad para encauzar sus vidas y recapacitar en las consecuencias de sus acciones.

—Tengo que ser más positiva, lo sé. Hablando de chicos, debería volver con Ian, lo acompañé herido desde el parque.

—Querida, Ian se marchó del hospital hace días —le confirmó sonriendo.

—¡Vaya!, me habría gustado despedirme, odio que el tiempo pase tan rápido.

Celia volvió a desaparecer y Mariel reanudó su paseo en el pasillo de oncología infantil. Se entretuvo jugando con los niños, contando adivinanzas que aprendió de su profesor Joaquín y cuando quiso darse cuenta, habían transcurrido varios meses desde que llegó al hospital. Decidió que era hora de buscar auras en otros lugares, el hospital parecía estar limpio. De pronto, empezó a fatigarse, respiraba con dificultad y las fuerzas le abandonaban. Cuanto más se acercaba a la sala de quirófanos, más agotada se sentía. Logró llegar a uno de los quirófanos casi sin aliento y a través del cristal, vio a un grupo de cirujanos que estaban operando a alguien. Se movían rápidamente y aparentaban estar nerviosos. Mariel intentó acercarse un poco más, pero una presencia negra apareció junto a uno de los cirujanos.

Recordó que Celia le había comentado que existían casos de personas con aura negra, las que morirían muy pronto. No podía hacer nada al sentirse tan débil y esa presencia le causaba pavor. Se mostraba envuelta en una especie de gabardina con capucha negra y no se le veía el rostro. La presencia comenzó a moverse y se situó frente a Mariel, al otro lado del espejo, que separaba la sala de operaciones del exterior.

—¡No me robarás más auras! —dijo la presencia en un tono muy grave y amenazante.

La joven se tapó los oídos con fuerza porque escuchaba un pitido insoportable cuando hablaba. No podía reaccionar, su cuerpo no respondía y le causó espanto apreciar dos ojos rojos clavados en ella bajo la túnica negra.

La figura comenzó a absorber la energía vital del paciente. Mariel observaba la escena impotente porque apenas podía moverse y notaba como las lágrimas brotaban de sus ojos. Inesperadamente, un rayo de luz fulgurante invadió la sala de quirófano, deslumbrando a Mariel; era Celia. Apareció envuelta en un aura blanca brillante y, por lo que pudo apreciar, advirtió que la guardiana y la presencia ya habían tenido más de un desencuentro.

La sombra se desvaneció y Celia restauró la energía vital del paciente. Los médicos ajenos a lo que sucedía, consiguieron terminar la operación con éxito.

El aura de Celia cejó de brillar y se personó ante Mariel con semblante de preocupación.

—Vayamos a la cafetería, necesitas comer algo.

Mariel miraba su taza de leche caliente; Celia acarició su mano para atraer su atención.

—¿Qué era esa cosa?

—Un viejo enemigo.

—Era muy poderoso, ha anulado mis energías por completo, apenas podía respirar.

—Es el guardián de las auras negras, por eso es tan poderoso. Es como yo, pero en el bando contrario.

—Va a intentar destruirme, ¿verdad?

—A ti no, pero lo hará con la gente que quieres para someterte a su voluntad. En el fondo, la culpa es mía, no te he entrenado lo suficiente.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mariel.

—Seguir como hasta ahora. Siempre han tratado de malograr las auras que salvamos y eso no nos ha detenido. Solamente espero que la intervención del guardián negro no desemboque en una guerra —respondió Celia mirando a la gente que paseaba por la calle a través de los ventanales de la cafetería.

—¿A qué te refieres con una guerra?

—Mi mentor me contó que hace tres milenios se libró una batalla. Nuestro bando y el enemigo formaron ejércitos para tomar el control y desequilibrar la existencia humana. Tuvieron que emplearse a fondo para evitar que las sombras hicieran sucumbir a nuestro mundo en la oscuridad. Muchos guardianes han muerto por esta causa.

Mariel levantó la mirada de su taza de leche y Celia ya no estaba, se había esfumado.

## 15 - EL PODER DE UN GUARDIÁN

Mariel desayunaba en la cafetería del hospital mientras veía la televisión. Habían transcurrido varias semanas desde su charla con Celia y aún estaba afectada.

Dejó de divagar y continuó viendo las noticias; recordaba que Estela dejaba la televisión encendida para que escuchase programas musicales o documentales. Ahora que podía ver las imágenes, no le gustaba ver los informativos, pues casi todas las auras eran rojas al tratarse de crímenes, robos y demás asuntos bélicos. De pronto, le llamó la atención un aura azul; un hombre quería inmolarsse en un autobús lleno de niños. En ese instante, ella recordó lo que Celia le había contado; «las auras azules fueron las causantes de algunas guerras».

No se lo pensó dos veces y se levantó de la silla, sujetó las gafas y concentrándose en la imagen del televisor, logró aparecer dentro de aquel autobús.

El ambiente era desolador, los niños se agachaban cubriendo sus oídos, muchos lloraban y el hombre les gritaba enfadado. Su aura cambiaba de azul a roja; Mariel sabía que lo estaba perdiendo y debía actuar rápido.

—¡Oiga, cálmese! —le gritó.

El hombre vociferaba, pero ella no entendía nada, de modo que, se acercó y percibió como el tiempo se ralentizaba de nuevo. Las dos realidades discurrían a destiempo; era una de las ventajas del poder de las gafas mágicas.

Mariel ayudó a los niños a escapar del autobús para ganar tiempo y tranquilizar al agresor. Cuando regresó, ya era demasiado tarde, su aura se había transformado en negra y, supo entonces, que lo había perdido. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo y huyó tan rápido como pudo. Instantes después, el autobús estalló.

Mariel se refugió detrás de unos coches aparcados, miró a los niños y todos estaban bien.

—¡Buena actuación! —dijo Celia, presentándose.

—No pude hacer nada por él —dijo rompiendo a llorar.

—¡Has salvado cuarenta vidas! ¡Mira sus auras! Antes eran verdes y ahora amarillas. Cuando se está tan cerca de la muerte o un sufrimiento muy profundo, se purifica el aura. ¿Tú estás bien?

—Recuperándome del susto —contestó secando sus lágrimas.

Las ambulancias y los coches de policía llegaron al lugar de la explosión y atendieron a los niños. El autobús había sido secuestrado por el terrorista cuando se dirigía al colegio.

Los bomberos sofocaban las llamas que aún consumían parte de los asientos.

Las jóvenes contemplaban la escena cuando el guardián negro apareció entre las llamas. Mariel de nuevo sentía que le fallaban las fuerzas, su respiración se agitaba y necesitó apoyarse en el brazo de Celia.

Los dos guardianes se lanzaron una mirada fulminante y, posteriormente, él desapareció.

—Tiene que estar muy desesperado. Las auras de los niños son muy poderosas —alegó Celia con semblante serio—. Supongo que intenta reclutar un ejército.

—¿Para iniciar una guerra?

—Eso lo sabremos pronto. Salgamos de aquí.

La guardiana sujetó la mano de Mariel y desaparecieron del lugar siniestrado. Cuando la joven abrió los ojos, se halló rodeada de celdas.

—Estamos en una de las cárceles más peligrosas.

—Ya veo, todas las auras son rojas —secundó Mariel.

—Todas no, quizás, alguna azul o naranja, siempre hay gente que se arrepiente.

—Y, en ese caso, ¿estamos obligados a intervenir?

—Podemos evitar que ocurran acciones negativas en el presente, pero no enmendar acciones pasadas.

—Entonces, en el caso de las injusticias, ¿por qué no las habéis impedido?

—Porque no podemos estar en todas partes. Mientras estamos aquí, hay gente muriendo, sufriendo y, al mismo tiempo; naciendo, casándose, riendo... Intentamos que la balanza caiga siempre a nuestro favor, pero hay otros que intentan malograr las auras. Es una lucha constante que no cesa, no duerme.

Las jóvenes recorrieron el pasillo principal de la prisión; divisaron celdas a ambos lados y en cada una se amontonaban unos veinte presos. Se palpaba el deseo de venganza en sus rostros, aquellas auras eran irrecuperables.

—¿De qué color era mi aura? —preguntó Mariel.

—Gris, muy brillante —respondió Celia sonriendo.

—¿Gris?, vaya... Entonces no entiendo por qué me hicisteis de los vuestros

—respondió decepcionada.

—Todos los niños que viste en la cueva tenían el aura azul cuando los encontré, por eso los hace tan especiales. Decidieron hacer el bien por sí mismos, y tu aura, tarde o temprano, se habría convertido en azul, sufrías demasiado.

—Entiendo. He vivido en una burbuja durante veinte años, sumida en la oscuridad. Aunque mi ceguera no era la causa de mi desdicha. Siempre he soñado con poder tener una familia. Cuando llegaba el día de Nochebuena y todos mis compañeros se marchaban a sus hogares, me sentía sola y abandonada. Todos hablaban de los regalos que habían pedido en sus cartas a los Reyes Magos y mi carta siempre se quedaba en blanco, no tenía a quién entregársela.

Celia se acercó a Mariel y la abrazó fuertemente, salieron del pasillo principal de la prisión y se dirigieron al patio exterior. No había nadie, ni siquiera los presos habituales que solían jugar al fútbol antes de ser llamados para comer. Era un día soleado, tranquilo, e incluso podían escuchar a algunos pájaros piar cerca.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo la guardiana.

Se dieron la mano y aparecieron en la bañera de una casa desconocida, detrás de la mampara.

—Es mi regalo de Navidad —dijo Celia entusiasmada.

—¿Es Navidad? —preguntó Mariel extrañada.

—Es normal que no controles el tiempo aún. Han transcurrido diez años desde que nos conocemos. Y sí, es la noche de Navidad.

—Vaya, ¿me regalas una bañera? —bromeó Mariel.

—Tu regalo está a punto de llegar —ratificó la guardiana señalando la puerta del baño.

La puerta se abrió y entró una mujer de mediana edad; era delgada y de tez muy blanca. Su cabello lucía sucio y despeinado, en tono pelirrojo. Sus ojos parecían vacíos y tristes, debía de estar sufriendo. Llevaba puesto un pijama y una bata encima; no tenía intenciones de celebrar la Navidad. Se acercó al espejo y miró su reflejo unos instantes.

—¿Cuánto tiempo calculas qué ha pasado?

—Dos minutos.

—Un día —respondió la guardiana sonriendo.

—¡Increíble! —exclamó sin dar crédito.

La mujer quedó paralizada frente al espejo y rompió a llorar amargamente.

Abrió un cajón y extrajo un bote de pastillas.

—¡No, no, no! —dijo Mariel horrorizada— Su aura se está volviendo oscura, ¿quién es?

—Es tu madre —respondió la guardiana posando su mano en el hombro para mostrarle su apoyo.

La joven enmudeció unos segundos y, por suerte, logró reaccionar.

—¿Mi madre?

—Sí, hace años que la observo y su aura se ha ido oscureciendo por la culpabilidad. No ha superado el hecho de haberte abandonado.

—Nunca he sabido por qué lo hizo.

—Su madre la presionó, su novio no quería hacerse cargo de ti y ella sola no podía cuidar de una niña ciega. Tenía dieciséis años y se sintió sobrepasada. Pensó que si te entregaba, al menos, tendrías un techo y comida todos los días —le aclaró Celia.

—¿Cómo puedo ayudarla?

—No podemos desvelar tu identidad —le advirtió la guardiana.

—¿Entonces?

—Háblale, que sienta que la has perdonado y que no la odias. Usa el poder de las gafas.

Mariel respiró hondo, cerró los ojos y se concentró. Al mismo tiempo, su madre ingirió algunas pastillas.

«Mamá, soy Mariel. No te culpes por haberme abandonado, estoy bien y no te guardo rencor. He conocido a personas que han cuidado de mí y ahora puedo ayudar a otra gente. No tomes esas pastillas, por favor. ¡Suéltalas!».

—¡Funciona! —festejó Celia.

Su madre escupió las pastillas al suelo y se lavó la cara. Respiró hondo y tiró el frasco a la papelera, poco a poco, su aura recuperaba el tono verde.

—Es un regalo a medias. No puedo tocarla ni hablar con ella.

—Es el precio que pagamos —contestó Celia.

—Me basta con saber que la he salvado. ¿Sabes?, nunca la he odiado por dejarme en el internado. Es más, mi único afán era reencontrarme con mi familia.

—Puedes observarla cuando quieras.

—Por cierto, acabo de darme cuenta de que no he perdido mis fuerzas tras haber usado las gafas —dijo Mariel satisfecha.

—Eso es porque estás canalizando su poder y, muy pronto, podrás hacer cosas increíbles.

—Dijiste que cuando sintiese que había concluido mi misión podría dejar las gafas. Ha llegado el momento.

—¿Estás segura?

—Sí, por un tiempo.

—Has aguantado once años humanos, no está mal para ser novata — bromeó Celia.

Juntas desaparecieron del baño y regresaron a la cueva para iniciar la ceremonia del traspaso de las gafas mágicas. Alguien debía tomar el relevo y continuar con la misión hasta que concluyese el equilibrio y, nuevamente, otro niño sería el elegido.

## 16 - EL RELEVO

Atravesaron el pasillo que los niños habían formado entre sonoros aplausos y ovaciones. Cuando Celia se sentó en el sillón rojo, todo quedó en silencio. Mariel permanecía en pie, a su lado, examinando a todos los niños.

La cueva parecía no haber cambiado en todo este tiempo; el árbol gigante seguía en el mismo lugar con las guirnaldas y luces de colores. Se respiraba un ambiente festivo y Mariel se preguntaba qué habían estado haciendo aquellos niños además de festejar y tocar los tambores.

—Amigos, esta noche, Mariel ha decidido entregar las gafas mágicas, por lo tanto, uno de vosotros ocupará su lugar. ¿Algún voluntario?

—¿Puedo pedirte un favor? —interrumpió Mariel.

—¿De qué se trata?

—Deseo que el chico que me acompañó la noche que llegué, fuera el elegido —respondió acercándose a su oído.

—¡Hecho! ¡Arturo, acércate! —ordenó Celia.

La guardiana agitó su mano indicándole que se aproximara hasta ellas. Mariel no daba crédito a lo que estaba viendo. Aquel niño que la acompañó el primer día que llegó, se había convertido en un joven de veinte años. «¿Cómo puede ser?, los niños de la cueva permanecían siendo niños, al margen del tiempo que transcurriese», pensaba Mariel.

—Arturo aún no se ha puesto las gafas mágicas y por eso ha crecido —le aclaró Celia sonriendo.

—¿También lees la mente? —contestó molesta.

—¿Cómo crees que acudía en tu ayuda? Puedo sentir cuando uno de los nuestros está en peligro, por algo soy el guardián de las auras verdes.

Mariel examinaba embobada a Arturo. Recordaba su cabello rubio y el azul de sus ojos; su complexión era musculosa, además de ser más alto que ella. Le intimidaba bastante; se movía con seguridad y su mirada le cautivaba. Celia sonreía al leer sus pensamientos.

Arturo subió los tres escalones que guiaban al altar y se colocó a la izquierda de Celia; Mariel se había situado a la derecha.

Celia hizo un gesto con la mano a Mariel para que iniciara la ceremonia.

—En cuanto me quite las gafas no podré veros, pero no tengo miedo ni estoy triste. He llevado a cabo buenas acciones y he conseguido que la balanza continúe a nuestro favor. He visto más de lo que cualquier persona cree ver. Hay demasiados ciegos ahí fuera y, dicho esto, paso el relevo a

Arturo. Sé que eres fuerte y estarás a la altura de la misión —dijo clavando su mirada en él—. Lo sentí el día que llegué, me ayudaste cuando más sola me sentía.

—Será un honor continuar luchando por mantener a salvo el equilibrio que rige la vida humana —respondió el joven con voz firme y serena.

Mariel se quitó las gafas y se las entregó a Arturo; todos los niños aplaudían y saltaban eufóricos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Celia expectante.

—¡Puedo ver!, ¡puedo ver las auras sin las gafas! —celebró llena de júbilo.

—Conseguiste mejorar el equilibrio, has corregido la vida de muchas auras y has salvado a otras de la muerte. Ahora, eres un guardián como yo —afirmó Celia levantándose de su sillón rojo.

—¿Seré la guardiana de Arturo?

—Guardiana y consejera. Trata de no asustarle tanto como yo a ti a la hora de aparecer.

—Eso creo que podré hacerlo —aseguró Mariel más relajada.

—Alégrate, pasaréis mucho tiempo juntos —le susurró Celia.

—¿Cómo dices?

—No me tomes por ilusa, se nota a leguas que te gusta.

—No es eso, es que me ha sorprendido verle tan mayor. La última vez que le vi era tan solo un niño...

—En cualquier caso, tenéis mi bendición —contestó Celia de forma cómplice.

Mariel se tapó la cara con sus manos porque empezaba a ruborizarse y no quería llamar la atención.

Algunos niños tocaron los tambores y las campanillas, el resto, bailaban alegres girando alrededor del árbol. Mariel examinó con detenimiento la cueva, ya que la primera vez no tuvo oportunidad de admirar todo su esplendor por los nervios y la incertidumbre de lo acontecido tras perderse. El techo y las paredes de roca brillaban con una especie de purpurina dorada que no sabía cómo había sido depositada en ellas. «Tal vez a eso se dedicaban los niños de la cueva, a fin de cuentas, pasaban demasiado tiempo allí», pensaba. Le pareció más inmensa aún que la primera vez, dedujo que se debía a un aumento en la iluminación; al ser capaz de apreciar con más detalle su enormidad. Le sorprendía que no hubiese camas, ni cualquier otro tipo de mobiliario. «¿Cómo podían descansar los pequeños?», pensaba. Se planteaba estas cuestiones mientras los demás disfrutaban de la fiesta.

Arturo se acercó a ella con un trozo de pastel de chocolate y frutos rojos que cogió de la espiral, Mariel le agradeció el gesto y empezó a comerlo.

—¿Cómo te ha ido en la misión? —preguntó interesado.

—A veces bien y, otras, no tanto. Debes saber que hay alguien muy peligroso, al que espero que no nos encontremos con demasiada frecuencia.

—Te tiemblan las manos.

—Es el guardián de las auras negras. Me he cruzado con él en un par de ocasiones y no pude plantarle cara. Celia tuvo que usar su poder para hacerle retroceder.

—Tú también eres guardiana. La próxima vez será diferente.

—Eso espero —dijo Mariel ruborizándose.

Celia se acercó y charlaron durante un rato amigablemente. Se respiraba un ambiente alegre, el espíritu de la Navidad se había hecho presente. Mariel sintió por primera vez que podía disfrutar de esa noche, a diferencia de otras fiestas, en las que siempre estaba sola con sus cuidadoras en el internado.

Una vez que todos comieron, Celia les llamó para despedir al nuevo portador de las gafas mágicas y a su guardiana. Mariel y Arturo cruzaron el pasillo formado por los niños entre muestras de cariño y fuertes aplausos. Al llegar a la salida de la cueva, ella sujetó la mano de Arturo y desaparecieron.

Se presentaron en una discoteca, en mitad de la pista de baile, con multitud de jóvenes bailando a su alrededor. Quedaron extrañados al reconocer el lugar, pero intuían que algo sucedería.

—Tiene gracia que la primera vez que vengo a una discoteca sea en una misión —bromeó Mariel.

—También es mi primera vez, lo cierto es que no parece un lugar peligroso —secundó Arturo.

—Mantente alerta, ¿qué te dicen las gafas?

—No mucho, con las luces no distingo claramente el brillo de las auras.

—Salgamos de aquí —ordenó la guardiana.

Se alejaron de la pista y tomaron asiento en unos taburetes que había junto a la barra.

—¿Estabas nerviosa en tu primera misión?

—Imagínate. Veinte años siendo ciega y, de repente, encontrarme ante un grupo de niños que decían ser mágicos.

—Entonces, soy más afortunado. Tú estás conmigo para ayudarme —respondió fijando su mirada en ella.

—Llegado el momento, debes concentrarte y hablarles desde el corazón — apuntó Mariel evitando un acercamiento.

Al cabo de unos minutos, un grupo de chicos entró en la discoteca; sus auras eran rojas y parecían no tener buenas intenciones.

—Llegaron los problemas —advirtió ella.

Se acercaron a la pista de baile y de sus bolsillos sacaron una especie de bolsitas blancas, se las pasaban de unos a otros con disimulo.

Mariel dejó que Arturo tomara el control de la situación para comprobar su reacción. Los chicos seguían pasando bolsitas y Arturo robó una para averiguar su contenido; la abrió y en su interior encontró una pastilla azul. Algunos jóvenes ya la habían ingerido y Arturo observó cómo sus auras se oscurecían.

—Algo va mal —dijo preocupado.

—No es normal que sus auras cambien tan rápido —secundó Mariel alarmada.

Al fondo de la pista de baile apareció el guardián negro, Mariel situó a Arturo detrás de ella porque sabía lo que le ocurriría si se mantenía próximo a él. El guardián avanzó y se situó frente a Mariel.

—Te dije que no me robarías más auras.

—Eso está por verse —le reprendió ella.

—Estos chicos son míos y no puedes hacer nada para salvarlos.

Mariel le ordenó a Arturo usar el poder de las gafas para evitar que se malograrán, pero se oscurecieron hasta el punto de volverse negras y no tuvieron opción. El guardián había conseguido veinte auras sin apenas pestañear y eso les suponía un gran problema.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Arturo asustado.

—Ahora estas auras le obedecen al guardián negro, la pastilla debía de contener algo que los ha hecho vulnerables.

—¿Y no podemos hacer nada por ellos?

—No, una vez que el aura se transforma en negra, está perdida — respondió frustrada—. Ha sido un mal comienzo, veinte auras perdidas el primer día. ¡Qué desastre!

Salieron de la discoteca apesadumbrados y se sentaron en el borde de la acera.

—Tengo una idea. Si atrapamos a los chicos que han repartido las pastillas, tal vez, tengamos una oportunidad de vencerle —sugirió Arturo.

—¿Qué propones?

—Imagino que tendrán algún tipo de almacén donde conservan o fabrican esas pastillas. Seguir su rastro.

—Es arriesgado —advirtió—. Ellos también están bajo las órdenes del guardián negro.

—De todos modos, los chicos se han marchado hace rato de la discoteca. ¿Cómo vamos a dar con ellos?

—¿Aún tienes la pastilla que conseguiste? Cógela y usa el poder de las gafas para localizarlos.

Tras dos minutos intentando encontrar su paradero...

—¡Los encontré! Aunque creo que las gafas me han indicado una panadería.

Mariel tomó la mano de Arturo y desaparecieron de la calle. Al cabo de unos segundos, habían llegado a la panadería, pero no se apreciaba movimiento alguno.

—Será un error —dijo decepcionado.

—Las gafas nunca se equivocan. Si estamos aquí es por alguna razón.

La puerta de la entrada se abrió y entraron cinco hombres; todos sobrepasaban los cuarenta años y eran de complexión gruesa. No daba la impresión de que fuesen problemáticos, pues sus auras eran verdes. Los jóvenes pensaron que se trataba de los panaderos.

Alguien llamó a la puerta varias veces y de manera muy brusca. Uno de los panaderos abrió la puerta y fue empujado por uno de los chicos que repartió pastillas en la discoteca, los demás acudieron para ayudar a su compañero.

—Ya te dije que no me interesaba el negocio —dijo un panadero visiblemente enfadado.

—Y yo te dije que esa era la respuesta equivocada —le contestó uno de los chicos empujándole de nuevo.

—No voy a participar en algo tan sucio —le recriminó el panadero.

—¡No sabes a quién te enfrentas!

En ese momento, apareció el guardián negro para persuadir al panadero.

—¿Qué pintan los chicos y el tema de las pastillas? —preguntó Arturo sin entender nada.

—Creo que el guardián pretende usar el pan como vía de reparto de sus pastillas. En realidad, es brillante.

—¿Cómo dices? —preguntó Arturo alarmado.

—Todos los días tendría cientos de auras negras a su disposición, porque todo el que comiese del pan perdería su aura verde. Además, no tendría que

escabullirse de nosotros porque el trabajo sucio lo harían estos panaderos — explicó Mariel.

—Habría sido un caos si no hubiésemos venido hasta aquí.

Arturo y Mariel salieron de detrás de unas máquinas donde habían permanecido ocultos y se acercaron al grupo. Todos se sorprendieron al verlos, salvo el guardián negro.

—¿Me estáis siguiendo? —preguntó.

—¡No permitiré que condenes a las auras envenenando el pan con tus pastillas!

—¿Pastillas en el pan?, desde luego imaginación no te falta —contestó riendo a carcajadas.

—Entonces, si no estás aquí por eso... —dijo Mariel pensativa—. Un momento, algo no va bien...

—¿Qué ocurre? —preguntó Arturo.

—Creo que nos está entreteniendo por alguna razón.

—Chica lista, pero no llegaréis a tiempo. He mandado a unos visitantes a vuestra cueva y no ha quedado nadie para contarlos.

Arturo y Mariel se marcharon ante el temor de que a sus amigos les hubiese ocurrido algo grave.

## 17 - EMPEZAR DE CERO

La guardiana y Arturo se presentaron en la cueva y todo permanecía en silencio; no había rastro de las auras, tampoco estaba Celia. Buscaron algún tipo de pista, pero fue en vano.

Mariel lloraba y gritaba; Arturo se tiraba del pelo rabioso y daba patadas al aire.

—Celia es demasiado poderosa. Yo la he visto actuar y el guardián retrocede ante su presencia, es prácticamente imposible que la haya derrotado en su territorio —explicaba Mariel—. Nadie puede entrar o salir de la cueva sin que ella lo perciba.

—¿Y si se llevó a los niños antes de que llegaran las auras negras? —respondió Arturo justificando la actitud de la guardiana.

—Quizás, pero el guardián tenía la certeza de que su ataque sorpresa había tenido éxito.

—Aun así, creo que debemos buscarla.

—Si algo he aprendido en este tiempo, es que, si Celia quiere contactar con nosotros, lo hará —recalcó—. Y no suele avisar.

—Bien, ¿qué sugieres que hagamos?

—Continuar con la misión y rezar para que contacte con nosotros lo antes posible —concluyó Mariel, resignándose.

## 18 - LA BÚSQUEDA

Habían transcurrido veinte años en la realidad de los guardianes desde la desaparición de Celia y los niños; Mariel y Arturo continuaban sin tener noticias suyas.

Estaban inmersos en la búsqueda, pero tenían la sospecha de que algo estaba ocurriendo por la escasez de auras rojas. Eran conscientes de que el guardián oscuro las reclutaba para formar un ejército; su única baza para hacerle frente era encontrar a Celia y a los niños.

Arturo y Mariel recorrían a diario lugares recónditos de la ciudad tratando de averiguar si algún niño de la cueva había pasado por allí.

Se desplazaron hasta Ohio, notificaron avisos de posibles terremotos y decidieron intervenir.

—Estoy agotada y no consigo contactar con Celia —se lamentaba Mariel —. Percibo una barrera en la conexión.

—Querrá evitar que las sombras la encuentren.

—Si yo la encuentro, ellas también lo harán.

—Ojalá deje alguna pista que solo nosotros podamos entender.

—Te aseguro que si hubiese sabido todo esto cuando me ofreció las gafas mágicas, no habría aceptado.

—Sé paciente. Estoy seguro de que lo está haciendo por alguna razón — expuso Arturo tranquilizándola.

Pasearon en silencio a la vez que observaban a la gente salir de los supermercados con enormes carros de comida. El gobierno había ordenado que todas las personas que no fuesen a abandonar el país, se refugiasen en los lugares que habían sido habilitados lejos de la zona de peligro. Tres réplicas habían tenido lugar esa semana y se preveía otra de más intensidad en el centro.

Decidieron entrar al supermercado al oír cierto alboroto. Divisaron colas de gente que aguardaban cerca de la caja, se empujaban para pasar primero y el ambiente empezaba a caldearse. La guardiana se acercó a dos mujeres que discutían acerca de quién había llegado primero y creyó ver junto a ellas un niño con aura roja. La joven se aproximó un poco más y lo reconoció, era uno de los niños de la cueva.

—¡Arturo! —gritó Mariel.

El niño logró despistarlos al mezclarse con un grupo de gente que salía del supermercado.

—¿Lo has visto?

—¿El qué? —respondió desconcertado.

—Había un niño con aura roja en el supermercado. ¿Cómo es posible que no lo hayas visto?

—Posiblemente, sea la clase de pista que estábamos esperando.

—¿Crees que es cosa de Celia?

—Si su aura hubiese sido roja por naturaleza propia, yo habría sido el primero en identificarla por medio de las gafas mágicas. Es cosa de guardianes.

—Pero el chico ha huido, si Celia lo ha enviado, ¿por qué huiría y no nos ha llevado hasta ella?

—Estamos cerca —respondió más animado.

Al ocaso, se personaron en la zona que había sido declarada peligrosa oficialmente por el posible terremoto.

—¿Crees que se han refugiado aquí?

—Tiene sentido. Aquí no acudirán las auras negras porque no hay nadie. Tenemos que encontrar un lugar bajo tierra que conduzca a un sótano o algo parecido —contestó Mariel.

—¿Y qué pasa con el terremoto?

—Si el guardián oscuro encuentra a los niños antes que nosotros, el terremoto será el menor de tus problemas. Revisaron algunas de las viviendas y no encontraron nada que indujera a pensar que habían pasado por allí.

—No tenemos tiempo de inspeccionarlas todas —dijo Arturo sintiéndose sobrepasado.

—Dame tu mano, —ordenó Mariel— voy a necesitar el poder de las gafas para sentir su presencia, si es que están aquí.

Se colocaron uno frente al otro cogiéndose de las manos, ella cerró los ojos y advirtió cómo la energía penetraba en su interior. Lentamente, su aura cobró un brillo dorado por la cantidad de poder que acumulaba. Cuando abrió los ojos, vio que Arturo sangraba por la nariz, sus brazos temblaban y se desvaneció.

Mariel había consumido casi toda su energía vital. El joven recuperó la consciencia tras unos minutos y ella se arrodilló para sostener su cabeza.

—¡Lo siento mucho, Arturo!, es la primera vez que lo hago —se lamentó la guardiana.

—Me pondré bien. Intenta concentrarte y busca a Celia.

Siguiendo sus indicaciones, apretó los puños y cerró los ojos.

Transcurridos diez minutos, percibió una débil conexión y averiguó que se encontraba muy cerca. En su visión, aparecían todos los niños, incluso al que reconoció en el supermercado.

—Arturo, están muy cerca, puedo sentirlos. No te muevas de aquí, volveré pronto.

—No te preocupes, márchate —asintió exhausto.

La joven se alejó corriendo mientras Arturo yacía en el suelo recuperándose. Él cerró los ojos y decidió dormir hasta que llegase Mariel, después de todo, no había nadie en aquel lugar y podía estar tranquilo, a pesar de la incertidumbre del terremoto.

Mariel corrió durante varios minutos buscando otra conexión con Celia, pero su rastro se había desvanecido por completo.

—¡Necesito una señal! —gritó desesperada.

Su voz resonó entre aquellos edificios solitarios. Allí estaba ella, en mitad de una calle vacía y poco iluminada. Todos abandonaron sus casas para ponerse a salvo y, ahora, ese lugar parecía no tener dueño.

Se giró y percibió que dos ojos se clavaban en ella, sentía una presencia cercana, pero no podía distinguir si era amigo o enemigo. A medida que se adentraba en la calle, las luces de las farolas se apagaron. Retrocedió para regresar con Arturo, pero notó como una mano pequeña tiraba de su brazo. Se giró y reconoció al niño del supermercado, aunque ya no estaba envuelto en un aura roja. El pequeño la abrazó fuertemente y le indicó que lo siguiera; sin articular palabra, caminaron totalmente a oscuras. El niño se agachó, levantó una especie de rejilla y descendieron por unas escaleras que conducían a unos pasillos subterráneos.

—¿Aquí está Celia? —preguntó confusa.

El niño no pronunció palabra alguna y deambularon media hora a través de un pasadizo sucio, con restos de aguas residuales y un olor casi insoportable. Él se detuvo ante una puerta de hierro maciza y señaló con el dedo hacia ella.

—¿Están ahí dentro?

Siguió sin tener respuesta, de modo que, decidió usar su poder para entrar, ya que no había forma de penetrar desde fuera; el lugar estaba sellado.

La guardiana se concentró y al tocar la puerta se deslizó lentamente. Accedió con sumo cuidado y todo permanecía en silencio. Divisó un prolongado y angosto pasillo con pasadizos a izquierda y derecha; aquella disposición le recordaba a un laberinto.

Mariel volteó hacia atrás y el niño había desaparecido, salió al pasillo y

tampoco estaba. Pensó que era imposible que le hubiese dado tiempo a recorrerlo en unos segundos. La situación era muy extraña y empezaba a angustiarse. Se adentró de nuevo y recorrió los pasillos para buscar a Celia y a los niños. En el primer desvío a la izquierda, no había nadie; ni en el de la derecha. Continuó hasta recorrer diez pasajes, solo encontró habitaciones vacías recubiertas de ladrillos.

—Esto no tiene ningún sentido —se dijo esquivando algunas ratas que correteaban a su alrededor.

Antes de llegar al último desvío a la izquierda, escuchó una voz que sonaba muy frágil.

—¡Estoy aquí!

Mariel la reconoció al instante, era Celia. Se apresuró en revisar la última habitación que quedaba y allí la encontró; tumbada en el suelo y rodeada de un charco de sangre.

Tenía una especie de daga de cristal clavada en el pecho y apenas podía hablar. Estaba sola, no había ningún niño de la cueva a su lado.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Mariel taponando la herida.

—El guardián negro nos encontró y no vino solo —respondió dolorida.

—¿Y los niños?

—Se los llevó —respondió entre lágrimas.

—Saldremos de esta, te lo prometo. Ahora tienes que recuperarte para que podamos luchar.

—Estoy muy débil, no creo que lo consiga.

—Arturo está conmigo, si usamos el poder de las gafas recobrarás tu energía —aseguró la guardiana.

—¿Dónde está Arturo?

—Nos espera arriba.

—Necesito que extraigas la daga, me está debilitando.

Mariel sujetó con las dos manos la daga de cristal y se concentró, al instante, la fundió en polvo verde. Seguidamente, Celia tomó la mano de Mariel y desaparecieron del habitáculo.

## 19 - ¿DÓNDE ESTÁ ARTURO?

Regresaron al lugar en el que, supuestamente, yacía Arturo, pero allí no había nadie. Mariel sostenía del brazo a Celia porque estaba muy débil y apenas podía caminar. La ayudó a sentarse en un banco próximo a la calle donde había dejado a Arturo y lo buscó por los alrededores.

Retornó tras dos horas intensas de búsqueda y se sentó junto a Celia por el cansancio que acumulaba. Aunque en realidad, habían transcurrido tres noches desde su último encuentro con el joven Arturo.

—¿Te aseguraste de que nadie os seguía? —preguntó Celia agotada.

—No percibí ninguna presencia, estoy segura.

—¿No puedes sentirlo?

—No, es extraño. Un guardián siempre encuentra a su aprendiz. ¿Qué está pasando? —preguntó Mariel con un nudo en la garganta.

—Me dijiste que Arturo estaba herido.

—Sí, usé su energía para contactar contigo.

—Si estaba debilitado, seguramente, el guardián lo ha capturado como a los niños —señaló Celia.

—¡Eso es terrible! Si tiene a Arturo se hará con el poder de las gafas mágicas.

—Las sombras no distinguen su poder, puesto que, fueron creadas a base de luz, la luz que rige el bien. Hace tiempo me preguntaste si habría una guerra, la respuesta es que, sin duda alguna.

—Sin nuestros amigos, ¿qué esperanza nos queda?

—Formaremos nuestro ejército y haremos frente a las sombras —respondió Celia más calmada.

El cansancio se apoderó de sus cuerpos y durmieron en uno de los bancos situados en el centro de la calle. De vez en cuando, Mariel abría los ojos para asegurarse de que Celia descansaba. No quedaba rastro de su vestido blanco, lucía grisáceo con descosidos en algunas partes. Celia parecía una chica indefensa, desprotegida sin su máximo poder, pero conservaba la sabiduría propia de un guardián y eso seguía intimidando a Mariel. Ella había sido una guardiana fuerte, se había hecho respetar, siempre con una actitud cercana, pero sin dejarse conocer a fondo. De hecho, Mariel no sabía mucho acerca de ella, solo lo que le había contado en el hospital acerca de su mentor y, lo cierto, es que le molestaba su desconfianza. Mariel observaba a Celia y sonreía levemente al ver que buscaba el calor de su cuerpo, acurrucándose.

Mariel se desveló pensando y recordando momentos de su pasado y presente más cercanos. Cómo había cambiado su vida desde que salió del internado, se reía en silencio al pensar en la forma de explicarle a alguien lo acontecido en estos años. Miraba al cielo en un amago de hallar una respuesta a sus preguntas, pero hasta la luna se había escondido esa noche.

Mariel pensaba en los niños, si estarían bien o necesitaban su ayuda. Ese pensamiento la torturaba y decidió mantener la mente fría para hacer frente a sus enemigos. Abrió los ojos y entre las rendijas de los listones de madera del banco se percató de un destello en el suelo. Lo examinó durante unos segundos y se incorporó bruscamente. Celia se despertó y la miró perpleja, Mariel pasó por encima de ella y se agachó para coger el objeto que le había llamado la atención.

—¡Son las gafas! —festejó emocionada.

—¿En serio? —añadió Celia incorporándose.

—Arturo debió dejarlas aquí.

—Chico listo. Esto cambia mucho las cosas, pero voy a necesitar tu ayuda para poder transferir su energía. No te preocupes, al ser un guardián no te debilitarás.

—En ese caso, podemos empezar ahora mismo, ¿estás lista?

—Vamos a ello —asintió Celia.

Se cogieron de las manos y cerraron los ojos. Mariel se colocó las gafas para canalizar su energía y transferirla a Celia. Ambas se elevaron envueltas en un aura dorada, su energía cobró tal magnitud que podía avistarse el resplandor desde a gran distancia.

Lentamente, Celia recuperó su poder; el brillo de su vestido blanco afloró con más intensidad. Su cabello despeinado volvía a lucir los rizos dorados, tan perfectos que parecían confeccionados a medida.

El traspaso de energía duró unos minutos, después, todo se oscureció.

—Vuelves a ser tú —dijo Mariel sonriendo.

—Eso parece. No lo habría conseguido sin ti.

—He echado de menos tus apariciones misteriosas en estos años.

—Podía sentir cada vez que me reclamabas, pero nos movíamos continuamente. Eran demasiados niños y sabía que tarde o temprano el guardián negro nos encontraría.

—Juntas habríamos conseguido ocultar a los niños.

—Contigo y Arturo lejos teníamos una oportunidad —explicó Celia—. Si el guardián nos hubiese encontrado a todos, el desenlace habría sido muy

distinto. Ahora, tú y yo somos mucho más fuertes, ¿puedes sentirlo?

—Sí, me siento capaz de cualquier cosa.

—Quiero hacerte unos arreglos —sugirió oteando la vestimenta de Mariel.

Celia agitó su mano y convirtió los pantalones *beige* desgastados, su blusa fucsia, el abrigo rojo y la bufanda blanca que aún vestía desde la noche que salió del internado, en un hermoso vestido plateado. Cubría sus pies y arrastraba medio metro de cola; sus mangas no eran ampulosas como las de Celia, acababan en un bordado brillante en forma de pico que desembocaba en los dedos de las manos. Tenía pedrería por todas partes y brillaba casi aún más que el de Celia. Su escote apenas era pronunciado; era entallado, pero podía moverse con soltura. Su pelo lucía rizado e imitaba los tirabuzones perfectos de Celia, el tono pelirrojo se mantenía intacto. Levantó el vestido y apreció sus zapatos plateados.

—Pareces una diosa —dijo Celia alabando su nuevo aspecto.

—Pero, ¿qué has hecho? —preguntó Mariel admirando su nuevo vestido.

—No puedes pasearte en pantalones por ahí, un guardián debe vestir como tal. Lástima que Arturo no esté aquí para verte.

—¡Qué graciosa!, pero te aseguro que estás equivocada. Hemos compartido tiempo juntos y ni siquiera mencionó el tema.

—Acabaréis juntos, ya lo verás. Y si no se decide os puedo dar un empujón.

—¡Ni se te ocurra! —dijo a la defensiva— No uses tu poder en nuestra relación.

—¿Ves?, hasta tú lo empiezas a llamar relación.

Hablaban en la misma calle cuando empezó a amanecer. Parecían sacadas de un catálogo de vestidos de gala, pero aquellos trajes significaban mucho más. Destilaban poder, un poder sobrenatural que regía el equilibrio de la vida humana y que peligraba al ser acechado por innumerables auras negras.

Caminaron por la zona declarada peligrosa, a la vez que la cola de sus vestidos desprendían un polvo verde.

—¿Ya no hay riesgo de terremoto? —preguntó Mariel.

—Siempre lo hay. El guardián negro puede desatar cualquier desastre natural.

Decidieron salir de ese lugar fantasmal y, tras cogerse de la mano, aparecieron en el patio de un colegio, en Ohio.

## 20 - EJÉRCITO DE AURAS

Era la hora del recreo cuando Celia y Mariel aparecieron en el patio de un colegio de primaria. Los niños jugaban alrededor de las guardianas, pero no podían verlas. Todos corrían entusiasmados detrás del balón.

—¿Vamos a reclutarlos? —preguntó Mariel.

—Las auras de los niños son las más poderosas, mira la intensidad del verde.

—Pero el guardián negro ya descubrió la cueva, ahí no estarán a salvo.

—Sellaremos la cueva de nuevo. Es nuestro hogar y tenemos que luchar por conservarlo. Ahora, toma mi mano y concéntrate para que el poder de las gafas envíe a estos niños a la cueva.

Las guardianas se tomaron de las manos y mientras los niños continuaban jugando, ajenos a lo que ocurría, una especie de polvo verde se levantó del suelo acompañado de un fuerte viento. Una vez en la cueva, los niños se extrañaron al observar el árbol gigantesco y las luces, porque aún no era época de Navidad, aunque les pareció divertido y corrían de un lado a otro tocándolo todo.

—Sus familiares enloquecerán al no localizarlos —advirtió Mariel.

—Borraremos sus recuerdos para que nadie sufra y, cuando todo termine, regresarán a su hogar. Por cierto, tengo otra sorpresa para ti.

La guardiana agitó su mano y apareció un sillón plateado junto al suyo; Mariel le hizo un gesto de agradecimiento y se sentó a su lado.

Celia llamó la atención de los niños, que rápidamente se colocaron en fila para escucharla.

—¿Quién tiene hambre? —preguntó sonriente.

Todos levantaron la mano y gritaban asintiendo. Ella agitó su brazo y apareció la gigantesca espiral de comida que ascendía y descendía con bandejas. Los niños devoraron los sándwiches, refrescos, pasteles de chocolate y nata, batidos de coco, torres construidas a base de cientos de golosinas de colores, y un sinfín de dulces.

Celia se levantó de su sillón rojo y le indicó a Mariel que la acompañara.

—Es la hora, tenemos que sellar la cueva.

Mariel la acompañó hasta el centro, muy cerca de donde los niños comían de la espiral.

—Necesitaremos mucho poder. Concéntrate y usa la energía de las gafas mágicas —le ordenó Celia.

Las gafas eran invisibles hasta el momento en que debían ser usadas.

Antes de que Mariel se convirtiese en guardiana, eran de pasta blanca para pasar inadvertidas, pero ante la ausencia de Arturo, tenía la obligación de utilizarlas en ocasiones en las que se requería un inmenso poder; luciendo su brillo dorado particular.

Mariel tomó las manos de Celia, las gafas aparecieron en su rostro y cerró los ojos. Celia apreció que brillaban y percibió que la energía las envolvía a ambas. Flotaron lentamente en una nube recubierta de polvo dorado; sus pies se separaron del suelo y se elevaron hasta el techo. Soltaron sus manos y crearon una barrera invisible que los protegería de las sombras. El muro crecía desde el suelo cubriendo todas las paredes, incluyendo el propio techo. El proceso duró unos minutos, hasta que la barrera se unió en todos sus vértices completamente.

—Es infranqueable —presumió Celia.

—Menos mal que no tengo vértigo, menudas vistas desde aquí arriba —dijo contemplando a los niños desde la parte más alta de la cueva—. Tenemos que reclutar más auras.

—Podemos marcharnos ahora, la cueva está protegida y no creo que los niños nos echen de menos —sugirió Celia admirando la barrera de protección.

Mariel asintió y, tras cogerse de la mano, se marcharon. Los niños devoraban golosinas arrastradas por la espiral.

Aparecieron en una calle muy concurrida, en la que escucharon gritos de gente pidiendo auxilio. Avanzaron hacia el restaurante del que provenía el alboroto. A través de los ventanales, distinguieron a familias que almorzaban a esa hora. Se adentraron en el restaurante y, al fondo del pasillo, descubrieron a un joven con una pistola. Mariel se descompuso al identificar al chico y retrocedió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Celia extrañada.

—Yo lo conozco. Es Ian, el chico al que salvé de un grupo de pequeños matones hace unos años.

—Ya recuerdo, con el que estuviste encerrada en el maletero.

—¿Qué le habrá ocurrido? Yo salvé su aura aquella noche.

—Con el poder del guardián negro incrementándose, todas las auras están en peligro —indicó Celia.

Ian amenazaba a la gente con disparar si alguien se movía o gritaba.

Mariel se acercó con cautela para evitar que hiciese alguna tontería. Su

aura era de color azul, por lo que, debía ser muy cuidadosa. El joven la reconoció inmediatamente.

—Hola, Ian, no sé por qué haces esto, pero déjame ayudarte.

—Te recuerdo. Tú me salvaste hace varios años, pero no has cambiado nada.

—Es una historia muy larga, pero puedo contártela si bajas el arma.

—No puedo. ¡Tú no lo entiendes!

—¿Por qué no me cuentas?

—Él la matará si no cumplo sus órdenes —respondió sudoroso.

Celia divisaba la escena desde la entrada del restaurante y decidió acercarse para ayudar a Mariel.

—Dime Ian, ¿a quién matará? —insistió Mariel.

—A Irene, mi novia. Ayer, durante un paseo, se apareció una sombra negra frente a nosotros. Envolvió a Irene con una especie de cuerda negra vaporosa alrededor del cuello y amenazó con estrangularla si no cumplía sus órdenes.

—Lo siento —respondió Mariel—, pero si matas a esta gente, ¿de verdad piensas que te la va a devolver?

—¡Hicimos un trato!

—¡Escúchame! Si matas a alguna de estas personas, tu aura se corromperá y le pertenecerás para siempre. No podré salvarte y a Irene tampoco.

—No sé de qué me hablas, solo quiero recuperar a mi novia —dijo apuntando con la pistola a Mariel.

Celia se interpuso y levantó su mano dejando paralizado a Ian.

—No era necesario —le reprobó Mariel.

—Mira las auras de esta gente, se están transformando en naranjas, tenemos que sacarlos de aquí.

—¿Pretendes que los llevemos a la cueva?

—¿Sugieres algo mejor? —preguntó Celia enfadada.

—Lo siento, solamente quería que entrara en razón.

—El guardián negro nos está retando, que eligiese a Ian no es una casualidad. Sabe que salvaste su aura hace años y, ahora, intenta deshacerlo.

Las guardianas calmaron a las personas que se encontraban en el restaurante, pero dejaron a Ian paralizado. Mariel y Celia se tomaron de la mano, y usando el poder de las gafas mágicas, fueron enviados a la cueva envueltos en la nube de polvo y viendo dorado.

Al llegar, todos quedaron impresionados al divisar el lugar y a los niños que jugaban correteando alrededor de la espiral de comida. Ian volvió en sí y

se alejó corriendo en busca de una salida.

Mariel lo miraba y visualizaba al chico que había salvado en el parque. Ahora, era un hombre fuerte, alto, de cabello oscuro y largo. Tendría unos veintiocho años si ajustaba la velocidad de esta realidad con la humana.

Ian recorría la cueva sorprendido por su grandeza y, al igual que los niños, le llamaba la atención la decoración navideña.

Las familias que habían llegado recientemente se acercaron a la espiral tras la insistencia de sus hijos pequeños al ser atraídos por las enormes bandejas de dulces y golosinas. Nadie parecía disgustado con el hecho de estar allí. Celia contó ochenta y cinco personas en total.

Ian mantenía la mirada fija en la estrella del árbol que sobresalía en el extremo superior. Mariel se acercó y juntos admiraron la decoración de bolas rojas y doradas que colgaban de sus majestuosas ramas.

—Nunca tuve la oportunidad de agradecerte lo que hiciste por mí —dijo Ian mirando la estrella.

—Era mi deber.

—¿Eres una especie de heroína o algo parecido?

—Algo así —admitió de forma cómplice.

—¿Por qué Irene y no yo?

—Porque deseaba tu aura —le aclaró ella.

—Te escucho hablar de las auras, pero no entiendo a qué te refieres.

—Te diré que existe un ser realmente malvado que intenta atrapar a las auras de la gente buena para alzarse con el poder y gobernar el mundo a su antojo.

—¿En serio? Y, ¿qué tiene de especial mi aura?

—Te salvé de un grupo de chicos que te golpeaban, sus auras eran rojas, excepto la tuya. El guardián negro intentará someterte para que te unas a él y cometas actos terribles. Por eso estás aquí, te mantendremos a salvo.

—¿Cuánto tiempo permaneceremos encerrados?

—Hasta que la guerra termine.

—Y, ¿qué sucederá con Irene? —preguntó alarmado.

—No sabemos si su aura aún permanece intacta. El guardián sabrá a estas alturas que no has cumplido con lo que te pidió, nada le obliga a mantener a Irene con vida.

Ian se alejó exaltado y paseó alrededor de la cueva. Celia se aproximó a Mariel.

—Dale tiempo, es demasiada información.

—Irene, ¿es un caso perdido? —preguntó Mariel.

—No lo sé, pero tampoco sabemos cómo llegar hasta las auras negras. Espero que lo podamos averiguar pronto.

—Ellos también deben mantener su propio refugio —señaló Mariel.

De pronto, tuvo una idea que, posiblemente, inclinaría el curso de la guerra muy a su favor. Miró a Celia y, sin necesidad de pronunciar su nombre, la siguió hasta su sillón.

—Estamos reclutando auras para canalizar su poder a través de las gafas mágicas y ser más fuertes, ¿cierto?

—Cierto —secundó Celia.

—Bien, he pensado que en lugar de canalizar su poder, ¿por qué no canalizamos el nuestro? Meditando junto a la estrella del árbol, he comprendido que esta batalla es de todos, y qué mejor forma de luchar que haciéndolo juntos. Estoy sugiriendo si cabría la posibilidad de que las auras que reclutemos tengan poder para combatir. El guardián negro no se esperaría un ejército de auras verdes con poderes, nos estará esperando solo a nosotras, y puede que ya tenga alguna artimaña para detenernos.

—Quizás funcione, pero tenemos mucho trabajo por hacer.

—Por fortuna, las auras de las familias ya no lucen naranjas, son verdes —dijo Mariel.

—Fueron naranjas tras la amenaza, pero su esencia era verde. En esos casos, no hay peligro de transformación. Sin embargo, si el miedo perdura durante mucho tiempo, puede haber cambios —advirtió Celia.

—Entonces, ¿los niños y Arturo?

—Son fuertes, estoy segura de que no se dejarán manipular por el guardián negro.

—¿Y si les pide algo a lo que no puedan negarse?

—Por cada aura que reclutemos, piensa que estamos un poco más cerca, así será menos doloroso.

Eran conscientes de que a partir de ahora comenzaba la verdadera lucha por las auras y, probablemente, muchas de ellas no sobrevivirían a la batalla final, pero tenían más posibilidades de vencer si lo hacían todos juntos.

Las familias, Ian y los niños, hablaban entre ellos, comían de la espiral e inspeccionaban cada rincón de la cueva. Él no tenía intención de quedarse y pensaba que si las ayudaba conseguiría información sobre el paradero de Irene. El joven se alejó del grupo y se dirigió hasta ellas para hacerles una petición.

—Llévame con vosotras, por favor. Es la única forma de obtener noticias de Irene —les suplicó.

—¿Estás loco? Has fallado al guardián oscuro, si te encuentra, no será benevolente contigo —le advirtió Celia.

—¡Irene es todo lo que tengo!

Mariel arrastró del brazo a Celia para hablar a solas sobre la petición de Ian.

—No va a desistir. Pongamos en práctica lo que hemos hablado antes.

—¿Quieres transferirle poderes?, ¡es inestable! —dijo Celia alterada.

—Si le ayudamos, él nos ayudará.

—Es arriesgado, pero por alguien hay que empezar —reconoció Celia.

—Hemos aceptado tu propuesta —dijo Mariel llamando la atención del joven.

—Vamos a transferirte poderes para que formes parte del ejército que estamos reclutando.

—Lo que sea con tal de encontrar a Irene.

—Me parece que no lo has entendido. Si perdemos la batalla contra las sombras, no habrá ninguna Irene a la que buscar, ni quedará rastro de vida humana. Somos tu única esperanza. Todo desaparecerá bajo un universo repleto de sombras, condenadas a vagar sin rumbo por el resto de su existencia. No habrá cines a los que ir un domingo, ni parques inundados de risas de niños, ni habrá un nuevo amanecer... —le explicó Celia más serena.

—¿Todo va a desaparecer? —preguntó asustado.

—Salvo la oscuridad y el silencio —apuntó Mariel.

Los tres se tomaron de las manos y cerraron los ojos. Las gafas aparecieron en el rostro de Mariel y desprendieron un polvo dorado muy intenso envolviendo el cuerpo de Ian. Al cabo de dos minutos, Mariel cayó en trance tras tener una serie de visiones. Su espíritu abandonó el cuerpo y flotó lentamente, ascendiendo mientras vislumbraba a los de-más, ajenos a lo que le estaba sucediendo.

Su espíritu se elevaba por encima de la ciudad como si una fuerza inevitable ansiara su presencia. Volaba tan rápido que atravesó mares, desiertos, campos de trigo, islas y ciudades enteras en un abrir y cerrar de ojos.

Aterrizó en un campo rodeado de amapolas, se incorporó despacio y aguardó sentada unos segundos analizando el entorno, pero no halló más que

una extensa llanura repleta de amapolas. Se puso en pie y caminó con la esperanza de hallar una salida, aunque lo hizo durante horas sin éxito. Agotada, se arrodilló en mitad de aquella llanura y gritó el nombre de Celia, pero nadie contestó. Instantes después, levantó la mirada y observó que una mujer se acercaba con paso ligero, era una anciana. Vestía una túnica violeta que le cubría completamente el cuerpo y la cabeza, apenas dejaba ver su rostro. Se acercó hasta Mariel y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Se fijó en sus pies y se sorprendió al ver que caminaba descalza, aunque le llamó la atención una pequeña pulsera de piedras de colores que colgaba alrededor de su tobillo derecho.

Mariel se incorporó y miró a la anciana de frente, ella le sonreía de un modo cariñoso.

—Soy Otilia, ven conmigo —dijo tendiéndole la mano.

Después, se giró y pronunció unas palabras:

—*Ut aperiens terra sub pedibus nostris.*

El suelo empezó a temblar y emergió un remolino que las transportó a una habitación sombría. Pequeñas calaveras y pieles de animales decoraban las paredes; grandes colmillos colgaban del techo y, en una esquina, destacaba una mesa redonda cubierta por un mantel negro, sobre el que posaba una bola de cristal y una baraja de cartas.

Mariel pensó que era una vidente o una especie de bruja muy poderosa para haberla arrastrado hasta allí. Otilia le indicó que se sentase en una silla de madera pequeña que había junto a la mesa.

La guardiana se sentía atraída por una lámpara de cristal en forma de cilindro, alargada; era como si burbujas flotantes de distintos colores cobrasen vida propia y fluctuasen entre sí, intercambiando colores y posiciones.

Otilia se sentó frente a ella y llamó su atención.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó intranquila.

—Es tu espíritu el que ha acudido a mi llamada —murmuró Otilia en tono conciliador.

—¿Y por qué me has llamado?

—Clamé y supliqué al cielo para que alguien viniese en nuestra ayuda.

—Entonces, ¿esperabas a otra persona?

—Esperaba a alguien lo bastante poderoso como para vencer al guardián negro. Si estás aquí, tú debes de ser ese guerrero.

—¿Conoces al guardián negro?

—Antaño miles de personas convivían en armonía en este lugar. Era una ciudad tranquila y humilde, dedicada en su mayoría al ganado y a los cultivos. Los habitantes vivían felices en sus hogares, sin presagiar el mal que se avecinaba. Unas sombras acechaban y consiguieron enfrentar a los hombres. Lucharon entre ellos hasta la muerte; quemaron casas y, los niños... Los niños fueron secuestrados por las sombras y jamás se supo de ellos.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó horrorizada.

—Porque yo sobreviví. Cada amapola representa un alma perdida, y decidí acabar con la oscuridad de este lugar por medio del color de la naturaleza.

—¡Qué tragedia! —se lamentó Mariel

—Ahora está volviendo a suceder. La oscuridad antes acechaba a ciudades, pero ahora quiere hacerse con el control del universo y sumirnos a todos en las tinieblas.

—Lo sé, estamos luchando para que no lo consigan. Pero no sé si nuestras fuerzas serán suficientes para frenar al guardián negro.

—¿Ves ese cilindro de cristal? —dijo Otilia señalándolo— Representa a las auras: las burbujas rojas aumentan sin cesar; las verdes disminuyen por minutos; las blancas se están apagando. Por eso pedí ayuda.

—Hacemos lo que podemos, pero secuestraron a los niños de la cueva y a mi aprendiz, que eran vitales para la batalla.

—No todo está perdido. Jugamos una carta que ni el mismo guardián negro adivinaría —aseveró Otilia sonriendo.

—¿Hay alguien que puede ayudarnos?

—Sí, es alguien que lleva sumido en un sueño profundo mucho tiempo.

—Dime quién es y yo misma iré a buscarlo —dijo Mariel esperanzada.

—La magia reside en un objeto que perteneció a uno de los guardianes, Gabriel —admitió entristecida.

—¿Dónde puedo encontrar ese objeto?

—Está oculto en algún lugar que desconozco, por eso estás aquí.

—Si damos con él, ¿venceremos?

—Sí, pero debes saber que nuestro enemigo retará a un guardián de las auras; le gusta acrecentar su ego y disfrutar de la destrucción que conlleva su victoria.

Mariel permaneció en silencio tratando de asimilar toda la información, mientras, Otilia se levantó y caminó hasta una despensa. Conservaba pequeños tarros de cerámica en los que almacenaba especias.

Otilia escogió un tarro del tamaño de una caja de cerillas; salió de la despensa y se sentó en la mesa junto a Mariel. Agitó su mano y apareció un vaso de cerámica macizo, plateado, sin asas a los lados. Tenía grabado un dibujo que representaba la escena de la lucha entre un guardián negro y un guardián de las auras. Mariel examinó la escena para descubrir alguna pista que le fuese útil. En el dibujo del vaso se apreciaba a los guardianes empuñando un bastón y se apuntaban el uno al otro. La escena estaba representada en blanco y negro. Se quedó ensimismada contemplando el dibujo y palideció al ver que cobraba vida. Los guardianes luchaban, parecían dos títeres representando una escena en un espacio teatral. Agitaban los bastones para bloquear a su oponente. Analizó con detenimiento sus contornos; eran alargados, pero en la parte superior, el bastón del guardián de las auras conservaba unos salientes en forma ondulada. Cada saliente tenía dos ondas que partían del extremo superior y alcanzaban la mitad del bastón.

—¿Lo has visto? —le preguntó Otilia.

—Sí, ha sido asombroso. Nunca había oído hablar de un bastón, incluso Celia ha omitido ese detalle.

—Ella lo ignora. Nadie ha sido testigo de la batalla entre un guardián negro y un guardián de las auras.

—¿La clave es el bastón?

—Es un arma tan poderosa que puede anular a tu contrincante.

—¡Tengo que encontrarlo inmediatamente!

—Ahí reside el problema, querida. El bastón pertenecía a Gabriel, pero cuando él murió, el guardián negro se lo arrebató y lo escondió en algún lugar que solo él conoce. Invoqué tu espíritu para que investigues en el refugio de las sombras.

—¡No pienso ir sola!

—Las auras negras no te verán, pasarás inadvertida ante su presencia. La especia que he cogido repele a las sombras. Una vez que te tomes el brebaje, te enviaré hasta la entrada de su refugio y podrás buscar el bastón.

—¿Por qué yo y no Celia?

—Es el bastón de su mentor y, seguramente, habría sido influenciado. No podía correr riesgos.

—No sé si lo conseguiré —admitió temblorosa.

—¡Estoy segura! Además, podrás averiguar si tus amigos se encuentran bien.

A Mariel se le iluminó el rostro cuando Otilia le mencionó la idea de

volver a ver a sus amigos, estaba ansiosa por reunirse con Arturo y los niños. Recordó que, Irene, la novia de Ian, también seguiría en el refugio de las sombras.

—Lo haré. Conozco los riesgos y a mi rival, pero si algo sale mal, quiero que evites que Celia se enfrente al guardián negro para salvarme.

—No lo haré, te lo prometo. Si estás lista, vamos a empezar —anunció Otilia.

## 21 - EL REFUGIO DE LAS AURAS NEGRAS

Otilia vertió en el vaso de cerámica la especia y un poco de agua caliente; removi6 con una cuchara y le entreg6 el vaso a Mariel.

Ella lo cogi6 con ambas manos, como si se tratara de un veneno que le guiaba a una muerte segura. Levant6 el vaso y bebi6 todo su contenido. Poco despu6s, el esp6ritu de la guardiana se esfum6.

Mariel apareci6 en un camino l6brego, en mitad de la nada. Las 6nicas luces que avistaba, provenían de unas antorchas que formaban una hilera bordeando un camino pr6ximo a ella. El camino era ascendente, simulando una escalera en espiral gigante, en el que el final de la misma, escapaba a su visi6n. Lleg6 hasta la escalera y comenz6 a subir; girando y girando, una y otra vez. Los escalones parecían surgir de la nada, aquello le daba una muestra de lo agradables que debían de ser sus anfitriones. Tenía la sensaci6n de que el tiempo all6 estaba congelado; no salía el sol, siempre estaba oscuro. Pens6 que si aquella oscuridad se extendía, sería terrible.

Perdi6 la noci6n del tiempo, quiz6s habían transcurrido algunos días, pero si el tiempo se detenía en la oscuridad, no habría días que contar. Notaba la tristeza invadir su ser, sus pasos se ralentizaban y su afán por llegar a lo m6s alto comenzaba a menguar. Se preguntaba qu6 podría hacer ella ante un mal tan poderoso, tan solo era una joven sin familia que había crecido en un internado, rodeada de ni6os ricos que ahora mismo estarían disfrutando de la plenitud de sus vidas. Ella que siempre había sido marginada, ahora, tenía que luchar contra el mal absoluto para proteger a esa gente que la había ignorado siempre.

—¿Por qu6?, ¿por qu6 voy a luchar por ellos? ¡No se lo merecen, no voy a arriesgar mi vida por esa gente!

Mariel retrocedi6 dos escalones y seguía pensando en las personas que le habían dado la espalda. Se sent6 en la escalera sin intenci6n de volver a subir, cuando una bola de luz diminuta se aproxim6 flotando hacia ella; se situ6 cerca de su rostro y Mariel sinti6 consuelo al percibir su calidez.

—¿Por qu6 estás triste? —dijo la bola de luz.

—No quiero seguir con esto —respondi6 derrotada.

—Tus amigos te esperan, necesitan tu ayuda —le record6 la bola de luz.

—No puedo hacer nada —respondi6 llorando.

—No permitas que la oscuridad penetre en tu coraz6n. Tienes que ser m6s

fuerte que ella.

—No puedo vencerla, noto que me consume.

—Espera, te mostraré a tus amigos y recordarás por qué luchas.

La bola de luz emitía una voz de niña envuelta en un eco profundo, su tono era suave y agradable. Era una luz muy intensa, emitía destellos dorados y flotaba junto a Mariel. Se transformó en una pequeña pantalla transparente, en la que la joven divisó a gente encadenada y, entre ellos, reconoció a los niños. Mariel rompió a llorar al pensar que Arturo podría estar muerto y que jamás volvería a verlo, pero la pantalla mostró otra escena en la que identificó un sótano con una serie de cárceles y mazmorras. Vio que alguien yacía en el suelo detrás de unos barrotes, pero no se movía. La pantalla desapareció y la bola de luz se hizo de nuevo presente junto a Mariel.

—¿Quién eres y por qué intentas ayudarme?

—Soy el único rastro de luz que queda en este lugar. He venido hasta ti porque eres nuestra última esperanza y no debes sucumbir a la oscuridad.

—¡No lo haré! —le prometió furiosa— Llegaré hasta el último escalón, recuperaré ese bastón y salvaré a mis amigos.

Se levantó y comenzó a subir los escalones de tres en tres,

tan rápido que parecía volar. La bola de luz la acompañó hasta que ascendió al punto más alto. Una trampilla se abrió bajo sus pies, descendió unos escalones y, al término de un pasadizo oscuro, se topó con una puerta que se abrió automáticamente. Penetró en su interior y se cerró, iniciando la cabina un descenso vertiginoso.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió y Mariel salió. El escenario era desolador, todo se mantenía iluminado a base de antorchas y predominaba un silencio absoluto. Cogió una antorcha para alumbrar su paso por aquel siniestro lugar. Había numerosas celdas con barrotes, sin el mínimo rastro de vida humana. Salía de un pasillo y se adentraba en otro, parecía estar dando vueltas en un laberinto sin salida.

—Esto no tiene ningún sentido —se decía Mariel—. La bola de luz mostró que mis amigos continuaban aquí.

Hasta el fuego de la antorcha deseaba apagarse y unirse a la oscuridad. Percibió que algo se acercaba, volteó y la bola de luz se situó frente a ella.

—¡Pon tu mano sobre mí y te llevaré hasta tus amigos!

Mariel dejó caer la antorcha y colocó su mano sobre el cálido resplandor que desprendía. La envió a una cueva dantesca e infernal. La llama de las antorchas era la única luz que alumbraba a las auras retenidas, incluyendo a

sus amigos. Un angosto pasillo conectaba la zona en la que moraba el guardián negro con la parte de la cueva en la que resistían las auras. En esa zona, destacaba un suelo frío y húmedo sobre el que todos aguardaban sentados, atemorizados y visiblemente agotados.

Mariel recordó que Otilia le había comentado que era invisible ante las auras negras, lo cual, le ofrecía una gran ventaja para comunicarse con sus amigos.

Se adentró en el grupo de las auras verdes y los buscó, pero se llevaba el dedo a la boca pidiendo silencio para que nadie la llamase ante la presencia de las sombras.

Les apretaba la mano suavemente para que sintieran su energía y no perdieran la fe. Escuchó que alguien del fondo siseaba. Le parecía un sonido familiar, lo escuchó el mismo día que llegó a la cueva cuando era ciega. Mariel se detuvo en seco y una sonrisa se dibujó en su rostro, sabía que se trataba de Arturo. Se apresuró recorriendo las últimas filas y, allí estaban; Arturo y todos los niños de la cueva.

La guardiana se acercó con sigilo, ya que las auras negras vigilaban la zona. Mariel hizo un gesto a Arturo para que no se levantase. Se aproximó con la intención de darle un beso, pero se percató de que los niños observaban muy atentos y retrocedió.

Su aspecto era muy diferente desde la última vez que los había visto; estaban sucios y con las ropas rasgadas. Arturo tenía el pecho descubierto por las roturas de su camiseta.

Mariel se acercó y le habló entre susurros:

—¡No sabes cuánto me alegro de que estéis bien!

—Más me alegro yo de volver a verte. Por cierto, ¿a qué se debe el cambio? —indicó Arturo admirando su nueva apariencia— Estás muy hermosa. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Es una historia demasiado larga y no tengo mucho tiempo —dijo recordando las palabras de Otilia—. Tengo que encontrar un bastón muy poderoso, ¿sabes algo?

—Nos ha tenido encerrados en las mazmorras hasta hoy. No hemos visto ni escuchado nada.

—Necesito dar con el si queremos ganar la guerra.

—Siento no poder ayudarte.

—¡Os sacaré de aquí, te lo prometo!, pero me temo que hoy no va a poder ser, no tengo mi poder. Solo estoy presente en espíritu, mi cuerpo permanece

en la cueva.

—Haz lo que tengas que hacer, esperaremos.

Mariel se acercó a los niños, los saludó y les susurró que muy pronto saldrían de allí.

Un golpe de bastón la sobresaltó, haciendo que se girara de inmediato. El guardián oscuro se había levantado de su tétrico sillón y portaba en la mano el bastón que Mariel había analizado en la escena del vaso de Otilia.

El guardián recorrió el pasillo que lo separaba de las auras.

Justo a la mitad, se detuvo y volvió a golpear su bastón. El sonido era ensordecedor, vibraba como si de un pequeño terremoto se tratara.

—Se ha acabado vuestro tiempo y mi paciencia —amenazó el guardián—. Es hora de que os unáis a mí.

—Nadie más va a sucumbir a tu oscuridad, ¡maldito! —le reprendió Arturo poniéndose en pie.

—¿Cómo osas dirigirte a mí?

—No acabarás con el equilibrio —aseguró Arturo.

—¿Quién lo va a impedir? ¿Tú, o tu adorada Mariel?

La guardiana se estremeció al escuchar su nombre.

—¿De verdad creías que me ibas a engañar?

Agitó su bastón y Mariel se hizo presente en la cueva, ya no era invisible ante las auras negras.

—¡Oh, no!, ¿qué ocurre? —se dijo temblorosa.

—¡Otilia es una vieja amiga! —le aclaró el guardián.

—¿Cómo es posible? Ella estaba dispuesta a ayudarme.

—Y lo hizo, tú querías encontrar a tus amigos y ella te trajo hasta aquí ¡Y hasta mí!

Otilia apareció en la cueva y se situó junto al guardián. Ya no vestía la túnica de color violeta, ahora, era totalmente negra, y su mirada de anciana desvalida destilaba pura maldad.

—¿Cómo has podido traicionarme? —le recriminó.

—No podéis ganar esta batalla —dijo sonriendo.

—¡Él mató a tu mentor!

—¡Ya basta! —gritó el guardián— No pude acceder a la cueva por la barrera de protección que Celia y tú habíais levantado. Otilia solo me hizo el favor.

—¿Estás oyendo?, ¡eres un peón! —gritó Mariel.

Otilia agitó su brazo y Mariel se estrelló en la pared. Arturo se abalanzó

sobre ella para protegerla.

—Cuida esa lengua. Recuerda que no puedes usar tus poderes —le recordó Otilia.

—Hemos fracasado, todo desaparecerá por mi culpa—se lamentaba Mariel.

—Has luchado valientemente, has arriesgado tu vida—decía Arturo limpiando la sangre de su frente.

—Nunca saldremos de aquí. Mira las caras de esa pobre gente, ya no queda nadie que pueda ayudarnos.

El guardián retornó a su sillón de hielo; Otilia se mantuvo fría junto a él.

Tres auras negras condujeron a Arturo y a Mariel a través del pasillo. Él caminaba primero, y ella miraba hacia abajo por temor a ser arrojados al vacío.

—Puede que acabes con nosotros, pero habrá nuevos guardianes de las auras y tu oscuridad se extinguirá —dijo Mariel haciendo alarde de su valentía.

Uno de los niños de la cueva fue arrastrado por las sombras hasta el pasillo estrecho.

—Ya no deseo que te unas a mí, pero pasaréis la eternidad en la soledad de mis mazmorras. Solo quiero que os arrodilléis, o podemos divertirnos arrojando a los niños por el precipicio.

—¡No! —suplicó Mariel— ¡Lo haremos!

—Veo que nos entendemos.

Mariel y Arturo se miraron siendo conscientes de que para ellos no habría un futuro.

Se disponían a arrodillarse cuando la bola de luz emergió inesperadamente justo delante de Mariel.

—Cógeme en tus manos y ciérralas —le dijo.

Antes de que el guardián reaccionase, atrapó la bola de luz. Un resplandor traspasó sus manos y, segundos después, se transformó en el bastón plateado de Gabriel.

Ella no lo podía creer, la leyenda era cierta. El guardián negro se levantó de su sillón y se aproximó amenazante, pero ella le apuntó con el bastón plateado y le hizo retroceder.

Arturo y Mariel recorrieron el pasillo con la intención de rescatar a las auras; las sombras huyeron despavoridas.

—¡Maldición! —gritó el guardián negro fuera de sí— El bastón

desapareció hace cientos de años.

—Nuestra fe lo ha hecho retornar. Si quieres ganar la batalla, tú también la vas a necesitar. ¡Es hora de volver a casa! —indicó Mariel golpeando el bastón contra el suelo.

Un remolino de viento y luz plateada los envolvió, cegando por completo a las auras negras.

## 22 - DE VUELTA A CASA

Mariel yacía desmayada en el suelo, entretanto, Celia e Ian trataban de reanimarla. En su mano derecha apareció el bastón plateado y una inmensa bola de luz irrumpió en la cueva; con Arturo, los niños y todas las auras verdes que habían rescatado.

Mariel comenzó a recobrar el sentido y logró incorporarse con la ayuda de Celia.

—Supongo que me debes una explicación —manifestó perpleja.

Los niños de la cueva que habían sido rescatados, corrieron a abrazar a Celia. Todos gritaban de alegría y se abrazaban por estar de vuelta.

Arturo se acercó a Mariel y la prendió de la cintura, apartó los rizos de su rostro y la besó; era el primer beso para ambos. La estrechó entre sus brazos y continuó besándola durante unos minutos. Después, olió su pelo y la besó en la frente.

—Cada día que pasé encerrado en esa mazmorra no dejé de pensar en ti.

—Hubo un momento en el que te creí muerto... —le confesó conteniendo las lágrimas.

Celia se aproximó sonriente al ver que estaban juntos.

—¡Ya era hora, parejita!

—Ha sido dura de pelar —bromeó él.

—Me alegro de que hayáis vuelto. Cuando descanséis hablaremos de lo ocurrido —ordenó Celia.

Arturo se alejó para asearse y Mariel indicó a Celia que la siguiera. Se sentaron y contemplaron la cantidad de auras que ahora habitaban en la cueva. Mariel sostenía el bastón plateado en su mano derecha.

—Veo que conseguiste el bastón de Gabriel.

—Se me apareció en el último momento. Esa malvada mujer, Otilia, me engañó.

—¿Estuviste con Otilia? —preguntó Celia exaltada.

—¿La conoces?

—Por su culpa murieron los guardianes y casi se rompe el equilibrio.

—Creía que era una aliada. ¿Cómo no me di cuenta?

—Su maldad se ha incrementado. Por mucho que se esconda tras el guardián negro, destruiré su poder. Has defendido a las auras como un verdadero guardián, estoy muy orgullosa de ti.

Al instante, Celia agitó el brazo y la espiral emergió con bandejas de

suculentas viandas; todos se congregaron alrededor de ella y atrapaban la comida con las manos.

Los niños tocaban enérgicos, era evidente que habían echado de menos sus momentos de diversión en la cueva.

Concluyeron la cena y formaron un gigantesco círculo en el centro, bailaban cogidos de las manos girando hacia la izquierda y luego hacia la derecha; levantando las piernas y dando palmadas, después, se volvían a coger de las manos y giraban a la inversa.

Los pequeños entonaron otra melodía al son de una flauta y el corro se disolvió, ahora, se dividían en parejas. Celia daba palmadas sentada en su sillón; no se le había visto disfrutar tanto como lo hacía aquella noche.

Se aproximó a una pared apartada y, usando su poder, exhibió la estatua que representaba a su hermana, Amira.

Celia les ordenó beber del vino que portaba la estatua. Las auras formaron una fila para pasar de uno en uno.

—¿Nos vas a contar lo que ocurre? —preguntó Mariel alucinada.

—Sí, pero antes, devuelve las gafas a Arturo.

—Es cierto, las necesitarás.

—Respecto a la estatua, será mejor que os lo muestre —dijo Celia posando sus manos en la frente de los jóvenes. Le envió flashes para que conocieran su relación con Otilia. También del momento de la elaboración del elixir en la fuente de Helios y la creación de la estatua en memoria de su hermana.

Quedaron sobrecogidos al ser conscientes de todo lo acaecido y sentían una enorme responsabilidad por la misión que sus predecesores habían iniciado en el pasado.

Celia, Arturo y Mariel, presenciaron cómo la última persona bebía del elixir. Sonrieron de forma cómplice al tener la seguridad de que aquellas auras no podrían ser tentadas por las tinieblas.

—Queda mucho trabajo por hacer, millones de auras continúan en peligro —advirtió Celia.

Se aproximó a la estatua y acarició su rostro suavemente; Mariel siguió tras ella.

—No recordaba su cara. Ha pasado mucho tiempo, pero a veces pienso que podría seguir viva.

—Me sorprende que te abras a mí contándome todo esto. Siempre solías desviar el tema.

—No he superado sus muertes, pero eres lo más parecido a una hermana

que he tenido en mucho tiempo y no quiero que te ocurra nada.

—Tú también eres lo más parecido a una familia que he tenido. Siempre me sentí fuera de lugar en el internado.

—Lo sé. Y se me partía el corazón, yo te observaba en ocasiones. Me alegro de que aquí hayas encontrado tu hogar. Y no permitiré que las sombras te arrebaten la pureza que mantienes viva en tu interior.

—Siempre he sido consciente de la barrera que existía entre nosotras, pero te he respetado y he tratado de ser cercana.

—Siento haber sido fría y distante, pero pensaba que así te protegería. Las personas que me rodeaban murieron, y no soportaría volver a sentir el mismo vacío.

Los niños comenzaron a entonar una nueva melodía. Arturo saludaba a Mariel desde el centro de la cueva, había sacado a una niña a bailar. El resto de las auras también se animaban, entre ellas, Ian e Irene.

Cuando Arturo se percató de que Mariel estaba sola, se acercó con los brazos abiertos bailando hacia ella.

—Recuerdo la noche en que me encontraste en la entrada de la cueva. Yo no podía verte y me guiaste de la mano hasta aquí. Eras un niño muy tierno, ¿cómo llegaste a este lugar?

—En realidad, no tengo mucho que contar. Los años previos a mi estancia en la cueva es como si no hubiesen existido.

—¿No recuerdas nada? —preguntó sorprendida.

—En absoluto. Es raro no conservar recuerdos de mi infancia, ni de mis padres o, tan siquiera, saber cuál era mi juguete favorito.

—¿No has intentado averiguar el por qué?

—Vosotros estáis luchando por sobrevivir a vuestro pasado, prefiero no recordar el mío por si no es tan idílico como espero.

—Pero, ¿no quieres saber si tienes familia? —insistió Mariel.

—Vosotros sois mi familia —zanjó él.

Los niños entonaron una nueva melodía; la gente se tomó de las manos girando en un corro gigante. Al acercarse donde se encontraban Arturo y Mariel, una chica tiró del brazo de Arturo para que se incorporara al corro, pero la guardiana prefirió regresar junto a Celia.

—¡Suéltalo!, sé que te preocupa algo.

—¿Es posible que no recuerde nada de su infancia?

—¡Qué extraño!, quizás, su mente esté bloqueada por algún trauma. Podría hacerle recordar.

—Tengo una sensación extraña, algo me dice que es importante.

—Convivía con el resto de las auras, pero no recuerdo en qué momento exacto llegó, simplemente, estaba.

—Me parece sospechoso que de un día para otro se presentara aquí y que nadie investigara.

—Su aura es pura, no tengo la menor duda.

—Yo también percibí la pureza de su aura desde el primer momento. Ahora que estamos juntos, no sé si es mi amor o qué, pero es el aura más bella que he conocido. Desprende una energía muy cálida y me envuelve cuando me abraza.

—Investigaré su origen.

—¿Cómo vamos a hacerlo? Recuerda que le devolví las gafas mágicas.

—Inventa una excusa. Nos reuniremos cuando todos se vayan a dormir.

Celia ordenó que dejaran de tocar, la fiesta se había prolongado demasiado y debían descansar. Agitó su brazo izquierdo y una pared de la cueva comenzó a temblar, se dividió en dos partes y apareció una puerta secreta.

Mariel ignoraba la existencia de aquella cueva subterránea y, a medida que descendía por el camino, pensaba en si existían más secretos que Celia aún no les había desvelado.

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó Mariel.

—No —dijo sin vacilar Arturo—, pero no sé por qué me resulta familiar.

—¡Es imponente! —exclamó examinando las estatuas y el sillón dorado que presidía el altar.

Todos aguardaron en silencio, admirando la grandeza de la cueva de los guardianes.

—¡Amigos! Esta cueva tiene un origen muy especial, siendo el primer refugio de las auras verdes. Construida por los cuatro guardianes más importantes de nuestra era. Aquí podréis descansar y estar a salvo hasta que pongamos fin a la guerra —explicó Celia.

Terminado el discurso, agitó su mano y el interior se convirtió en el salón de descanso de antaño.

—¿Y ese sillón? —preguntó Mariel.

—Gabriel me contó que, en el futuro, llegaría un guardián mucho más poderoso que ellos, el cual, lograría someter al guardián oscuro a su voluntad. Pensaba que eras tú, Mariel, pero no has vencido a las sombras.

—Entonces, ¿existe? —preguntó Arturo.

—Me temo que sí. He intentado concentrarme al máximo, usando incluso

el poder de las gafas mágicas para localizarlo, pero no hay rastro de un poder descomunal. Desde que los guardianes murieron, mi único objetivo en todos estos años ha sido dar con el guardián dorado, pero ha sido inútil.

—¿Y si el guardián negro lo ha destruido? —apuntó Arturo.

—¡Imposible!, las sombras no pueden herirlo.

—¡Es una locura! ¿Vamos a luchar sin él? —clamó Mariel.

—Si no aparece antes de la batalla, lucharemos sin él —sentenció Celia.

Las auras escogieron su lugar de descanso; había numerosas hileras de camas a lo largo del salón, dispuestas horizontalmente. Únicamente el resplandor de la antorcha situada junto a las estatuas, alumbraba el salón de forma muy tenue.

## 23 - EL DESCUBRIMIENTO

Celia y Mariel regresaron a la cueva principal para tratar el tema de Arturo. Mariel portaba las gafas mágicas y, a pesar de sentirse culpable por engañarle, su deber como guardiana era controlar todo cuanto acontecía a su alrededor.

—¿Le has contado la verdad? —preguntó Celia.

—Le he dicho que las necesitamos para una misión.

Las gafas emitieron una luz muy potente, envolviéndolas en un remolino de viento y polvo dorado. Habían despegado sus pies más de un metro del suelo, pero de repente, la energía de las gafas se debilitó y las jóvenes salieron despedidas contra la pared.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mariel dolorida.

—Una magia muy poderosa protege a Arturo. Alguien se ha tomado muchas molestias en impedir que accedamos a sus recuerdos.

—Sabía que algo enredaba esta historia, pero, ¿por qué han borrado sus recuerdos?

—Debieron de eliminarlos cuando era un niño. Tiene que ser alguien especial.

—¡Ya lo tengo!, no podemos acceder a los recuerdos de Arturo, ¡pero a los tuyos, sí!

—¡Claro! Si recuerdo en qué preciso momento llegó Arturo a la cueva, tal vez, consigamos alguna pista de sus verdaderos orígenes.

Retrocedieron en el tiempo visualizando sus recuerdos sin ser vistas por los niños y la propia Celia del pasado. Las guardianas analizaban el ambiente buscando al pequeño Arturo, pero de momento, no había aparecido en escena.

La guardiana estaba sentada en su sillón con semblante triste; las muertes de Gabriel y su hermana Amira debían de ser recientes. Mientras, los niños disfrutaban de un fabuloso festín rodeando la espiral. De repente, la puerta secreta que se ocultaba tras la pared, se abrió y apareció el pequeño Arturo.

—¡Mira! —anunció Celia— ¡Ahí está!

—¿Por qué entra de la cueva de los guardianes? —señaló confusa.

El pequeño miró a su alrededor y se unió al grupo de los otros niños que devoraban ansiosamente trozos de pastel.

—Si Arturo ha salido de la cueva de los guardianes, tenemos que saber quién lo dejó ahí. ¡Sígueme! —ordenó Celia.

Atravesaron la puerta secreta, pero antes de llegar al final del tramo curvo, se percataron de que alguien aguardaba junto a las estatuas.

—¡Es Yael! —dijo Celia entusiasmada.

—¿Lo conoces?

—Es uno de los cuatro guardianes.

—Vamos a acercarnos. No puede vernos ni oírnos.

Diago y Lusor irrumpieron en la cueva.

—Está hecho. Tal vez debamos contarle a Celia lo del chico —señaló Lusor.

—Está destrozada. Aún es pronto, además, Gabriel tenía que haberle hablado acerca de su hijo —dijo Yael.

—Si la leyenda es cierta, él vencerá a la oscuridad en la batalla final —insistió Diago—. Debemos protegerle.

—Aquí estará a salvo. Ya me he encargado de borrar sus recuerdos para evitar que las sombras puedan dar con él —apuntó Yael.

Celia y Mariel necesitaban un momento para digerir toda la información.

—No tengo palabras —confesó Celia, devastada por la noticia.

—Arturo además de ser el hijo de Gabriel, ¡es el guardián dorado! —dijo Mariel sin dar crédito.

—Gabriel no me contó que tenía un hijo —prosiguió Celia, abatida.

—Entonces, ¡Arturo es nuestro salvador! ¡Lo hemos tenido delante de nuestras narices todo el tiempo!

—¿Cómo pudo Gabriel ocultarme tal cosa? Ya no solo que tenía un hijo, sino omitir la identidad de Arturo.

—Lo haría para protegerte y a su hijo. Él sabía que esa información era peligrosa si llegaba a oídos de sus enemigos.

—¡Es demasiado! —repetía Celia.

—Me quedo más tranquila al saber que los orígenes de Arturo no suponen un peligro, pero, por otro lado, él debe vencer a las sombras y no sé si está preparado.

—Mientras Arturo no sea consciente de su verdadero poder, es vulnerable a la oscuridad, por eso tenemos que hacerle recordar. En el fondo, siempre supe que Arturo era especial. Su aura era mucho más cálida que la del resto de los niños y siempre estaba cerca. He tenido un trocito de Gabriel a mi lado todos estos años y no lo sabía.

—Cuando se entere va a alucinar —bromeó Mariel.

—Salgamos de aquí —ordenó Celia.

Regresaron al presente y Celia se dirigió a su sillón rojo para reflexionar sobre los cambios que se avecinaban. Tenía que desbloquear los recuerdos de Arturo para que ocupara su lugar en la jerarquía, pero otro pensamiento la torturaba.

—Sabemos quién es el padre, pero no conocemos la identidad de su madre —advirtió Celia dándole vueltas.

—Gabriel era guardián y podía viajar sin problema a cualquier parte sin ser visto —señaló Mariel.

—Necesitamos el bastón plateado. Después de todo, perteneció a su padre, quizás, su magia sea la clave para invocar sus recuerdos.

Mariel se concentró y llamó a Arturo mentalmente. Tras unos minutos, se personó en la cueva, se acercó sonriente y la besó en la mejilla.

—¿Me llamabas?

—Hemos descubierto algo importante acerca de tu pasado.

—¿Habéis investigado sin mi permiso?

—No necesitamos tu permiso —le aclaró Celia.

—¿Qué habéis averiguado?

—Yael, uno de los guardianes, bloqueó tus recuerdos para mantenerte a salvo —le explicó Mariel.

—No lo entiendo...

—Eres hijo de Gabriel. Lo que significa, que tú eres el guardián dorado —le confesó Celia.

—¿Eso es imposible! Yo no tengo tanto poder, si fuese el guardián dorado ya lo sabría.

—Hasta que no recuperes tus recuerdos, no podrás usar tus poderes —explicó Celia.

—¿Mi padre era un guardián? ¡No puede ser cierto!

—Si recuperas tu verdadera identidad, podrás vencer a la oscuridad para siempre y las auras estarán a salvo.

—Arturo, tienes que relajarte y dejar que el poder de las gafas mágicas penetre en tu cuerpo y tu mente —le aconsejó Celia—. Es la hora.

Celia entregó a Mariel el bastón plateado, ya que lo había recuperado de la guarida del guardián negro y, por lo tanto, respondía ante ella. Mariel devolvió las gafas a Arturo para que usara su poder.

Los tres cerraron los ojos y Mariel golpeó el bastón contra el suelo; las gafas brillaron y el polvo dorado acompañado de un fuerte remolino los envolvió.

Arturo comenzó a tener visiones fugaces de su niñez, en las que aparecían los guardianes. Reconoció a Gabriel por los rasgos que Celia había descrito anteriormente. También identificó a una mujer joven, muy hermosa, que también le era muy familiar. Ella le daba de comer y le hablaba dulcemente, pensó que sería su madre, pero no estaba completamente seguro.

Visualizó otra escena en la que Gabriel estaba junto a esa misma mujer y los dos parecían muy felices. Arturo creyó escuchar que la llamaba Amira. Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar que era la hermana de Celia; la misma que había visto en la imagen que representaba la estatua.

El bastón y las gafas mágicas dejaron de emitir energía y el polvo dorado se desvaneció. Terminaron exhaustos, habían soportado un despliegue de inmenso poder durante varias horas.

—¿Lo conseguiste? —preguntó Mariel agotada.

—He tenido visiones de mi pasado.

—¿Viste a tus padres? —insistió Celia.

—La mujer que aparecía en mis visiones ya la había visto antes... —dijo a regañadientes.

—No nos tengas en ascuas, Arturo —replicó Mariel.

—Creo que mi madre es Amira, la hermana de Celia.

—¿Cómo dices? —vociferó Celia, sintiendo como su corazón se partía.

—He visto a Amira y a Gabriel juntos, parecían muy felices. Yo estaba con ellos y formábamos una familia.

—Necesito un minuto —dijo Celia impresionada.

La guardiana se alejó, no podía entender cómo Gabriel la había traicionado de esa manera. Tuvo un romance con su hermana menor y, después, con ella.

—Gabriel no perdía el tiempo —admitió Mariel.

—No quería contarle nada, pero éramos muy felices, realmente felices —prosiguió Arturo.

—Ahora lo entiendo todo. Gabriel no sacrificó su vida por Celia, lo hizo por Amira, su verdadero amor. Entonces, ¿Celia es tu tía?

—No creo que deba llamarla así en mucho tiempo.

—Si tú me traicionaras de esa manera, no sé lo que haría —le confesó Mariel.

—Yo no soy como mi padre.

—Tu familia murió por salvarte, porque creían en ti. En cuanto a Celia, nosotros somos ahora su familia.

Regresaron a la cueva de los guardianes para dejarla a solas con sus

pensamientos.

Arturo admiraba con incredulidad el sillón dorado, aún no podía creer que le perteneciese. Subió los escalones que conducían al altar, respiró hondo y se sentó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Mariel fascinada.

—Es cómodo, pero no me siento distinto.

—¿Qué esperabas?, ¿fuegos artificiales?

—¡Muy graciosa! No sé, alguna señal que demostrase que soy el guardián dorado.

—Celia nos ayudará a despertar tu poder.

Los jóvenes acudieron en busca de la guardiana a la cueva de las auras, pero su sillón estaba vacío.

—¿Dónde estará? —preguntó Mariel inspeccionando la cueva— Usa el poder de las gafas para localizarla.

Arturo se concentró y las gafas mágicas aparecieron en su rostro. Permaneció en silencio durante unos segundos, pero no obtuvo respuesta.

—Ni una señal —dijo extrañado.

—Algo va mal. Las gafas mágicas siempre localizan a los guardianes. Me preocupa que haga alguna tontería.

En ese preciso momento, Celia se personó acompañada de Otilia y el guardián negro. El vestido de la guardiana ya no era blanco, ahora, lucía negro y su semblante era frío y siniestro.

Mariel y Arturo no pudieron reaccionar ante tan inesperada visita.

—¡Hogar, dulce hogar! —clamó Otilia entre risas.

—¿Qué significa esto? —preguntó Mariel indisputada.

—Me he cansado de hacer el bien.

—¡Escúchame! Sabemos que estás sufriendo por lo que te hizo Gabriel, pero no puedes rendirte. ¡Las auras te necesitan! —gritaba Mariel desesperada.

—Siento lo que te hizo mi padre —añadió Arturo—, pero la misión está por encima incluso de nosotros mismos.

—¡Un gran tipo tu padre! Ahora somos parientes —ironizaba Celia.

—¡La familia vuelve a estar unida! Lo cierto es que el muchacho le hace justicia a su padre —dijo Otilia clavando sus ojos en él.

—¡Cállate, bruja! Cuando Celia recupere el juicio te echará de aquí a patadas —gritó Mariel furiosa.

—Ha dejado que la oscuridad penetre en su interior. La guardiana que tú

conocías, ya no existe —le advirtió Otilia.

—¡Tú eres más fuerte! ¡Lucha, Celia!

—Creo que la hemos perdido. Debemos prepararnos para la batalla —se rendía Arturo.

Mariel se colocó delante de él para evitar que lo atacasen, se concentró y el bastón plateado apareció en sus manos. Dio un golpe seco contra el suelo y se alzó un muro transparente, impidiendo que se acercasen hasta ellos.

—No resistiremos su ataque. Sería un buen momento para que despiertes al guardián dorado que llevas dentro.

—Usaré las gafas mágicas. No logro despertar ese poder que decís que poseo.

El guardián negro, Otilia y Celia, aguardaban al otro lado del muro disfrutando de la escena.

—¡No permitas que el dolor se apodere de ti! —insistía Mariel.

—No siento dolor, no siento nada, hacía mucho que no me sentía así de bien.

—¡Basta de charla! —ordenó el guardián oscuro.

Apuntó con su bastón negro al muro que había creado Mariel y lanzó bolas de energía para derrocarlo. Ella intentaba aguantar las embestidas sujetando su bastón plateado, pero las fuerzas mermaban y el muro de luz perdía energía.

—No aguantaré mucho más —advirtió temblorosa.

Arturo tomó su mano y le envió el poder que recibía de las gafas mágicas; juntos podrían resistir los ataques, pero Otilia y Celia unieron sus poderes a los del guardián negro. Eran tres contra dos, Mariel y Arturo estaban exhaustos y el muro comenzara a desaparecer.

—¡No veo a ningún guardián dorado por aquí! —se jactaba Celia.

—¡Cállate! —le amonestó Mariel.

—Mis nuevos amigos están al corriente de toda la historia.

—¿Cómo has podido? Arturo no te ha hecho nada, no pagues tu frustración con él.

—¡Es hijo de las dos personas que más daño me han hecho! Se merece lo peor. Lo único que lamento es que su padre no esté aquí para ver el espectáculo.

—Primero, tendrás que matarme a mí.

Empujó a Arturo hacia atrás y se situó al frente; golpeó su bastón y lanzó un muro de contención invisible, aislándolo. Él golpeaba con fuerza el muro,

pero estaba debilitado por emplearse a fondo usando el poder de las gafas mágicas.

—¡No lo hagas! —le suplicaba.

—Tú misión es más importante que la mía. Protege a las auras, te necesitarán.

—¡Lucharemos juntos! ¡Sácame de aquí!

—Escojo salvarte a ti y a las auras, aunque eso signifique que nuestra historia termine aquí.

—¡Detente, Mariel!, ¡no puedes hacerme esto!

Mariel se alejaba con lágrimas en los ojos, dejando atrás a Arturo y dirigiéndose a una muerte casi segura contra una de las personas que más admiraba. No podía creer que fuese Celia, su mentora, quien intentaría acabar con el equilibrio. Otilia y el guardián negro retrocedieron para disfrutar de la escena.

—¿Tus últimas palabras? —preguntó Celia apuntando con el bastón negro que le había cedido el guardián de la oscuridad.

—Lo siento —respondió Mariel.

—¿Qué sientes?

—No haberme dado cuenta antes de lo que estabas sufriendo. Podríamos haber evitado todo esto.

—No es sufrimiento. ¡Es venganza! —dijo levantando el bastón.

Celia comenzó a lanzar bolas negras de energía a Mariel, a la vez que ésta las bloqueaba con su bastón plateado.

Celia apuntó al techo de la cueva con el bastón negro e hizo caer varias estalactitas sobre Mariel, consiguiendo que quedara enterrada. Arturo lanzó un grito desgarrador y todo quedó en silencio.

Otilia celebraba la actuación de Celia; el guardián no se pronunció.

—Pensaba que sería más difícil vencerte —alardeaba Celia.

Una bola de luz titilaba bajo la montaña de estalactitas, el resplandor fue incrementándose hasta que se disolvieron en pedazos.

Mariel se mantenía de rodillas sosteniendo el bastón, a duras penas logró ponerse en pie. Tenía pequeños rasguños en la frente y un trozo de estalactita le había atravesado el abdomen; sangraba mucho e intentaba taponar la herida con sus manos.

—Pobrecita, ¿te duele? —fanfarroneaba Celia.

—¡No tanto como te dolerá a ti! —señaló furiosa.

La guardiana golpeó su bastón contra el suelo y una estalactita enorme

cayó justo encima de Celia, dejándola inconsciente.

Mariel soltó el bastón y presionó la herida con sus manos.

—¡Bien hecho, querida! —la felicitaba Otilia.

—¡Largaos de aquí! —respondió Mariel sin aliento.

—Querida, si esto no ha hecho más que empezar —replicó Otilia.

El guardián abrió la palma de su mano y el bastón que le había entregado a Celia regresó a él; se dirigió hasta Mariel y lo acercó a su rostro.

—¡No la toquéis! —gritaba Arturo tras el muro.

El guardián negro seguía apuntando a Mariel, pero antes de matarla, le hizo una petición.

—¡Únete a mí!

—¡Prefiero morir antes que unirme a tu oscuridad! —contestó con orgullo.

—¡Concedido! —respondió encolerizado.

Su bastón absorbía la energía vital de Mariel. Poco a poco, se fue debilitando hasta que su visión se tornó borrosa. Se desvaneció, apenas le quedaban unos minutos de vida.

El muro se disolvió y Arturo se precipitó hacia ella, pero era demasiado tarde.

No quedaban restos de su vestido plateado; solo era una adolescente que yacía sin vida. Vestía su abrigo rojo, los pantalones *beige*, su blusa fucsia y la bufanda blanca.

Arturo la sostuvo en sus brazos y lloró sobre ella. Otilia y el guardián negro se dirigieron hacia la puerta secreta con la intención de eliminar a todas las auras verdes que allí se refugiaban.

—¡No os atreváis! —les ordenó.

—¿Tú nos lo vas a impedir? —le replicó Otilia riendo a carcajadas.

—Aún poseo las gafas mágicas.

—No tienes poder suficiente para retarme —aseveró el guardián negro.

Arturo dejó en el suelo a Mariel y secó las lágrimas con su brazo, se puso en pie y caminó hacia la puerta secreta, impidiéndoles el paso.

—¡No te lo volveré a repetir, apártate!

—Ya conoces la respuesta —concluyó Arturo.

El guardián agitó su bastón y envió bolas de luz negra, pero rebotaron en Arturo y retornaron a él, estrellándolo contra el suelo. Arturo estaba despertando los poderes del guardián dorado y era inmune a sus ataques.

—¿Qué ha pasado? —gritó Otilia desconcertada.

—Dije que no atravesaríais esta puerta.

—¿Es el guardián dorado? —preguntaba incrédula.

—Sí, lo soy. Vuestro poder no puede dañarme.

El guardián oscuro envió más bolas de luz negra y seguían rebotando en su cuerpo.

—Es inútil —presumía Arturo—. No podéis vencerme. Os ofrezco un trato.

—¿Qué quieres? —preguntó Otilia temerosa.

—Que abandonéis la oscuridad y os unáis a mí.

—¡Estás loco! —se negó Otilia.

—No tenéis opción. Puedo devolveros aquello que anheláis.

—No hay nada con lo que puedas tentarme —le retó el guardián negro.

—Os mandaré a la oscuridad más absoluta si no os unís a mi causa —amenazó Arturo.

—¡No lucharé por las auras! —gritó Otilia rechazando su petición.

—Así sea —replicó Arturo.

El guardián dorado abrió la palma de su mano apuntando hacia ella y Otilia desapareció envuelta en un remolino de polvo negro.

—Tu turno —dijo Arturo señalando al guardián.

—Una vez creí en las auras, pero me arrebataron todo cuanto poseía; mi reino, mi familia, riquezas y, desde entonces, supe que no había humanidad en los hombres. Lo perdí todo por la ambición de las auras que tú llamas verdes —gritó al recordar su pasado.

Arturo intuía que debía existir una historia trágica; tanta oscuridad y maldad solo nacen cuando perdemos algo que nos importa demasiado. Contemplaba los cuerpos de Celia y Mariel y pensaba en que él mismo también podría cometer actos terribles de no ser porque era el guardián dorado.

Cualquier ser humano cuando le destruyen su hogar, se convierte en un ser desprovisto de cualquier razonamiento. Por otra parte, el guardián negro había sido el causante de la destrucción de su familia. Mató a sus padres, a Mariel, le había arrebatado la posibilidad de tener una vida plena junto a su amor, pero ser guardián dorado significaba ser tolerante y magnánimo con sus adversarios.

—¿A qué esperas? —le retaba el guardián negro.

—No te devolveré a la oscuridad.

—Vas a torturarme dejándome aquí, ¿verdad?

—Penélope y tus hijos te esperan —dijo sonriendo.

—¿Qué sabes tú acerca de mi familia?

—Te ofrezco la oportunidad de volver con ellos. El destino no fue justo contigo y quiero ser benevolente, pero no te lo repetiré dos veces.

—Murieron hace cientos de años. No podrías, aunque quisiera.

—Puedo enviarte al pasado y evitar el ataque que sufristeis, de ese modo, la oscuridad nunca llegaría a tu vida y todas las auras que has destruido retornarían.

—¿Puedes deshacer mis acciones?

—Si con ello compenso el equilibrio, sí.

—¿Por qué no intentaste salvar a Otilia?

—Su naturaleza era malvada. Tú no tuviste elección, al igual que Celia, sufriste un duro golpe del destino y tu aura se malogró. En esos casos, puedo hacer excepciones.

—¿Será igual que antes?

—Será como tú quieras que sea.

—¡Deseo volver con ellos!

—Si lo echas todo a perder, recuerda que te estaré esperando y ya no habrá segundas oportunidades.

El joven abrió la palma de su mano y apuntó hacia él; un remolino de viento y polvo dorado envolvieron al guardián, devolviéndole su apariencia humana. El bastón negro se deshizo en polvo.

El rey Siro había recobrado su esencia humana y atrás quedaron sus sombríos pensamientos. Mantenía su túnica roja y azul, además de la corona.

Arturo volvió a agitar sus manos y el remolino de polvo dorado rodeó al rey, haciéndolo desaparecer de la cueva para siempre. Antes de ser enviado al pasado, Siro hizo un gesto de agradecimiento posando la mano en su corazón.

## 24 - LAS AURAS PERDIDAS QUE REGRESAN

Arturo se inclinó para escuchar la respiración de Mariel, pero no percibió latido alguno.

Se aproximó al lugar donde yacía Celia y retiró las piedras que cubrían su cuerpo; ella continuaba inconsciente.

Arturo se detuvo en seco y pensó que si había deshecho las malas acciones del guardián negro, sus padres volverían a vivir y Mariel también.

El joven paseaba ansioso alrededor de la cueva esperando a que Mariel despertase, pero no lo hacía. Al cabo de media hora, escuchó un suspiro, era ella.

Corrió a abrazarla y besarla mientras aún seguía tumbada en el suelo.

—¿Lo conseguiste? —preguntó dolorida.

—Sí, todo ha terminado.

—Sabía que lo lograrías. ¿Y Celia?

—Aún no ha despertado.

—Espero que no me odie por haberle golpeado con esa estalactita gigante. ¿Cómo despertaste tus poderes?

—Creo que al escoger sacrificarme por las auras.

Instantes después, una gigantesca bola de luz envolvió a Mariel, devolviéndole la apariencia de guardiana.

Recuperó su vestido plateado, además del bastón. Sus heridas habían desaparecido.

Escucharon un gemido y se acercaron al lugar donde estaba Celia. Había recuperado su apariencia de guardiana, ya no vestía aquel espantoso atuendo negro. Su rostro lucía radiante, no quedaba rastro de ojeras ni de maldad en su mirada. Mariel y Arturo respiraron aliviados al ver que la habían recuperado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Mariel.

—Recuerdo que estaba sentada en mi sillón rojo, lo demás está borroso —dijo sosteniendo su cabeza.

—Se acabó el guardián negro. Otilia también recibió su merecido —le contó Arturo.

—¿Ha muerto? —preguntó Celia impresionada.

—Te contaremos toda la historia, pero hay algo más que debes saber antes de que regresen —advirtió Arturo preocupado por su reacción.

—¿De qué hablas?

—Todas las auras que el guardián mató o envió a la oscuridad, van a volver, incluidos mis padres.

—¿Podrás soportarlo? No quiero perderte otra vez. —dijo Mariel temblorosa.

—¿Perderme? —reía confusa— No entiendo nada, chicos.

Los tres se abrazaron emocionados por haber conseguido vencer a la oscuridad, pero se voltearon inmediatamente al escuchar una voz de mujer.

—¡Arturo! —gritó Amira emocionada.

—¿Madre? —exclamó conmovido.

Gabriel y Amira abrazaron a su hijo entre lágrimas.

—¡Nunca pensé que volvería a verte! —decía Amira.

—Conseguiste despertar al guardián dorado, sabía que algún día vencerías a la oscuridad —recalcó su padre, orgulloso.

—No he sabido de vuestra existencia hasta hace poco—explicó Arturo.

—Tenía que mantenerte a salvo. Tú eras la única esperanza de las auras, si el guardián negro te hubiese atrapado siendo un niño, el desenlace habría sido muy distinto —dijo Gabriel.

Amira corrió a abrazar a Celia, las dos hermanas lloraron de alegría por el reencuentro; Gabriel observaba la escena en un segundo plano.

—Espero que puedas perdonarme algún día.

—No hay nada que perdonar. Dejemos el pasado en el pasado, lo que importa es que estés de vuelta. Eres la única familia que tengo y soy muy feliz de recuperarte —contestó Celia emocionada.

—No soy tu única familia, ahora también tienes a Arturo y a Gabriel, aunque él te debe una explicación.

Amira pidió a todos los presentes que la acompañaran a la cueva de los guardianes para que Gabriel y Celia hablaran a solas. Ella era consciente de que la tensión era palpable, por lo que, debían sincerarse para empezar de cero como una familia.

Una vez solos, se miraron en silencio, como si trataran de adivinar los pensamientos del otro.

—Me alegro de vuestro regreso —le confesó ella.

—Has cambiado mucho. ¿Podrás perdonarme?

—Forma parte de mi labor como guardiana, pero no será fácil verte todos los días.

—También te quise. Mis sentimientos fueron reales, pero había formado una familia con tu hermana y no podía romper con todo para estar contigo.

—¿Lo sabe Amira?

—Sí, hemos tenido mucho tiempo para hablar.

—Tu amor se basaba en una mentira. Entiendo que lo hiciste para proteger a Arturo, pero jugaste conmigo y con mi hermana —le reprochó Celia.

—No era un juego. La conocí durante una misión y me enamoré, pero también empecé a sentirme atraído por ti. Después, me enteré de que Amira estaba embarazada y ya no pude alejarme de ella.

—¡Yo jamás habría puesto en peligro a mi sobrino!

—Lo sé, pero no podía soportar que me odieras, eras muy importante para mí —admitió mirándola a los ojos.

—¡Eres un egoísta! Siempre has pensado en ti y no en las consecuencias de tus actos.

—Soy consciente de cada error que he cometido y el que más me ha torturado ha sido el hecho de no haber sido sincero contigo —prosiguió él.

—Nada será igual que antes. Y no podré considerarte parte de mi familia por mucho que lo intente.

—Solo te pido que no me odies.

—Nunca he podido hacerlo —le confesó ella.

Arturo y Mariel regresaron a la cueva de las auras para suavizar la situación.

—¿Todo bien, chicos? —preguntó Arturo.

—Sí —dijo Celia sonriendo—. Ya hemos acabado.

Atravesaron la puerta secreta y descendieron a la cueva de los guardianes. Los esperaban Amira, Yael, Lusor y Diago, junto al resto de las auras.

Arturo agitó su brazo y el salón de descanso se transformó en la cueva de antaño; repleta de estalactitas e iluminada por luces blancas y verdes.

Gabriel regresó junto a Amira; ambos conservaban su apariencia jovial. Arturo no parecía ser hijo suyo, más bien, podría confundirse con un hermano.

Celia se acercó a su hermana y agitó su mano; un remolino de polvo y viento verde la envolvió durante unos segundos. Cuando cesó, Amira portaba un impresionante vestido rojo que cubría sus pies. El vestido realzaba su silueta, ya que era totalmente ajustado y arrastraba una pequeña cola en la parte trasera. Su cabello negro lucía recogido a base de pequeñas trenzas y tirabuzones.

Amira la besó dulcemente en la mejilla.

—La esposa de uno de los guardianes y madre del guardián dorado, no

puede pasearse en túnica blanca — bromeó Celia.

Charlaba con Amira cuando notó que alguien la sujetaba del brazo, al girarse, vio a Yael parado frente a ella. Su mirada hacía presagiar que llevaba siglos planeando ese momento. Tiró de ella para que le siguiera. Llegaron al fondo de la cueva donde la iluminación era escasa; las auras ya se habían dispersado volviendo a la cueva principal.

Celia fue arrastrada sin poder detener a un Yael muy seguro de sí mismo.

—¡Oye! —le amonestó—. ¿Qué pasa contigo?

—Necesitaba algo de intimidad —contestó soltando su brazo.

—¿Y no podías pedirlo educadamente? Nunca me ha resultado fácil tratar contigo —continuó ella.

—Diría que no te molestaste en conocerme.

—De eso hace mucho tiempo, ¿no te parece? —dijo evitando el tema.

—Supe lo tuyo con Gabriel.

—No necesito tu compasión —contestó irritada.

—¡Era imposible hablar contigo entonces y lo sigue siendo ahora! —le reprobó él.

—¿Qué esperabas? Siempre fuiste tan frío y distante. Desde que llegué me trataste severamente y no me diste la oportunidad de ser tu amiga.

—No lo intentaste mucho, enseguida buscaste apoyo en Gabriel.

—Me tomas el pelo, ¿verdad? ¡Era mi mentor!

—Es evidente que hubo algo más —admitió molesto.

—Ninguno planeó nada. Yo me sentía sola y culpable por dejar a mi hermana tras ser reclutada. Gabriel me ayudó y me enseñó a controlar el poder.

—Yo discutí con él cuando supe que te engañaba. No podía soportar la idea de que fuese a tener un hijo con tu hermana mientras te prometía un futuro.

—Estoy cansada de tratar el mismo tema. Agradezco tu preocupación, pero estoy bien. He luchado mucho estos años, ya no soy la persona que conociste.

—Lo sé. Quería comprobar el cambio por mí mismo y decirte lo que no pude aquella vez.

—No es momento para confesiones, Yael. Acabo de recuperar a mi familia, he vencido a la oscuridad, y estoy tratando de asimilar lo de Gabriel.

—Parece que nunca es buen momento.

Yael se marchó para reunirse con su grupo y Celia suspiró. Lo menos que podía hacer ahora era conversar con Yael sobre unos sentimientos que ni ella

lograba descifrar. Es cierto que siempre le había resultado diferente al resto de los guardianes, pero de eso hacía tanto tiempo que ni lo recordaba. Él siempre se había mostrado a la defensiva, evadiendo cualquier acercamiento y, ahora, pretendía que lo recibiese con los brazos abiertos.

Celia también se unió a los demás, todos charlaban entre risas y bromas junto al altar.

—Entonces, ¿no tenemos que volver a preocuparnos por la oscuridad? —preguntó Amira.

—Las sombras siempre vuelven —admitió Gabriel.

—Echaré de menos las gafas mágicas —dijo Mariel.

—En ellas residía nuestro poder. Ahora disponéis de tres guardianes fornidos en lugar de unas gafas —bromeó Lusor.

Todos rieron por el comentario del guardián; se palpaba la felicidad y la alegría en el ambiente.

—Conseguiste el bastón plateado —dijo Gabriel.

—Puedo devolvértelo si así lo deseas —sugirió Mariel.

—Llegó a tus manos por una razón y estoy seguro de que harás un buen uso de él.

—Las auras nunca habían estado tan protegidas como hasta ahora —presumió Yael.

—La oscuridad siempre habitará en los corazones de la gente. De una forma u otra, resurgirá con el propósito de gobernar el mundo —advirtió Diago.

—No es momento para preocupaciones. ¡Festejemos vuestro regreso! —ordenó Arturo.

Ascendieron a la cueva principal donde las auras esperaban ansiosas degustar la succulenta comida de la espiral.

—¿Quieres hacer los honores? —preguntó Celia.

—Será un placer —aceptó Arturo complacido.

Agitó su mano y la espiral emergió repleta de fuentes con cochinillo asado, patatas hervidas, pato recubierto en salsa verde, tartas de limón, hojaldre relleno de chocolate y fresas...

—¡Cuánto te he echado de menos! —exclamó Lusor corriendo hacia la espiral.

Se agruparon alrededor de ella para disfrutar del festín, excepto Amira y Celia.

—Acompáñame —indicó Celia a su hermana.

Guió a Amira hasta la estatua que representaba su imagen.

—¡Se parece a mí!

—Fue creada en tu memoria.

—Siento que hayas sufrido tanto. Tú cuidaste de mí cuando éramos pequeñas y sobreviví gracias a tus desvelos y a tu esfuerzo.

—Las cosas no salieron como esperábamos, pero os tengo de vuelta y es lo único que me importa. Siempre que tenía un problema me sentaba junto a la estatua y pedía consejo.

—Ya no hará falta que acudas a ella, estoy aquí.

Se abrazaron emocionadas y decidieron deshacerse de la estatua. La guardiana sacudió su brazo y la disolvió en polvo dorado.

—Se acabó vivir de los recuerdos.

—¡Venga, vayamos a comer algo! —apuntó Amira tirando de su brazo.

Se reunieron con el resto del grupo junto a la espiral para degustar aquella deliciosa comida.

Mariel charlaba con Arturo; Lusor y Diago comían como si no hubiese un mañana; Amira y Celia debatían sobre el mejor pastel que habían probado de la espiral, y Gabriel se acercó a Yael, que se mantenía aislado del grupo con semblante serio.

—¿Todo bien?

—Estamos en casa, no me puedo quejar —contestó Yael sin mucho ánimo.

—Ya sabes a lo que me refiero —insistió Gabriel.

—Bueno, tú le rompiste el corazón, no quiere saber nada de los hombres.

—Te conozco bien. Eres arrogante y pretencioso y, seguramente, has sido estúpido con ella.

—No eres el más indicado para juzgarme.

—Ya veo que sigues molesto.

—Sabías lo que sentía y no te importó jugar con ella. Eras mi amigo y me traicionaste. Te contaba mis miedos acerca de abrirme a Celia y, en lugar de ayudarme, le dijiste que te gustaba.

—Lo siento, pero no elijo de quien enamorarme.

—Amas con mucha facilidad.

—¡Ojalá me perdones algún día!

—No se arregla todo con el perdón. Has arruinado mis posibilidades de estar junto a ella.

—Quizás no esté todo perdido. Arturo venció a la oscuridad devolviendo al guardián negro a su pasado para que enmendara sus errores. Si retrocedes

en el tiempo y terminas la conversación pendiente con Celia, lograrás que te muestre sus sentimientos.

—No sé, tal vez, me rechace de todos modos.

—Eso nunca lo sabremos.

Le ordenaron a Arturo que los siguiese para tratar el asunto con discreción. Gabriel le pidió que se sentase en el sillón dorado para que su poder cobrase mayor magnitud.

—¿Qué sucede? —preguntó desconcertado.

—Debes enviarnos al pasado —ordenó Gabriel.

—¿Ocurre algo con las auras? —preguntó inquieto.

—No, es personal —le aclaró Yael, avergonzado.

—No puedo alterar los hechos del pasado a no ser que sea indispensable para mantener el equilibrio a salvo.

—Es sobre Celia, se merece ser feliz —dijo Gabriel.

—Espero que consigáis lo que os proponéis. ¡Bien, allá vamos!

—¿También vienes? —preguntó Yael.

—¿Quién crees que os traerá de vuelta?

—Lo siento, estoy nervioso.

—Concéntrate en el momento exacto al que quieres llegar. Recuerda que tu yo del pasado no debe aparecer en escena. Lo que tengas que hacer, lo harás como Yael del presente, ¿entendido? —explicó Arturo.

El guardián agitó su mano y un remolino de polvo dorado los envolvió a los tres, haciéndolos desaparecer de la cueva de los guardianes. Instantes después, se presentaron en el mismo escenario, pero en el pasado.

Arturo y Gabriel buscaron un lugar apartado; Yael esperó frente al altar del sillón dorado.

Yael estaba seguro de que Celia aparecería. Finalmente, la guardiana descendió por el camino curvo que desembocaba en la cueva. Ella no había cambiado de aspecto, salvo por la indumentaria, que no era la habitual. Iba engalanada con un vestido amarillo, recubierto de pedrería, además de dejar al descubierto su espalda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la joven.

—Quería hablar contigo —respondió con firmeza.

—¿Hablar?, tú nunca tienes nada que decir.

—¡Escúchame, no tengo mucho tiempo!

—Espero que sea importante, tenía algo que hacer —contestó de forma esquiva.

—Está claro que tú y yo no nos entendemos con las palabras.

Yael la prendió de la cintura y la besó. La joven no opuso resistencia. Posó sus manos en el rostro de Yael y separó sus labios para mirarle a los ojos.

Al mismo tiempo, Gabriel del pasado, se detuvo en el camino curvo. Entendió que entre ellos había algo más que una simple amistad y decidió retirarse.

—Muy astuto, —murmuró Arturo— quería llegar a este punto concreto del pasado para que los descubrieras.

—La jugada le ha salido bien. Sabía que justo ahora iba a hablar con Celia para decirle lo que sentía. La quise de verdad. De eso estoy seguro, pero lo que tenía con tu madre era mucho más fuerte. Y cuando llegaste tú, no tuve dudas.

Arturo y su padre continuaron ocultos.

—¿Qué conclusiones debo sacar de esto? —preguntó ella sonrojándose.

—Es obvio, no quiero que te alejes de mí —respondió abrazándola.

—Es difícil estar lejos de ti, te recuerdo que vivimos en el mismo lugar. ¿Sabes?, te noto distinto.

—Siento que he vivido una eternidad. Y si tengo que vivir otra, prefiero que sea a tu lado.

—¿Estás seguro?

—He tenido demasiado tiempo para pensar.

—En ese caso, podemos intentarlo.

Se despidieron con un beso y ella se alejó por el camino que conducía a la cueva de las auras.

Gabriel y Arturo le felicitaron con palmadas en el hombro.

—¡Ya era hora! —bromeó Gabriel.

—Espero que os vaya bien en el futuro —secundó Arturo.

—Solo hay una forma de comprobarlo. Es hora de volver a casa —contestó Yael con nerviosismo.

Arturo sacudió su mano y fueron absorbidos por el remolino de polvo dorado.

El grupo charlaba amigablemente con las auras. Yael se acercó a Celia y ella le recibió con un beso en la mejilla; al parecer, la visita al pasado estaba dando sus frutos. Pero en su interior crecía un sentimiento de culpabilidad, sentía que la engañaba de alguna manera.

Le pidió que lo acompañase a un lugar más apartado de la cueva.

—Quiero contarte algo. Quizás me odies por lo que he hecho, pero prefiero

ser sincero contigo.

—Me estás asustando —respondió ella.

—He viajado al pasado.

—¿Por qué lo has hecho?

—Quería evitar que te acercaras a Gabriel.

—¿Has manipulado mi pasado?

—¡Él no iba a abandonar a Amira para estar contigo!

—Ya lo sé —dijo sonriendo—. Yo también he viajado al pasado. Arturo me explicó mentalmente lo que pretendíais hacer y decidí acompañaros.

—Tú no estabas allí —respondió descolocado.

—Sí que estaba. Me besaste a mí, no a mi yo del pasado.

—¡No es posible! Sabía que te reunirías con Gabriel en la cueva de los guardianes en ese momento.

—Me retrasé. Estaba en una misión, y cuando llegué, Gabriel había estado esperando casi una hora. Por eso me marché enseguida, no quería coincidir con mi otro yo —explicó más relajada.

—¡No lo puedo creer! Entonces, el engañado he sido yo.

—Pero todo lo que ocurrió era real, quiero intentarlo contigo.

—¿Estás segura?

Celia le besó apasionadamente; él la prendió de la cintura y la levantó del suelo.

—No ha hecho falta que cambiase nada de mi pasado para saber que quiero estar contigo, pero me hace muy feliz que alguien se haya preocupado tanto por mí.

—Siempre estuve ahí, aunque no te lo demostrase abiertamente.

Regresaron con los demás entre una multitud de abrazos y felicitaciones.

—¡No sabes cuánto me alegro! —festejó Mariel.

—Al fin puedo saber lo que se siente al ser corres-pondida —anunció emocionada.

—Mereció la pena la espera —añadió Yael, besando de nuevo a su amada.

—Deberíamos devolver a las auras a sus hogares. La guerra ha terminado y, afortunadamente, no tuvimos que continuar reclutando más auras verdes. Ya nada les retiene aquí —concluyó Mariel.

Celia y Mariel despidieron a Ian e Irene, les desearon toda la suerte del mundo y les prometieron cuidar de sus auras.

Los niños que reclutaron del patio de aquel colegio en Ohio, más las familias que se encontraban en el restaurante el día que Ian los amenazó,

todos ellos, regresarían a sus hogares. Mariel golpeó su bastón contra el suelo y levantó un remolino de viento plateado que los transportó de vuelta a la realidad humana.

La cueva ahora estaba habitada por los niños que vivían anteriormente, los cuatro guardianes, además de Arturo, Mariel, Celia y Amira.

El árbol de Navidad brilló aquella noche con una luz muy especial. Posiblemente, las auras sospechaban que su destino no peligraba. Al contrario, siete guardianes velaban por sus sueños, alejando la oscuridad de sus corazones. Puede que, por esa razón, los humanos no sean perfectos, pero siempre habrá algún guardián intentando que su aura no se malogre.

## 25 - SABIA ELECCIÓN

El rey Siro acababa de recibir la noticia del nacimiento de su primogénita, René. Penélope, descansaba en sus aposentos cuando el rey entró para conocer a su hija. Siro, emocionado, le prometió ser el mejor padre que alcanzara desear.

Al caer la tarde, el rey se reunió con sus consejeros más leales para tratar los asuntos que afectaban a la paz de su reino. Propusieron concertar el matrimonio entre René y Edmund de Lotaringia. Al escuchar tal petición, Siro palideció y se negó rotundamente.

—¡No permitiré que mi hija se una a ese malnacido! —clamó iracundo.

—Hace una semana os parecía un casamiento muy ventajoso.

—He recapacitado. Conozco de primera mano las malas artes del rey de Lotaringia y emparentar con ellos sería nuestra perdición.

—¡No os lo aconsejo, mi señor! —indicó Norton— Wilbur afianzará vuestra alianza por el norte y permitirá el paso de nuestras tropas a través de sus tierras.

—¡Sé que no podéis entenderme, pero tengo razones para mantenerme firme! —alegaba recordando el asesinato de su familia y la destrucción de su pueblo—. La princesa René contraerá matrimonio cuando lo estime oportuno y será ella quien elija al dueño de su corazón, ninguno de nosotros tiene el poder de dirigir su vida.

Siro firmó el tratado donde así lo estipulaba y pasó el resto de sus años disfrutando de su familia, junto a sus tres hijos y Penélope. Vio crecer sanos a Hermógenes y Aarón, y fue testigo de los acercamientos entre René y Saúl. Nadie recordaba la cruenta batalla que había tenido lugar en sus tierras, por fortuna, solo Siro retenía en su memoria aquellos fatídicos días.

Tiempo después, organizó un gran baile a la luz de la luna con motivo de la celebración de la boda entre René y Saúl, al que fueron invitados todos los plebeyos del reino. Danzaron alrededor de las hogueras, cantando y bebiendo hasta el alba, a la vez que Siro reflexionaba contemplando las estrellas; agradeciéndole al guardián dorado su generosidad y compasión.